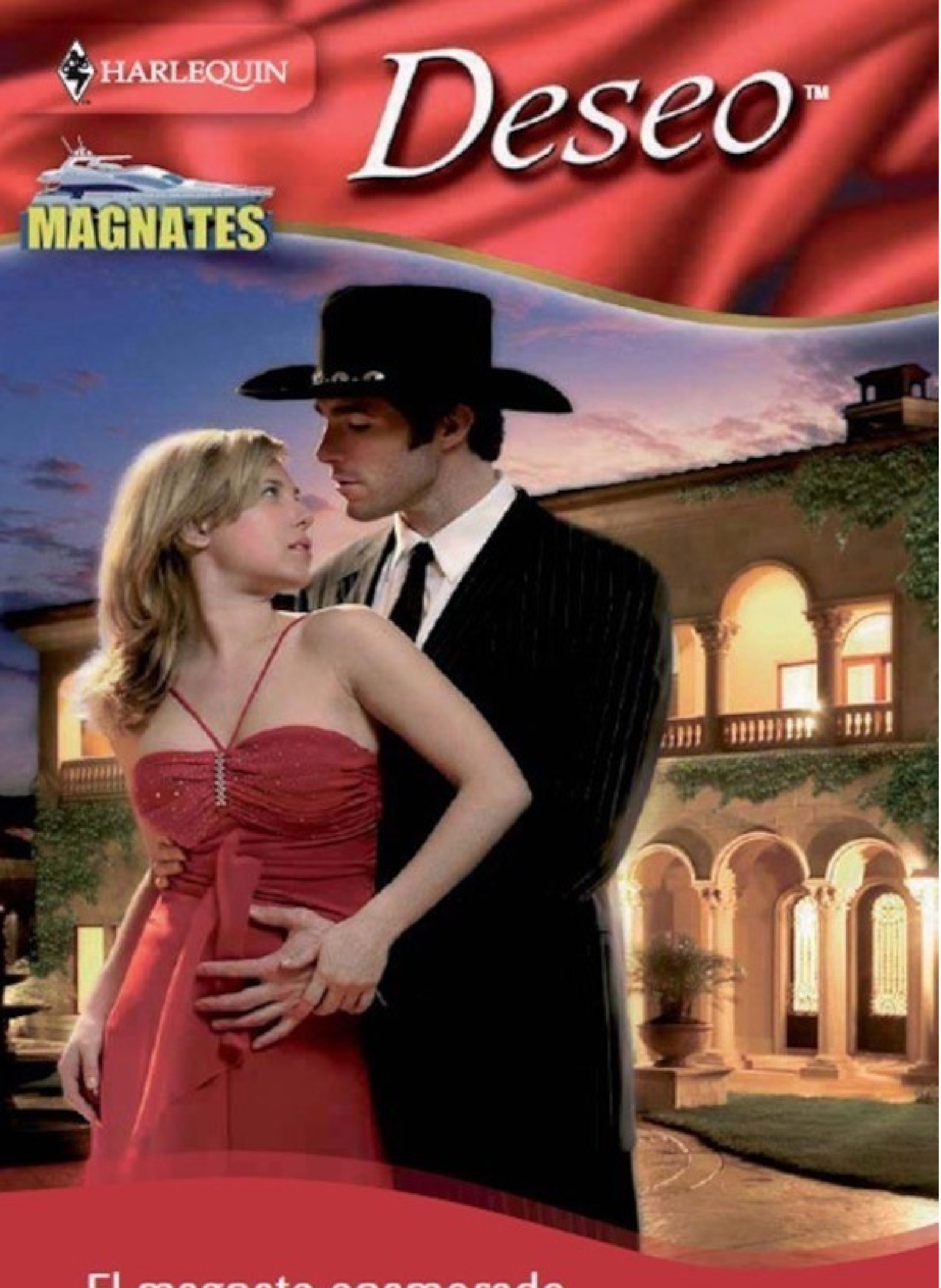


El magnate enamorado

MICHELLE CELMER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL MAGNATE ENAMORADO, N.º 58 - octubre 2010
Título original: The Oilman's Baby Bargain
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9197-4 Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

EL ECO DE TEXAS

Todas las noticias que debes conocer… ¡y mucho más!

Todos hemos escuchado el rumor de que Mitch Brody era el cerebro que se escondía detrás del plan para casar a su hermano con la hija del senador de Texas. Para lograr su objetivo, incluso había ido a visitar a Alexis Cavanaugh varias veces, invitándola a cenar en los locales más lujosos de la ciudad. Sin embargo, cuando Lance Brody se casó con su secretaria, todo indicaba que se había perdido la oportunidad de unir a los Brody y a los Cavanaugh.

Ahora, los rumores apuntan a que el Brody que sigue soltero ha vuelto a cortejar a la señorita Cavanaugh. ¿Quizá sus reuniones del pasado habían sido algo más que negocios? O tal vez los Cavanaugh estén tan desesperados por entrar en la familia Brody que no les importa cuál de los dos hermanos sea el novio. Aunque no podemos negar el gran atractivo de Mitch Brody… es un hombre encantador. O, acaso, ¿estará Alexis en estado? ¿Es posible que un heredero de los Brody esté en camino?

Capítulo Uno

Junio

Alexis Cavanaugh estaba enamorada del hermano equivocado.

Miró al hombre que estaba sentado frente a ella, bajo la luz de las velas. Había pasado con él buena parte de la semana en Washington D. C., escuchándolo sólo a medias mientras él le había hablado de Petróleos Brody, la compañía de la que era copropietario con su hermano Lance. Y Lance era con quien se suponía que ella debía casarse.

Alexis no pretendía enamorarse de Lance. El matrimonio era poco más que un acuerdo de negocios entre los hermanos Brody y su padre, Bruce Cavanaugh, senador de su estado natal de Texas. Ella siempre había hecho lo que su padre le había pedido. ¿Acaso no sabía su padre siempre lo que era mejor para ella? Al menos, eso aseguraba el senador. Casarse con Lance le procuraría seguridad financiera y un puesto en la escala social adecuado a su pedigrí. Aunque, aparte de llevar el apellido Cavanaugh, ella no sabía qué había hecho para merecerlo.

No era que no encontrara atractivo a Lance. Era un hombre alto, moreno y muy guapo, con la fuerza de un roble y con un gran carisma. Un hombre poderoso y amable. Pero no era tan refinado como ella habría deseado. Lance parecía sentirse más cómodo entre los obreros de su refinería que en una reunión de socios de la empresa.

Mitch, por otra parte, parecía estar a sus anchas entre la elite de Washington D. C. Habían asistido juntos a media docena de fiestas y cenas benéficas, Mitch en nombre de su hermano, por supuesto, y él siempre había estado a la altura de cualquiera. Sin duda, Mitch era el cerebro de Petróleos Brody.

Y, de los dos hermanos, era del que ella se estaba enamorando.

Muchos hombres la trataban como si fuera una mujer florero, vacía y sin cerebro. Hecha para ser vista pero no escuchada. Pero Mitch era diferente. La escuchaba con atención y parecía genuinamente interesado en lo que ella tenía que decir.

Alexis se dio cuenta, de pronto, de que Mitch la estaba mirando a los ojos, con una sonrisa en la cara. Era un hombre muy apuesto y ella se había llegado a acostumbrar a su rostro en los últimos días. Había memorizado cada línea, cada curva, el ángulo de su nariz, la sensual forma de sus ojos de color chocolate, sus carnosos labios y su fuerte mandíbula. Conocía cada una de sus expresiones y matices. Y la sonrisa que él mostraba en ese momento indicaba sorpresa.

–¿Qué? –preguntó ella.

–No has oído ni una palabra de lo que te he dicho, ¿verdad?

Mitch tenía razón, pensó Alexis. Había estado hablando de su negocio, que obviamente significaba para él más que nada, y ella había dejado de escucharlo. En su defensa, tenía que esgrimir que era difícil observar cómo él movía sus carnosos labios y no sentirse hipnotizada por ellos y por el profundo tono de su voz. Pero aquello no era excusa para ser grosera. Ella

siempre solía escuchar a los demás.

–Lo siento –se disculpó.

–Soy yo quien debe disculparse. Es obvio que te estoy matando de aburrimiento. A veces, se me olvida que no a todo el mundo le apasiona el mundo del petróleo como a mí.

–A mí me gusta escucharte. Sólo estoy un poco cansada. Hemos tenido una semana muy ocupada.

–Así es –afirmó Mitch con una seductora sonrisa–. Mi hermano no tiene ni idea de lo que se está perdiendo.

¿Sentiría él lo mismo? ¿Le gustaría ella también?, se preguntó Alexis. ¿O sólo quería ser amable? Tal vez fuera un hombre adulador por naturaleza, se dijo.

–Ya es tarde. Debería llevarte de vuelta al hotel.

Durante un momento nada más, Alexis quiso creer que él pretendía llevarla a su habitación para hacer el amor con ella con pasión. La idea la emocionó y la asustó al mismo tiempo. Ella siempre había esperado que su primera vez fuera algo especial y sabía que, sin duda, con Mitch lo sería.

Sin embargo, eso no iba a suceder porque estaba prometida con su hermano. ¿Y no debería guardar algo tan precioso como su virginidad para la noche de bodas? Aunque no fuera un matrimonio por amor…

Mitch llamó al camarero y pagó la exorbitante cuenta sin pestañear. Por algo la había llevado al restaurante más prestigioso y caro de la ciudad, se dijo ella. El dinero no era problema para él.

Mitch le tendió la mano para ayudarla a levantarse de la silla y la acompañó a la puerta. Alexis disfrutó del modo en que todos los comensales volvían las cabezas hacia él. Los hombres lo miraban con envidia, mientras que las mujeres lo miraban con silencioso deseo.

«Lo siento, chicas, es todo mío», pensó Alexis. Al menos, hasta que se anunciara su compromiso oficial con Lance. Si pudiera detener el tiempo y hacer que ese instante durara para siempre… Si pudiera casarse con Mitch en vez de con Lance…

Cuando salieron del restaurante, los recibió el aire húmedo y caliente de la noche. La limusina los estaba esperando. Dentro, la temperatura era más fresca.

–Al hotel Watergate, por favor –le pidió Mitch al chófer.

Alexis deseó que pudieran hablar más por el camino pero, de pronto, sonó el teléfono móvil de Mitch.

–Lo siento, pero tengo que responder –dijo él tras mirar el identificador de llamadas.

Aunque Mitch no dijo nada en concreto, su tono de voz indicaba que la conversación tenía que ver con el incendio sufrido en sus refinerías, pensó Alexis. Ella se había enterado por su padre de que todo indicaba que había sido un incendio provocado y, a pesar de que todavía no había sospechosos, los rumores apuntaban a que el rival de Lance, Alejandro Montoya, podía ser el responsable. Ella no podía entender cómo alguien podía poner tantas vidas en peligro pero, al haberse criado rodeada de política, había aprendido que algunas personas eran capaces de cosas terribles.

Mitch colgó justo cuando la limusina llegaba al hotel. Normalmente, se despedían en el vestíbulo, pues sus habitaciones estaban en alas diferentes del hotel, pero esa noche él se ofreció a acompañarla a la puerta.

Sólo estaba siendo amable, se dijo Alexis. ¿Pero por qué en ese momento y no antes? ¿Era esa noche diferente de la anterior?

El aire parecía cargado de electricidad mientras subían juntos en el ascensor hacia el ático. Alexis sintió su presencia con más intensidad que nunca. O, tal vez fuera sólo su imaginación, se dijo ella.

Cuando las puertas se abrieron, Mitch le tocó levemente la cintura para guiarla fuera. A través de la seda de su vestido, Alexis sintió el contacto de su mano, grande y cálida, haciendo que se le pusiera la piel de gallina. No recordaba que él la hubiera tocado de ese modo antes, porque estaba segura de que, de haber sido así, no lo habría olvidado. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Mitch tomó la llave que ella tenía y abrió la cerradura. Ella entró y él se apoyó en el marco de la puerta.

–Lo he pasado muy bien esta noche, Lexi –dijo él con mirada ardiente.

Posó los ojos en el rostro de ella y, luego, más abajo, hacia el escote, donde gracias a un sujetador muy incómodo y caro, sus pechos rogaban atención. Él les prestó atención y, en apariencia, le gustó lo que vio, observó Alexis.

A ella nunca se le había dado bien comportarse como una seductora pero, esa noche, le estaba resultando algo natural. ¿Qué sucedería si hacía algo malvado y escandaloso por primera vez en su aburrida y comedida vida?, se preguntó. ¿Quién lo sabría jamás, aparte de ellos dos? Después de años de castidad, ¿acaso no se había ganado una sola noche de pasión desbocada y éxtasis?

Y Alexis sabía, sin lugar a dudas, que eso era lo que Mitch podía darle.

–Yo también lo he pasado muy bien –repuso ella, mirándolo con una sonrisa seductora. Quizá fuera por el vino, o por la cena romántica que habían compartido bajo la luz de las velas, pero sus inhibiciones estaban desapareciendo, reconoció–. ¿Quieres entrar para tomar algo?

Sin titubear, Mitch entró en la habitación y cerró la puerta tras él. Alexis abrió la boca para preguntarle qué quería beber pero, antes de que pudiera decir nada, él la rodeó con sus brazos, apretándola contra su cuerpo. Ella sintió que se le endurecían los pezones y las rodillas le temblaban de excitación. Entonces, Mitch inclinó la cabeza y la besó. Ella separó los labios con un sofocado grito de sorpresa y él se sumergió en su boca.

Alexis esperaba que él la arrasara con pasión, como hacían los protagonistas masculinos en sus novelas románticas favoritas. Sin embargo, los labios de Mitch eran suaves y sus besos y sus caricias estaban llenos de ternura. A pesar de haber deseado con todo su corazón que aquello sucediera, se quedó rígida al pensar que estaba besando a su futuro cuñado.

Mitch debió de haber interpretado su reacción como un rechazo, pues la soltó y se apartó.

–Lo siento –dijo él–. Pero llevo toda la noche fantaseando con hacer esto. Toda la semana.

Lo mismo le había pasado a ella, pero no iba a confesárselo. Tampoco iba a dejar que su miedo a lo desconocido echara a perder la oportunidad de pasar una noche con el hombre de sus sueños.

Sonrió con picardía y deslizó la mano sobre el pecho de él, rodeándole el cuello.

–Entonces, ¿por qué has parado?

Cuando Mitch volvió a besarla, no paró más. Y, cuando la llevó a la cama, demostró ser todo con lo que ella había soñado.

Y más.

Había sido la noche más increíble, emocionante y maravillosa que había vivido Alexis jamás. No había tenido ni idea de que dos personas pudieran conectar tanto y estar en perfecta sincronía, como le había pasado con Mitch. Aunque había intentado ocultar el hecho de que todavía era virgen, por supuesto, él lo había adivinado. Ella había temido que se enojara o se echara atrás, pero había sucedido todo lo contrario. Se había portado con ella con toda dulzura y gentileza. Lo que podría haber sido una experiencia dolorosa o desagradable había sido más hermoso de lo que ella había imaginado nunca.

En el momento en que se despertó a la mañana siguiente, acurrucada bajo las sábanas de seda impregnadas del olor a Mitch, Alexis decidió que de ninguna manera iba a casarse con Lance. Quería estar con Mitch. Y estaba segura de que, si le exponía el problema a su padre, el senador entendería que el menor de los hermanos Brody era mucho mejor partido. Además, para su padre, lo único importante era el apellido Brody.

Antes de abrir los ojos, Alexis sonrió, imaginando cómo sería estar casada con Mitch. Imaginó lo felices que serían y lo mucho que se amarían. Fantaseó también con cómo serían sus hijos. Tendrían un hijo alto y fuerte con el cabello oscuro como él, piel aceitunada y muy guapo, y una niña bella y graciosa con piel cremosa y cabello rubio.

Celebrarían la boda en el jardín de la casa de campo de su padre en Houston e irían de luna de miel a algún lugar cálido y exótico. Y, si Mitch estaba de acuerdo, intentarían concebir mientras estuvieran allí. ¿Qué mejor momento para quedarse embarazada que la luna de miel? Ella siempre había querido ser madre y tener, al menos, tres o cuatro hijos.

Lexi oyó movimiento en la habitación y se dio cuenta de que Mitch ya se había levantado. Miró el reloj que había en la mesilla de noche y descubrió con sorpresa que eran apenas las siete de la mañana.

–¿Estás despierta? –preguntó Mitch.

Alexis se giró para mirarlo, sonriente, pensando en invitarlo de vuelta a la cama. Pero se encontró con que él ya se había duchado y vestido y, cuando vio su expresión, se le encogió el estómago. Entonces, pensó que era lógico que pareciera disgustado. Estaba a punto de robarle la novia a su hermano. Y, quizá, Mitch creyera que ella amaba a Lance.

Alexis se sentó, tapándose los pechos con la sábana.

–Buenos días.

–Tenemos que hablar –dijo él.

Ella asintió, apenas capaz de contener la emoción. Mitch iba a decirle que la amaba y a rogarle que se casara con él y no con Lance, pensó. Por supuesto, ella le diría que sí. A continuación, él podría desnudarse, volver a la cama y podrían pasar el resto de la mañana allí, demostrándose cuánto se amaban. Luego, todo sería perfecto, igual que en los finales felices de las novelas románticas.

Pero Mitch la miró con gesto sombrío.

–No creo que haga falta que te diga que hemos cometido un terrible error.

¿Cómo?, se dijo Alexis.
¿Un error?
Tuvo que repetirse las palabras varias veces mentalmente, convencida de que había escuchado mal.
–Nadie debe saber nunca lo que ha pasado –continuó él con tono serio–. Sobre todo, mi hermano.
Alexis se sintió igual que si él le hubiera arrancado el corazón. El dolor se le hizo, de pronto, insoportable.
Durante años, Alexis había soportado las críticas y la indiferencia de su padre. Hiciera lo que hiciera para complacerlo, por mucho que siempre lo obedeciera, nunca era suficiente para ganarse su amor. En ese momento, de nuevo, había sido rechazada por un hombre cuyo afecto deseaba con desesperación.
Quizá fuera culpa suya, pensó Alexis. Tal vez algo en ella la hacía ser indigna de amor.
–Lance va a llegar esta tarde para pedir tu mano de forma oficial –le comunicó Mitch–. Tienes que fingir que todo va bien y que nada ha cambiado.
¿Cómo podía fingir que no había pasado nada cuando tenía el corazón hecho pedazos? ¿Y cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Por qué no se había dado cuenta de que para él sólo había sido una noche de sexo? Tal vez se trataba de un caso de rivalidad soterrada entre hermanos. Quizá Mitch sedujera a todas las novias de su hermano.
Alexis sintió que la humillación le quemaba las entrañas, pero prefería morir antes de dejar que Mitch lo supiera.
Levantó la barbilla y esbozó un gesto de aburrimiento.
–No tengo que fingir que todo va bien, Mitch. Por lo que a mí respecta, todo va de maravilla. Sin duda, tú has cumplido con tu misión.
Mitch frunció el ceño.
–¿Y qué misión era ésa?
Alexis se exprimió los sesos, buscando la respuesta más horrible que pudiera darle para lastimarlo tanto como él la había herido.
–Un truco barato para ahorrarle a mi futuro esposo el engorro de dormir con una virgen. ¿Y quién mejor para hacerlo que su propio hermano? Aunque siento decirte que esperaba algo mejor. Tu intervención no ha sido demasiado memorable.
Mitch esbozó un gesto de confusión que poco a poco fue transformándose en odio helador. Alexis esperó que gritara y la reprendiera con rabia, como su padre solía hacer cuando estaba disgustado con ella. Sin embargo, Mitch no lo hizo.
–No podía esperar menos de una niña rica y malcriada.
Mitch no podía haberle dicho nada más hiriente.
Él agarró su cartera de la mesilla de noche.
–Te espero a mediodía en el vestíbulo –indicó él, se giró y se fue sin decir más.
Alexis se quedó allí sentada unos minutos, sintiéndose mareada por la tristeza pero, entonces, empezó a sentir algo diferente. Empezó a sentirse furiosa. ¿Cómo se atrevía Mitch a jugar con sus sentimientos de esa manera? ¿Cómo se había atrevido a hacer el amor con ella y robarle su tesoro más preciado, su inocencia, para luego rechazarla sin piedad?

Bueno, le daría su merecido, se prometió. Se casaría con su hermano y haría que Lance la amara. Sería la mejor esposa, la mejor madre, todo lo que Lance pudiera desear de una compañera.

Mitch vería lo felices que eran, se daría cuenta de lo perfecta que ella podía ser y, durante el resto de su vida, se arrepentiría de haberla dejado marchar.

Capítulo Dos

Septiembre

Mitchell Brody nunca había sido amigo de los compromisos pero, cuando se trataba de Petróleos Brody, era capaz de hacer cualquier cosa para asegurar su éxito y su crecimiento. Aunque eso significara casarse con una rica heredera malcriada, manipuladora y con un bloque de hielo por corazón.

En su despacho de Houston, el senador Bruce Cavanaugh miró a Mitch desde el otro lado de su enorme escritorio, el mismo que decía que había pertenecido a John F. Kennedy, con la actitud de un rey hablando con un súbdito. Todo en aquella habitación, desde los ricos muebles a las obras de arte colgadas de las paredes, estaba pensado para intimidar. Él no tendría problemas en mandar al diablo a aquel gran hijo de perra si no fuera porque, por desgracia, Petróleos Brody necesitaba su apoyo como senador. Sobre todo, después del incendio en la refinería. Si querían incrementar los beneficios, debían ampliar su negocio.

–Tu hermano ha humillado a mi familia –dijo Bruce.

–Lo sé, señor. Una vez más, quiero expresarle nuestras más sinceras disculpas.

–Rechazar a Lexi por una secretaria… –comentó el senador.

Bruce Cavanaugh hizo un gesto de burla, como si la profesión de Kate la pareciera indigna. Mitch se preguntó cómo se sentiría el senador si supiera que, en vez de haber estado planeando su boda con Lance, su preciosa hijita había estado seduciéndolo a él.

–Lance estaba enamorado de Kate –explicó Mitch, aunque aquella apreciación parecía no ser de importancia para su interlocutor.

El senador lo miró a los ojos.

–No creo que tengamos nada más de qué hablar, señor Brody.

Mitch nunca había suplicado en su vida, pero había una primera vez para todo. Su hermano le debería un gran favor por lo que iba a hacer.

–Me gustaría que considerara un trato.

El senador afiló la mirada.

–¿Qué clase de trato?

–Seguimos necesitando su apoyo, senador Cavanaugh, y supongo que usted sigue queriendo lo mejor para su hija.

–¿Qué quieres decir?

–El apellido Brody puede servirle para eso.

–¿Qué sugieres?

–Un matrimonio entre Alexis y yo.

El senador lo miró con cautela, aunque intrigado, y se recostó en su asiento.

–Explícate –pidió Bruce Cavanaugh, cruzándose de brazos.

En otras palabras, el viejo quería que Mitch le suplicara.

–Creo que este acuerdo puede beneficiarnos a todos, senador. Casada conmigo, Alexis tendrá el futuro resuelto y seguirá perteneciendo a la elite

de la sociedad texana.

–¿Y a cambio?

–Con su apoyo en el senado, mi hermano y yo ampliaremos Petróleos Brody y lo llevaremos a la cima, tendrá más éxito de lo que mi padre soñó jamás.

–Estoy seguro de que puedes imaginarte lo humillada que se sintió mi Lexi cuando se rompió nuestro primer acuerdo. Si digo que sí, ¿qué garantías tengo de que tú no te enamores de tu secretaria y decidas casarte con ella en vez de con mi hija?

A Mitch le molestaba el modo en que el senador se refería a ella como «su Lexi», como si fuera un objeto o una propiedad. Si de veras le importaba su hija, ¿por qué quería abocarla a un matrimonio de conveniencia, sin amor? ¿Acaso no quería que ella fuera feliz? O, tal vez, para el viejo la riqueza y la seguridad equivalían a felicidad.

Fuera cual fuera la motivación del senador, no era problema de Mitch. Además, en lo que a él respectaba, Lexi iba a llevarse su merecido.Él nunca habría sospechado que, bajo su apariencia dulce y gentil, esa mujer fuera en realidad una víbora. No era diferente de su madre, que había hecho que su padre se enamorara de ella, había dado a luz a dos hijos y, luego, los había abandonado.

Lexi había jugado con sus sentimientos y lohabía utilizado. Él pensaba devolverle el favor.

–En primer lugar, mi secretaria tiene sesenta y ocho años, está casada y tiene nietos. En segundo lugar, no soy un hombre frívolo en lo que respecta a mis sentimientos. Estoy preparado para hacer cualquier cosa por el bien de mi negocio. También tengo un plan para reparar la humillación que Lexi pueda haber sufrido. Cuando todo esté arreglado, será Lance quien termine pareciendo un tonto.

–¿Cómo piensas hacerlo?

–Con todos mis respetos, señor, prefiero hablarlo primero con Lexi, para asegurarme de que ella esté de acuerdo.

El senador Cavanaugh consideró en silencio la propuesta. Luego, asintió.

–Me inclino a decir que sí, pero con una condición: no obligaré a Lexi a casarse contigo. Ella debe estar de acuerdo, si no, no hay trato.

Mitch se encogió. Eso sería un problema, sin duda. Era obvio que Lexi lo despreciaba, pensó. Iba a tener que utilizar toda su creatividad para hacerle una oferta que ella no pudiera rechazar. Quizá, una tarjeta de crédito sin límite y cuentas en todas las tiendas que ella quisiera.
Le daría todo lo que su pequeño, egoísta y malcriado corazón deseara. Aunque dudaba que ella tuviera corazón.

–De acuerdo –dijo Mitch. Se levantó de su asiento y le tendió la mano al viejo.

El senador se la apretó con fuerza.

–Una cosa más –añadió el senador cuando Mitch se giró para irse–. Si lastimas a mi hija de cualquier manera, os aplastaré a ti y a tu hermano, ¿entiendes?

Mitch asintió, se volvió y se dirigió a la puerta, rezando por no haber cometido el mayor error de su vida.

Lexi estaba en su baño privado en la casa de campo de su padre en Houston, sintiéndose mareada. Se había sentido así todas las mañanas durante las últimas semanas. Por eso, había decidido hacerse al fin una prueba de embarazo en casa. Además, llevaba dos periodos de retraso. Y, por supuesto, cuando miró la pequeña barra indicadora, vio que la señal positiva se había tintado de rosa.

Gimió y hundió la cabeza entre las manos. Siempre había sido la hija perfecta. La única vez en su vida que había osado mandar al diablo los deseos de su padre y había decidido divertirse un poco, eso era lo que había pasado.

¿Cómo no?

Alguien llamó con suavidad a la puerta. Su asistente personal, Tara, quien se había encargado de ir a comprar el test de embarazo a la farmacia, asomó la cabeza.

–¿Y bien?

Incapaz de decirlo en voz alta, Lexi le tendió el indicador para que Tara lo viera por sí misma.

–La he fastidiado bien.

Tara se acercó a ella y la abrazó.

–Lo superaremos –prometió Tara–. Todo va a salir bien.

Lexi apoyó la cabeza en el hombro de Tara y se dejó consolar durante unos minutos. Tara era lo más parecido que tenía a una amiga. El senador era muy especial y no dejaba que su hija tuviera a cualquiera por amigo. En su opinión, nadie era lo bastante bueno para su pequeña. A consecuencia de ello, la gente pensaba que era una esnob.

¿Y qué pensarían todos si tenía un hijo fuera del matrimonio? Su padre se sentiría absolutamente avergonzado. Durante años, había esperado que su hija se casara y le diera nietos a los que malcriar, pero aquel descuido no formaba parte del meticuloso plan del senador.

–Si mi padre lo descubre, me matará.

Tara la sujetó por los hombros.

–Tienes otras opciones.

Lexi supo con exactitud a qué se refería Tara y negó con la cabeza.

–Abortar no es una opción.

–Entonces, ¿vas a tenerlo?

–Si lo hago, mi padre me desheredará.

De eso no tenía Lexi ninguna duda. Para su padre, lo más importante eran las apariencias. Sin duda, la acusaría de haberlo hecho a propósito para sabotear su reputación. La acusaría de no quererlo ni respetarlo después de todo lo que había hecho por ella.

Y ¿cuántas veces había tenido Lexi la tentación de preguntarle qué había hecho por ella? Aparte de darle un techo, controlar su vida y tratarla más como un bien político que como a una hija.

Pero no tendría nunca el valor necesario para decírselo. A pesar de todo, seguía siendo su padre. Y la única persona que tenía en el mundo.

–¿Qué es lo que tú quieres, Lexi?

Eso era parte del problema, pensó Lexi. No sabía qué quería. Si su padre la desheredaba y le cortaba todos sus ingresos, ¿sería justo para el niño crecer en medio de la pobreza y la vergüenza? Por otra parte, la idea de que un extraño criara a su hijo, sangre de su sangre, le rompía el

corazón.

También era el hijo de Mitch, se recordó. ¿No debería él tomar parte en la decisión?

–¿Y el padre? –preguntó Tara, como si le hubiera leído el pensamiento.

Mitch podía ser el padre biológico, pero había dejado sus sentimientos muy claros. Su noche juntos había sido un error y nadie debía saberlo nunca.

–El padre no quiere tener nada que ver conmigo.

–Qué curioso –dijo Tara con gesto pensativo–. Mitchell Brody siempre me pareció un tipo responsable.

Lexi se quedó con la boca abierta, sorprendida. Ella no le había hablado a nadie de la noche que había pasado con el hermano de su antiguo prometido. Habría sido demasiado humillante. ¿Cómo sabía Tara…?

–Tendría que estar ciega para no haberme dado cuenta –continuó Tara–. Te pasaste una semana hablando todo el rato de él. Mitch esto y Mitch lo otro. Mitch me llevó al museo Smithsonian y Mitch me llevó al restaurante francés más selecto de toda la ciudad. Mitch y yo estuvimos hablando durante horas. Era obvio que él te gustaba. Una mujer no guarda su virginidad durante veinticuatro años para regalársela a un extraño así como así.

Esa semana había sido una de las mejores de su vida, recordó Lexi. Había descubierto que Mitch era mucho más que el hombre serio y, a veces, intimidatorio que parecía. Podía ser dulce y divertido. Ella se había dejado seducir por él y se había metido en un buen lío.

–Por otra parte –prosiguió Tara–, si realmente fuera tan responsable, habría usado protección.

–¡Lo hizo! Por eso, al principio yo no podía creer que estuviera embarazada.

–¿Usasteis preservativo todas las veces?

–Claro que… –comenzó a decir Lexi y frunció el ceño.

Tara imitó su expresión.

–¿Qué?

Lexi meneó la cabeza.

–No, no puede ser eso.

–¿Tuvisteis sexo sin protección?

–Sólo un minuto. Nos despertamos en medio de la noche y él empezó a… –explicó Lexi y se sonrojó. Nunca había hablado de algo tan personal con nadie en toda su vida. Ni siquiera con su médico–. Pero se puso un preservativo antes de que… ya sabes… terminara.

–El esperma puede liberarse antes de la eyaculación –indicó Tara–. Y sólo hace falta un espermatozoide. Enseñan esas cosas en la clase de educación sexual, Lex.

Pero ella no había asistido a clases de educación sexual. Había sido educada en casa por tutores privados para no sufrir la influencia inadecuada de otros niños. Ni uno solo de esos tutores, ni siquiera su profesor de Ciencias, le había dicho una palabra sobre educación sexual. Probablemente, su padre había tenido algo que ver con ello. Lo único que sabía sobre sexo lo había aprendido en las novelas románticas que solía esconder en su habitación. Aunque, en los últimos meses, había descubierto que esos libros ofrecían una visión bastante sesgada del amor y las

relaciones.

–Es culpa mía –gimió Lexi–. Si no hubiera sido tan ingenua, me habría cuidado mejor.

–No es culpa de nadie. Además, suena como si hubierais tenido una noche maravillosa. Quizá, si hay alguna posibilidad…

Lexi negó con la cabeza.

–No hay ninguna posibilidad. Él no es el hombre que yo pensaba.

–Bueno, pero tiene sus derechos.

–Lo sé –repuso Lexi, sintiéndose más confundida que nunca en su vida–. No sé qué hacer.

–Quizá, lo que necesitas es tomarte un tiempo de descanso para pensar las cosas. Llevas meses diciéndome que quieres irte de vacaciones. ¿No querías ir al Cabo San Lucas?

Aquél era el sitio donde Lexi había soñado pasar su luna de miel con Mitch. No podría soportar ir allí.

–Demasiado cálido –replicó.

–Bien, ¿y un crucero por la costa de Alaska?

Lexi se puso pálida.

–Como si no tuviera ya bastantes náuseas.

–Tienes razón –replicó Tara y se mordió el labio inferior un momento, pensativa. Entonces, se le iluminó el rostro–. ¡Ya lo tengo! ¿Qué te parece ir a la casa en las islas griegas de la que nos habló el senador Richardson? Sería un sitio perfecto.

Era una idea excelente. Lexi quería tranquilidad y soledad y, en Grecia, nadie sabría quién era su padre. Pero todavía seguía habiendo un problema.

–¿Y si mi padre no lo permite?

–Dile que la humillación que te ha causado Lance es insoportable y que necesitas pasar un tiempo a solas.

Era la humillación que le había causado Mitch lo que Lexi no podía soportar pero, aun así, no era mala idea.

–Hazle sentir culpable de haberte colocado en esa situación –sugirió Tara–. En realidad, es culpa suya que estés pasando por todo esto.

Tara tenía razón. Si su padre no hubiera insistido en que se casara con Lance, nunca habría conocido a Mitch. Por eso, de alguna manera, su padre era responsable, aunque ella dudaba mucho que él lo reconociera. Su padre la culparía sólo a ella. Como siempre. Por mucho que ella lo intentara, parecía que nunca hacía nada bien. Sin embargo, aunque no era su estilo hacerse la víctima, si las circunstancias lo exigían…

Lexi sonrió a su amiga, agradecida por tener a alguien que la apoyara en un momento como aquél, aunque Tara cobrara una suma generosa por hacerlo.

–¿Cuándo puedes hacer las reservas?

Capítulo Tres

Nada más salir del despacho del senador, Mitch llamó a su hermano.

Lance respondió a la primera.

–¿Qué te ha dicho?

–Está de acuerdo.

Lance exhaló aliviado.

–¿Estás seguro de que estás preparado para enfrentarte a lo que te espera? –preguntó Mitch–. No vas a quedar muy bien.

–Después del modo en que he humillado a Lexi, creo que me lo merezco. Sólo siento que tengas que pasar por esto.

–¿Qué sientes? Tú ibas a hacer el mismo sacrificio.

–Pero no lo hice. Escuché a mi corazón.

–Estoy seguro de que Lexi y yo llegaremos a gustarnos –mintió Mitch. Era más probable que vivieran vidas separadas. Si no se mataban el uno al otro antes.

–Me siento culpable porque tengas que hacer esto –insistió Lance–. Ahora que sé cómo es estar con alguien a quien amas y en quien confías, quiero lo mismo para ti. Quiero que seas feliz.

–Cuando nuestra compañía esté triunfando y hayamos dejado a nuestros competidores atrás, lo seré. Además, tú sabes que no creo en el amor. La vida no funciona así. Al menos, no para mí –señaló Mitch.

Tampoco quería creer en el amor. Un hombre que no mostraba su vulnerabilidad no era fácil de traicionar. Ninguna mujer lo lastimaría como hizo su madre.

Su hermano le leyó la mente.

–No todas las mujeres abandonan a sus familias –dijo Lance–. Y, cuando mamá lo hizo, estoy seguro de que tenía sus razones.

Por supuesto que las tenía, pensó Mitch. Su padre había sido un auténtico bruto y los había sometido a maltrato psicológico y, en ocasiones, físico. Pero, si su madre realmente los había amado, ¿por qué los había dejado atrás, solos con su padre? ¿Por qué no se había llevado a sus hijos con ella?

Mitch no tenía ninguna duda de que Lexi era tan egoísta y malcriada como para hacer lo mismo. Si ella aceptaba casarse, él insistiría en que no tuvieran hijos. Sería cruel traer al mundo a un niño en un matrimonio sin amor. A veces, él deseaba no haber nacido.

–Hay una condición –explicó Mitch–. Lexi tiene que aceptar casarse conmigo.

Lance silbó.

–Quizá sea cosa de mi imaginación, pero no parecía haber muy buenas vibraciones entre vosotros dos el día en que rompí mi compromiso con ella.

Lance no lo sabía bien, pensó Mitch.

–También me advirtió de que, si la lastimaba, nos aplastaría –continuó Mitch.

Lance rió.

–El viejo zorro no quiere dejar cabos sueltos, ¿eh?

–¿No te preocupa?
–¿Por qué iba a preocuparme? Confío en ti –repuso Lance.
Mitch esperó que su confianza no estuvierafuera de lugar. Él ya había decepcionado a su hermano en una ocasión, cuando se había acostado con su prometida. Aunque Lance nunca había amado a Lexi, ni había pensado en el matrimonio como nada más que un trato de negocios.
Él, por otra parte, había creído honestamente que había tenido una conexión especial con Lexi. Si hubiera sabido que Lance amaba a Kate la noche que se había acostado con Lexi, le habría pedido que se casara con él en vez de con su hermano. Pero, para Lexi, él sólo había sido un juguete.
Era irónico que tuviera que casarse con ella de todos modos.
–Todavía puedes echarte atrás –dijo Lance, sacándolo de sus pensamientos.
No, no podía, pensó Mitch. Aquel matrimonio era algo imperativo.
–Ya he tomado una decisión. Voy a llamarla ahora mismo para quedar con ella.
–¿Y si se lo pides y te dice que no?
Era muy probable, se dijo Mitch. Pero toda mujer tenía un punto débil. Encontraría el de Lexi y lo utilizaría a su favor.
–Sólo tengo que hacerle una oferta que no pueda rechazar.

Aunque todavía no había hablado con su padre sobre el viaje, Lexi había dispuesto la ropa sobre la cama para que su criada hiciera la maleta. Su avión salía dentro de dos días y ni siquiera el Apocalipsis la detendría. Había planeado convencer a su padre durante la cena y llorar delante de él si hacía falta para ablandarle el corazón.
Entonces, sonó su móvil y Lexi miró la pantalla. Era un número de Houston que no conocía. Respondió, con curiosidad.
–Lexi, soy Mitchell Brody.
El corazón le dio un vuelco al oír su voz.
–Hola, señor Brody –saludó ella con frialdad.
–Me preguntaba si podemos vernos. Esta tarde, si es posible.
¿Quedar? No tenían nada que decirse, pensó ella.
De pronto, Lexi sintió miedo. No era posible que Mitch supiera lo del bebé… ¿o sí? Sólo lo sabía Tara y le había jurado no contárselo a nadie.
Estaba siendo una paranoica, se dijo. Por supuesto que él no lo sabía. Cualquier otra cosa que Mitch tuviera que decirle era irrelevante.
–Ahora no tengo tiempo –repuso Le-xi–. Estoy haciendo las maletas para irme de viaje. Quizá, podríamos vernos dentro de dos semanas, cuando regrese –sugirió. Quizá, para entonces, ella ya habría decidido qué hacer.
–Me temo que esto no puede esperar –señaló Mitch–. Es urgente que hable contigo hoy. Puedo estar allí dentro de veinte minutos.
Aunque era el último hombre del mundo que Lexi quería ver en ese momento, su curiosidad la venció. Quizá quisiera rogarle que lo perdonara, decirle que se había equivocado de lleno al haber dicho que su noche juntos había sido un error.
Tal vez Mitch quisiera decirle que la amaba, fantaseó Lexi. Al menos, podía escucharlo, dejarle suplicar y, luego, mandarlo al diablo.
–Bien –dijo ella.

–Nos vemos dentro de veinte minutos.

Mitch llegó ante su puerta quince minutos después. Cuando llamó al timbre, Lexi indicó al mayordomo que los dejara y abrió ella misma.

Lexi casi había olvidado lo atractivo que era, tan alto e imponente, lo bien que olía. Al verlo, no pudo evitar desear estar cerca de él, tocarlo de nuevo, perderse entre sus brazos. Probablemente, fuera culpa de sus hormonas, que, desde que estaba embarazada, no hacían más que jugarle malas pasadas.

La cara de Mitch no lucía su habitual sonrisa fácil. Tenía la mandíbula tensa y el gesto serio. De hecho, parecía casi… nervioso. Lexi no había creído que los hombres como Mitch pudieran ponerse nerviosos.

–Gracias por acceder a verme –dijo él.

Ella se cruzó de brazos.

–¿Qué era tan importante que no podía esperar?

–¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

Lexi asintió y Mitch la siguió por el pasillo hasta el estudio. Cuando estuvieron dentro, ella cerró la puerta.

–¿Y bien?

–Primero, quiero disculparme de nuevo por el comportamiento de mi hermano.

–No te preocupes. Me hizo un favor. Habríamos sido desgraciados juntos –replicó ella e hizo una pausa–. ¿Cómo está Lance?

–Genial. Muy feliz.

–Me alegro. Pero no creo que hayas venido a verme por eso.

–No, no –replicó él, con aspecto preocupado–. Como sabes, Lance y yo seguimos necesitando el apoyo de tu padre.

–Os deseo buena suerte –dijo ella. Su padre había estado furioso con los hermanos Brody y seguía estándolo, que ella supiera.

–Lo he visto hoy.

Lexi abrió los ojos de par en par.

–¿Accedió a verte?

–Puedo ser muy persuasivo.

No era necesario que lo jurara, pensó Lexi. Si no hubiera sido tan persuasivo, ella no se encontraría en la situación en la que se encontraba.

–El senador y yo hemos llegado a un… entendimiento.

¿Por qué tenía la sensación de que no iba a gustarle?, se dijo Lexi.

–¿Qué clase de entendimiento?

–Tu padre ha prometido apoyarnos si te casas conmigo.

¿Casarse con él?, pensó Lexi. Después de todo lo que había pasado con Lance, ¿iba su padre a obligarla a casarse con otro de los hermanos Brody? ¿Y por qué no se lo había dicho él mismo? ¿Por qué no la había prevenido?

–¿Otro trato de negocios? –preguntó ella.

Mitch asintió.

–¿Tengo algo que decir al respecto? –inquirió Lexi de nuevo.

–Lo cierto es que sí. El acuerdo fue que tengo que convencerte para que te cases conmigo.

Ella se quedó con la boca abierta.

–¿Eso dijo mi padre?

–Básicamente, sí.

Lexi se dio cuenta de que la idea de tener que suplicarle para se casara

con él hacía que Mitch se sintiera incómodo. Lo que no era de extrañar, después del modo en que él la había utilizado. Un punto para su viejo padre. Y ella sabía muy bien por qué el senador había aceptado el trato. Él había mencionado en más de una ocasión que creía que Mitch poseía dotes políticas como presidente. El estatus social lo era todo para su padre, quien estaría encantado de ver a su preciosa hijita como primera dama del país.

Lexi no tenía ni idea de si Mitch estaba interesado en política o no. Sin embargo, al pensar en pasar el resto de su vida casada con un hombre tan frío y manipulador, tan parecido a su padre, se le encogió el estómago.

Por otra parte, no podía negar que aquélla sería la solución a sus problemas. Al casarse con Mitch, su hijo nacería dentro del matrimonio. Aunque la gente, su padre sobre todo, podían sospechar cuando diera a luz a un bebé dos meses antes de lo esperado. Pero pensaría en eso después.

La verdadera pregunta era si podría soportar estar casada con Mitch durante el resto de su vida.

Incluso si decidía casarse con él, no se lo pondría tan fácil. Iba a hacerle esforzarse para conseguirlo.

–Después del modo en que me humilló tu hermano, ¿qué te hace creer que podría siquiera considerar casarme contigo?

–Tengo un plan que hará que mi hermano sea quien quede humillado.

Lexi lo miró con interés, sin poder resistir la curiosidad.

–¿Cómo?

–Filtraré a los medios que tú y yo llevamos tiempo viéndonos y que yo te seduje durante esa semana en Washington D. C. La gente creerá que tú planeabas romper vuestro compromiso pero que Lance lo hizo primero, antes de darte la oportunidad.

–¿Y por qué iba a creer eso la gente? ¿Y si piensan que son sólo rumores?

–Mi hermano y yo tendremos una discusión en público para darle credibilidad al rumor.

La reputación lo era todo para hombres como Lance y Mitch, por lo que Lexi no pudo evitar valorar el gesto.

–¿Lance haría eso por mí?

–Haremos cualquier cosa por nuestro negocio.

Así que no estaban haciendo aquello por ella. Lo hacían por su negocio. Lo que a ella la afectaba eran sólo los efectos secundarios de su plan. Debió haberlo previsto, se dijo Lexi.

Irónicamente, el plan no estaba tan lejos de la verdad. Mitch la había seducido y, durante un breve periodo de tiempo, ella había considerado romper con Lance para estar con él.

–¿Sabe Lance lo que pasó?

–¿Te refieres a aquella noche en el hotel?

Lexi asintió.

–Claro que no. Él cree que es todo inventado.

Y, por la actitud de Mitch, él pretendía que siguiera siendo así. Sería un golpe bajo cuando se supiera la noticia del bebé. Lance iba a descubrirlo antes o después.

La verdad era que a Lexi le importaba muy poco su supuesta humillación y lo que la gente pensara de ella. Por el bien del bebé, sin embargo, sería una tonta si rechazaba la oferta de Mitch. Casarse con él le

garantizaría el tipo de vida que quería para su bebé.

–Mi respuesta es sí –repuso ella–. Me casaré contigo.

Mitch la miró sorprendido por que ella aceptara tan fácilmente.

–Debemos hacerlo pronto. Estaba pensando en una pequeña ceremonia civil en el juzgado –dijo él.

Cuanto antes y cuanto más sencilla fuera la ceremonia, mejor para ella. La boda de sus sueños, de blanco y llena de bendiciones, había quedado fuera de lugar.

–Bien.

–Y deberíamos planear una luna de miel. Para que parezca más auténtico.

Lexi pensó en el viaje que acababa de reservar.

–Voy a hacer un viaje de una semana a Grecia pasado mañana. ¿Sería lo bastante auténtico para ti?

Mitch asintió.

–Sería perfecto.

–Haré que mi asistente te reserve una plaza.

–Y yo haré que la mía prepare lo necesario para la ceremonia.

–De acuerdo.

–Mientras estemos fuera, haré que lleven tus cosas a mi casa de la ciudad.

Lexi no había pensado hasta ese momento que tendría que vivir con él. Pero era lo normal. Las parejas de casados vivían juntas. Sin embargo, se sintió vulnerable al pensar en vivir bajo el mismo techo con él. ¿Intentaría Mitch controlar su vida, dirigiendo todos sus movimientos como había hecho su padre? ¿Iría a mudarse de una prisión a otra?

Y, si era sí, ¿qué otra cosa podía hacer?

Mitch debió de haber leído su expresión.

–Tendrás tu propia habitación –le aseguró él–. No te faltará nada.

Por desgracia, aquello no era cierto. Lexi quería algo que él era incapaz de darle. Quería ser amada. Quería alguien que la respetara y la apreciara tal y como era. Y, aunque Mitch parecía apreciar lo que ella estaba haciendo por él, la parte del amor y del respeto no parecía posible. Quizá, ella no los mereciera. Tal vez fuera el precio que tenía que pagar por su riqueza y seguridad. O, igual, la triste realidad era que no era digna de ser amada.

–No lo lamentarás –afirmó Mitch.

A Lexi le sonó irónico, teniendo en cuenta que ya había empezado a lamentarlo.

–¿Estás listo para hacerlo? –le preguntó Lance a Mitch la tarde siguiente.

Estaban sentados uno frente al otro en una mesa con mantel de lino, en el comedor de etiqueta del Club de Ganaderos de Texas. Era el sitio más público que se les había ocurrido para representar su farsa. Si todo salía según lo planeado, la noticia de lo que iban a discutir a voces allí mismo correría como la pólvora por toda la ciudad.

–Estoy listo –dijo Mitch.

Era un poco difícil creer que a esas horas, al día siguiente, estaría casado y de camino a Grecia, pensó Mitch. Con veintinueve años, se

consideraba demasiado joven para atarse en un matrimonio. Aunque tanto Lexi como él sabían que no era un matrimonio real. Era un acuerdo de negocios. Un trato que él iba a tener que pagar, tanto emocional como económicamente. Para empezar, se había gastado una cifra astronómica en el anillo de boda que Lexi había elegido. Sus gustos caros no parecían tener límites.

Lance sonrió.

–Te lo pondré fácil, hermanito.

–No te molestes. Dime todo lo que quieras –repuso Mitch. En muchas ocasiones, su padre les había hablado con más dureza que nadie–. Tenemos que hacer que parezca una pelea real, Lance.

–No te preocupes, lo sé –afirmó Lance y su sonrisa se desvaneció. Puso gesto de disgusto–. Eres un hijo de perra –le espetó a su hermano, en un tono de voz lo bastante alto para que lo oyera todo el mundo en la sala.

Todos los comensales se quedaron en silencio y se giraron para mirarlos. No había marcha atrás, se dijo Mitch.

–Deja que te lo explique –dijo Mitch con voz suplicante, levantando las manos en gesto defensivo.

Lance se puso en pie como un rayo y la silla se cayó al suelo, a punto de chocar contra la mesa que había detrás. Agarró su copa medio llena y le tiró el contenido a su hermano a la cara. Mientras el alcohol hacía que le escocieran los ojos y le resbalaba por la camisa, Mitch no pudo evitar pensar que era una pena derrochar así el mejor whisky del club.

Hubo gritos sofocados en la sala mientras Lance salía como un huracán del comedor. Mitch agarró una servilleta de lino de la mesa y se limpió la cara. Todos los ojos estaban puestos en él, la mayoría de amigos, vecinos o socios del negocio. Se puso en pie de un salto y siguió a su hermano, que se dirigía hacia el vestíbulo principal, lleno de gente.

–¡Espera, Lance! ¡Puedo explicártelo! –gritó Mitch.

Alcanzó a su hermano justo a la salida del comedor. Lance tenía todo el aspecto de estar loco de furia.

–¿Explicar? ¿Qué clase de hombre seduce a la prometida de su hermano?

Mitch oyó gritos sofocados en la sala.

–No fue nuestra intención –dijo Mitch, pensando que era irónico que, si Lance hubiera descubierto la verdad, le habría dicho lo mismo. Aunque habría sido mentira. Lexi había admitido que lo había utilizado para robarle a su hermano su virginidad. En el fondo, los dos hermanos habían sido burlados.

–Por lo que a mí respecta, Lexi y tú sois tal para cual –le espetó Lance y se giró para irse.

Mitch lo agarró el brazo, como parte de la farsa.

De inmediato, Lance le lanzó un puñetazo. Si no lo hubiera esperado, Mitch no habría tenido tiempo de prepararse. Lo único que podía hacer era quedarse allí, indefenso, mientras Lance lo golpeaba en la mandíbula. El golpe le hizo retroceder un par de metros. Perdió el equilibrio y acabó sentado en el suelo de mármol.

Lance le lanzó una última mirada de odio, se giró y se abrió paso hasta la salida. A Mitch le dolía el trasero, la mandíbula y el orgullo pero, por la reacción de los presentes, pensó que había merecido la pena. Un murmullo

llenó el vestíbulo y, al menos, media docena de personas se pusieron a hablar por el móvil con excitación. Antes de una hora, toda la población del condado de Maverick sabría la noticia.

Mitch se frotó la cara. Una gota de sangre le caía del labio. Dos empleados del club se acercaron a él para ayudarlo a levantarse y una camarera le tendió una servilleta para limpiarse la sangre.

–Estoy bien –murmuró él, negándose a ser ayudado, fingiendo sentirse humillado y destrozado.

Mitch oyó ruido de neumáticos acelerando y supo que Lance estaba saliendo del club, dando los últimos toques a su farsa. Había sido todo un espectáculo.

Sólo esperaba que hubiera merecido la pena.

Capítulo Cuatro

Lexi y Mitch se casaron ante el juez a la mañana siguiente con sólo Tara, Lance y el mejor amigo de Mitch, Justin Dupree, como testigos, pues el senador había tenido que ir a Washington D. C. para una reunión urgente. Luego, se fueron directos al aeropuerto para tomar un vuelo hacia Grecia.

Lexi se sentó junto a su marido en primera clase, con los ojos cerrados, deseando que se aplacaran sus náuseas. Las hormonas le estaban jugando una mala pasada y las náuseas matutinas no habían hecho más que empeorar. Si siempre era así, no quería ni pensar en tener más hijos, se dijo. Su bebé sería hijo único. Hasta ese momento, sólo había padecido náuseas suaves y ocasionales. Ese día, sin embargo, había vomitado tres veces. Una, por la mañana, nada más salir de la cama, otra en el baño de señoras del juzgado y otra en el baño del aeropuerto, antes de embarcar. Estaba empezando a pensar que el viaje había sido una mala idea.

Incluso peor que casarse con Mitch Brody.

–¿Estás bien? –preguntó Mitch con suavidad.

Nada de eso, pensó Lexi. Se tragó la bilis que amenazaba con volver a subírsele a la garganta y abrió los ojos. Hizo una mueca al ver de nuevo el horrible moretón que marcaba la mandíbula de Mitch y el feo corte que tenía en el labio.

–Estoy bien –mintió.

Mitch la miraba con preocupación. Entonces, él dobló el periódico que había estado leyendo, la sección financiera, por supuesto, y lo dejó a un lado.

–No te lo tomes a mal pero estás un poco verde.

Qué amable por darse cuenta, pensó Lexi con ironía.

–Y tú estás negro y azul.

Mitch levantó la mano y se frotó la mandíbula, haciendo una mueca.

–No puedo creer que Lance te pegara. ¿Por qué no fingió pegarte nada más?

Mitch se encogió de hombros como si no tuviera importancia.

–Ya te lo he dicho, tenía que ser realista.

En apariencia, lo había sido. Según Tara, el rumor había prendido como el fuego en todo el pueblo y, cada vez que Tara tenía oportunidad, ayudaba a alimentar las llamas. En cuestión de horas, todo el mundo estaría convencido de que Mitch y Lexi habían tenido una aventura secreta. La noticia del bebé sólo confirmaría los rumores.

Aunque Lexi sabía que Mitch y Lance lo habían hecho sólo por su negocio, no podía evitar sentirse agradecida por que hubieran llegado tan lejos para proteger su honor.

La caballerosidad no había desaparecido, pensó.

A pensar de su actitud de indiferencia, Mitch debía de haberse sentido humillado, reflexionó Lexi. O, quizá, fuera uno de esos hombres que realmente no daban importancia a lo que pensaran los demás.

–Puedo llamar a la azafata para que traiga un paquete de hielo –se

ofreció ella.

–Estoy bien –repuso él–. ¿Necesitas tú algo?

Lexi negó con la cabeza. Gran error, porque ese movimiento le provocó más náuseas. Deseó haber elegido un atuendo más informal para el vuelo, en vez del traje de seda ajustado que se había puesto para la ceremonia. Algo más amplio y cómodo, como su pijama.

–No tienes buen aspecto –observó él.

–Gracias.

–No lo digo para ofenderte. Me preocupas.

–Sólo estoy un poco mareada. Es algo normal. Y me avergüenza un poco, así que, si no te importa, ¿podemos dejar el tema?

–Lo siento.

Después de eso, se quedaron en silencio. Durante la semana que habían pasado juntos en Washington D. C., habían mantenido conversaciones interminables, recordó Lexi. La mayoría de la gente pensaba que ella era una niña rica y malcriada y su padre no hacía más que alimentar los rumores, mimándola y consintiéndola. Pero Mitch había visto más allá dentro de ella. La había escuchado, la había hecho sentir… especial. Sin embargo, en ese momento, ella no tenía ni idea de qué podían decirse.

¿Qué tal si le decía que estaba embarazada?

Lexi había planeado decírselo en la limusina de camino al aeropuerto, pero había estado demasiado ocupada intentando no vomitar en los asientos de cuero. Había decidido, entonces, esperar a que llegaran a la casa de vacaciones en Grecia. No tenía ninguna duda de que la noticia iba a ser un shock, pero estaba segura de que él terminaría acostumbrándose a la idea y, al final, se alegraría de ser padre.

–Quizá deberíamos hablar sobre lo que esperamos de nuestra relación –sugirió Mitch, como si le hubiera leído el pensamiento.

Lexi esperó que no hablara de sexo, porque eso no había sido parte del trato. Se suponía que era sólo un acuerdo de negocios. Ella no tenía ninguna intención de ser su concubina.

–¿A qué te refieres?

Mitch sonrió ante el tono cauteloso de ella.

–No a lo que estás pensando. Nuestra relación termina en la puerta del dormitorio.

–Bien –repuso ella, sintiéndose aliviada. Y, por extraño que pareciera, un poco decepcionada.

–Lo que quería decir es que, por ejemplo, como parte de mi trabajo, a veces tengo que asistir a reuniones sociales. Como mi esposa, espero que me acompañes y, por supuesto, yo haré lo mismo por ti.

No sonaba tan horrible, pensó Lexi.

–Está bien.

–También tendrás que ser la anfitriona de varias fiestas.

Eso se le daba bien, se dijo ella.

–De acuerdo.

–Y, como no me gusta demasiado ver mi nombre en las revistas del corazón ni que se forjen rumores a mi costa, creo que deberíamos dar la sensación de ser una feliz pareja de casados. Si se extiende el rumor de que esto es un acuerdo de negocios, no nos dejarán nunca en paz. Y yo valoro mucho mi privacidad.

A Lexi le importaba un pimiento lo que los demás pensaran. Pero, por el bien del niño, sería mejor que dieran la imagen de estar felizmente casados, para que el niño no se sintiera no deseado.

–En cuanto volvamos a Estados Unidos, podemos empezar a buscar una casa. O, si lo prefieres, podemos construirnos una.

–¿Y tu casa de la ciudad?

–Es demasiado pequeña para nuestras necesidades.

–Si tú lo dices… –repuso Lexi. Ella nunca había estado allí, pero imaginaba que alguien tan rico como Mitch no podía tener una casa pequeña. Por otra parte, la idea de tener su propia casa le resultaba excitante. Durante toda la vida, había vivido en casa de su padre. Él ni siquiera le había dejado decorar su propia habitación, le había encargado la tarea a un profesional. Ella nunca había tenido un lugar verdaderamente suyo.

–Por supuesto, tú estarás a cargo de la casa –continuó Mitch–. Serás responsable de contratar y despedir a los empleados de hogar.

–¿Podré decorarla a mi gusto?

La pregunta pareció tomarlo por sorpresa.

–Claro.

–¿No necesitaré tu aprobación para todo lo que haga?

Mitch la miró con gesto de estar confuso.

–¿Deberías?

Lexi había asumido que, como su padre, Mitch la consideraría indigna de confianza o incapaz. También podía ser que él estuviera diciéndole todas esas cosas para darle un falso sentido de seguridad y que, a la hora de la verdad, fuera un tirano insoportable.

Ya estaba empezando otra vez a pensar como una paranoica, se dijo Lexi.

–Además de cubrir tus requisitos económicos, ¿esperas otra cosa de mí? –quiso saber él.

Lexi no estaba segura de a qué se refería con requisitos económicos. ¿Acaso pensaba que ella esperaba cobrar un salario?

–¿De qué requisitos económicos estás hablando?

–Tarjetas de crédito, dinero en efectivo… Como te aseguré, no te faltará nada.

A pesar de lo que la mayoría de la gente pensaba, Lexi no era una rica heredera malcriada, como la describían en las páginas del corazón de las revistas. Su padre siempre le había dado generosas cantidades para comprarse ropa y cosas de primera necesidad pero, por lo demás, sus gastos eran bastante comedidos. Su padre controlaba los movimientos de su tarjeta de crédito, para asegurarse de que no se gastara el dinero en nada inapropiado, y limitaba mucho la cantidad de efectivo que le permitía. Ella siempre se había preguntado cómo se sentiría si fuera económicamente independiente, sin que nadie estuviera vigilando todos sus movimientos.

Si Mitch le daba libertad para usar el dinero, quizá su matrimonio no fuera tan desgraciado como ella había temido.

–Vamos –insistió Mitch–. Debe de haber algo que quieras.

Aunque Lexi había pensado esperar a llegar a Grecia, Mitch se lo había puesto en bandeja y no pudo resistirse a abordar el tema.

–¿Y niños?

–¿Niños? ¿Qué pasa con ellos? –preguntó él a su vez.

–Bueno, ya sé que esto es un trato de negocios, pero yo siempre he querido hijos.

Lexi se quedó helada al ver la expresión sombría de él.

–Creo que eso sería una mala idea –afirmó Mitch, negando con la cabeza.

Vaya, las cosas no iban demasiado bien, pensó Lexi.

Quizá, lo que no le gustaba a Mitch era pensar en concebir un bebé, reflexionó Lexi. Tal vez ya no la encontraba atractiva. El beso que habían compartido después de casarse no podía haber sido más frío ni más formal. Igual ella había sido tan desastrosa en la cama la primera vez que él no quería repetirlo.

–Si lo que te preocupa es volver a tener que… –comenzó a decir ella–. Existen otras maneras…

–No tiene nada que ver con eso. Pienso que sería injusto traer al mundo un hijo en un matrimonio sin amor.

A Lexi se le encogió el corazón. ¿Qué pensaría Mitch si supiera que no iba a poder hacer nada al respecto? ¿Insistiría en divorciarse? ¿Le contaría a su padre lo que había pasado en Washington D.
C. aquella noche? O, peor aun, ¿desheredaría al niño? ¿Qué podía hacer ella?

El pánico la invadió. Debía de haber un modo de convencer a Mitch, una manera de cambiar las cosas.

–Quizá, si…

–No –repitió él con firmeza y apretó los labios–. Esa posibilidad no existe. Te daré cualquier cosa que quieras, Lexi. Menos eso.

Sólo porque ellos dos no se amaran no quería decir que su hijo no pudiera ser feliz, pensó Lexi, intentando buscar la manera de hacerle cambiar de opinión.

¿Y si ella hacía todo lo que él le pidiera y se convertía en la esposa perfecta? Entonces, ¿aceptaría Mitch tener un hijo? ¿Pero era eso lo que ella realmente quería? ¿Podía vivir una mentira?

Llegados a ese punto, ¿acaso tenía elección?, se dijo Lexi.

Mitch se sintió un poco culpable por haberle negado a Lexi algo que, obviamente, deseaba mucho. Pero ella tendría que acostumbrarse a no conseguir todo lo que su pequeño y caprichoso corazón deseara. Estaba seguro de que, por mucho que creyera querer niños, no tenía ni idea de la gran responsabilidad que implicaba. Sabía por experiencia que las mujeres malcriadas como ella no tenían tiempo para nadie excepto para sí mismas. Lexi acabaría cansándose de los niños, como le había pasado a sumadre, y acabaría abandonándolos. Él no estaba dispuesto a dejar que ningún hijo suyo creciera sin contar con la única persona que se suponía debía darle amor incondicional.

Durante las nueve horas de viaje restantes, mantuvieron breves charlas ocasionales y tensas. Mitch fue siempre quien inició las conversaciones. Por la forma en que ella había hablado sin parar durante la semana que habían pasado juntos en Washington D. C., él pensó que lo estaba castigando con su silencio porque no estaba acostumbrada a que le negaran ninguna petición.

Pues tendría que acostumbrarse, pensó Mitch.Él no pretendía negarle la felicidad, pero no pensaba consentirle todo tampoco. Era hora de que ella pusiera los pies en la tierra.

Tras una pequeña escala en Londres, en la que Lexi se pasó la mayor parte del tiempo en el baño de señoras, embarcaron hacia Atenas. Lexi se quedó dormida en cuanto el avión despegó y no se despertó hasta que llegaron. Una limusina los recogió en el aeropuerto para llevarlos al puerto de Lavrio, donde embarcaron en un pequeño barco que los llevaría a la isla de Tzia.

Tras dos horas por mar y dieciséis horas después de dejar Houston, al fin llegaron a la casa de campo donde pasarían una semana. A un kilómetro al este, Mitch vio un grupo de casitas apretadas que parecían cajas de zapatos con ventanas, rodeadas por una pendiente inclinada. Era el pueblo de Loulida. Aparte de eso, no había más que campo en todas direcciones. Cuando Lexi le había dicho que era una zona aislada, él no había imaginado lo solos que estarían.

Mitch le dejó a Lexi la habitación principal y él escogió uno de los tres cuartos de invitados que había en el piso de abajo. El cuarto era lo bastante grande para él. Tenía unas puertas correderas de cristal que conducían a la piscina y al balneario y pensó que allí iba a pasar la mayor parte del tiempo. Nada más salir del dormitorio, había un espacioso salón con bar y muebles de aspecto cómodo. En el piso de arriba había una cocina moderna y bien equipada, con un comedor adjunto. También había otro cómodo salón que conducía a la terraza principal y a la zona de barbacoa.

El interior era una combinación de colores vibrantes y diseños innovadores y había sitio allí para, al menos, media docena de personas. Mitch habría preferido un lugar más pequeño e íntimo. Pero alguien como Lexi siempre elegiría los alojamientos más grandes y lujosos. Aunque le sorprendió un poco que ella no hubiera contratado a todo un ejército de sirvientes. Ni siquiera había contratado criada ni cocinera.

–Creo que me voy a tumbar un rato –dijo ella, cuando Mitch le llevó el equipaje a la habitación.

Lexi seguía teniendo un tono verdoso y Mitchno pudo evitar sentir lástima por ella. Él nunca se había mareado en avión ni en barco pero, por el aspecto que tenía, ella lo había pasado fatal.

–¿Quieres que te traiga algo? –preguntó él–. ¿Algo para comer? ¿Té o café?

–Sólo necesito dormir un rato –replicó Lexi y lo miró con curiosidad, sin entender por qué estaba siendo amable con ella.

Mitch tampoco lo entendía. Debía de ser un estado de locura transitoria, se dijo él.

–Estaré en mi habitación deshaciendo la maleta, por si me necesitas –anunció Mitch, salió del dormitorio y cerró la puerta tras él.

Algo parecía diferente. Lexi actuaba casi con… humildad, observó él para sus adentros.

Meneó la cabeza. La razón más probable era que se sentía mareada. Estaba seguro de que, al día siguiente, volvería a ser la mujer orgullosa y narcisista que era.

Cuando entró en su habitación, Mitch sacó el móvil y marcó el número de su hermano. Aunque apenas eran las siete de la mañana en Texas, Lance

respondió a la primera.

–Se supone que estás de luna de miel –dijo Lance.

–Lo estoy.

–¿Y por qué demonios me llamas?

–Me preguntaba si hay alguna novedad sobre el incendio. ¿Algo que apunte a Alex Montoya?

–Nada nuevo desde que te fuiste, es decir, desde hace unas veinticuatro horas. Si me entero de algo, te lo haré saber.

En otras palabras, Lance le dijo que prefería que no lo llamara más.

–Si hay algún problema en la oficina…

–Mitch, olvídate del trabajo y disfruta. Estás de luna de miel. Vete a seducir a tu esposa o algo así.

–Tú sabes tan bien como yo que esto no es un matrimonio de verdad.

–Eres un recién casado y, tal y como yo lo veo, eso te da ciertos derechos. Como tener sexo con tu esposa en la noche de bodas. Te garantizo que no te decepcionará.

Mitch lo sabía de primera mano pero, ¿cómo lo sabía Lance? Entonces, pensó que Lance debía de haberse acostado con ella cuando habían estado prometidos.

Lexi no había perdido el tiempo en pasar de un hermano a otro, pensó Mitch con disgusto. Quizá, para ella, fuera sólo un juego. Alguna clase de reto. Al menos, él sabía seguro que había sido el primero. Y, según Lexi, así era como ella lo había planeado. Lo que ella no había esperado era que Lance la hubiera dejado por otra.

–Me da un poco de lástima lo de ayer –dijo Lance.

–¿Por qué?

–Lexi sólo tuvo a su asistente en la boda. Su padre podía haber tenido la decencia de aparecer por allí.

–Es un hombre ocupado.

–¿Demasiado ocupado como para asistir a la boda de su única hija? ¿Te perderías tú la boda de tu hija?

No, pensó Mitch. Pero él no iba a tener una hija, ni un hijo. Tendría que conformarse con mimar a los niños que estaba seguro que Lance y Kate iban a tener.

–Estoy seguro de que el senador tiene sus razones.

–Eso no arregla las cosas.

Mitch no pudo evitar pensar que Lexi se había llevado justamente lo que merecía.

Tras colgar el teléfono, Mitch se dio una larga ducha caliente para relajarse después del viaje. Luego, se dejó caer desnudo sobre las frescas sábanas de seda. Decidió que dormiría una hora o así y, luego, se levantaría para preparar algo de comer. Pero, cuando abrió los ojos de nuevo, el sol ya se había puesto y la habitación estaba oscura. Por la puerta abierta, entraba luz desde el pasillo.

¿No había cerrado la puerta antes de tumbarse?, se preguntó. Estaba casi seguro de que lo había hecho. Estaba seguro del todo.

Entonces, vio una silueta moviéndose en la habitación. Se incorporó, asustado y medio dormido, pero cuando enfocó la mirada se dio cuenta de que era una figura femenina.

Y no de cualquier mujer. Era Lexi.

Capítulo Cinco

Lexi atravesó la habitación hasta la cama de Mitch, vestida con un camisón blanco de seda hasta los pies. Tenía el pelo suelto sobre los hombros, cayéndole en cascadas doradas hacia los pechos.

Durante un segundo, Mitch se preguntó si estaría soñando. ¿Qué razón podía tener ella para estar en su dormitorio? ¿Estaría enferma? ¿Planearía ahogarlo con la almohada?

–¿Pasa algo? –preguntó él con voz ronca por el sueño.

–No pasa nada.

Aliviado, Mitch dejó caer la cabeza sobre la almohada.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Es nuestra noche de bodas.

¿Y?, pensó Mitch, sin estar seguro de qué estaba pasando. Entonces, Lexi se levantó el camisón por encima de la cabeza y lo tiró al suelo. No llevaba nada debajo. Debía de estar soñando, se dijo él. Pero Lexi se deslizó entre las sábanas a su lado. Su cuerpo era demasiado suave y cálido, demasiado fantástico como para no ser real. Aquello no tenía sentido.

–Eso no era parte del trato –le recordó él.

Lexi se apoyó en un codo y lo miró. En la penumbra, parecía un ángel, a pesar de que él sabía que era el mismo diablo.

–Lo sé.

Lexi posó la mano en el pecho de Mitch y lo acarició con suavidad. El cuerpo de él respondió al instante. Lexi quería hacerlo… ¿por qué él no podía quitarse de encima la sensación de que algo andaba mal? ¿Por qué se sentía culpable, como si la estuviera obligando?

–No tenemos por qué hacerlo –insistió él, aunque lo único que deseaba en ese momento era atraerla a su lado para besarla. Pero no quería que Lexi se sintiera obligada.

Lexi lo miró con incertidumbre y, durante un segundo, a Mitch le pareció la mujer más vulnerable e insegura que había visto jamás. Dentro de él, algo se suavizó un poco. ¿Era posible que no fuera tan segura y decidida como la gente pensaba?

Lexi apartó la mano.

–No lo haremos si tú no quieres –dijo ella.

¿Lo decía en serio? No había nada en el mundo que Mitch quisiera hacer más. La tomó de la muñeca y guió su mano bajo las sábanas para hacerle tocar su erección.

–¿Crees que no quiero?

Lexi sonrió mientras lo rodeaba con su mano y lo apretaba. La sensación fue tan erótica que Mitch se sintió perdido.

–Te deseo, Mitch –susurró ella.

Mitch no necesitó saber más. La agarró con suavidad por la nuca, la acercó a él y la besó.

Mitch la besó con ansiedad mientras hundía los dedos en su pelo. Al

momento siguiente, la tumbó a su lado, boca arriba, mirándolo. El cambió de posición fue tan rápido que Lexi se quedó sin aliento, sintiéndose mareada. O, tal vez, eran los besos lo que la hacía sentir así, pensó ella y rezó para que Mitch no notara cómo temblaba mientras él se colocaba encima, acariciándole la piel con la boca y con las manos.

No quería que él supiera lo mucho que temía su rechazo. Ella no tenía ni idea de cómo dar el primer paso pero, si quería convencerlo de que su matrimonio era real, si quería que él se enamorara de ella, tenía que hacerlo. ¿Qué clase de esposa sería si no satisficiera a su esposo sexualmente? Sobre todo, en la noche de bodas.

Aunque en ese momento, él parecía ser quien se encargaba de satisfacerla, pensó Lexi, que casi había olvidado lo maravilloso que era. Mitch la hacía sentir como si fuera la mujer más hermosa y deseable del mundo.

–Pensé que íbamos a mantener nuestra relación alejada del dormitorio –dijo él, mordisqueándole el cuello.

Muy al contrario, Lexi se proponía mantenerlo en la cama todo el tiempo posible durante su estancia en Grecia.

–No es que me queje –añadió él–. Sólo estoy un poco confundido.

–Los dos tenemos necesidades –replicó ella–. Si tenemos que convivir juntos, ¿por qué no disfrutarlo?

Mitch sonrió.

–Lexi, ¿no se supone que es el hombre quien debe decir eso?

–¿Sabes lo que pienso? –dijo ella.

Mitch arqueó las cejas con curiosidad.

–Que hablamos demasiado –continuó Lexi.

–Me gusta cómo piensas –afirmó él, sonriendo.

Lexi le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó para besarlo. Se acariciaron y se tocaron hasta que ella sintió que no podía más. Deseaba tenerlo dentro con todo su corazón.

–Hazme el amor –le pidió ella–. Ahora.

Mitch levantó la vista desde el pezón que había estado lamiendo.

–Pensé que eso estaba haciendo.

–¿Quizá podrías ir un poco más rápido?

–¿Tienes prisa?

Lo único que Lexi sabía era que sentía un gran vacío en su interior y que deseaba con desesperación llenarlo. Él debió de haber adivinado su desesperación, porque abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un preservativo.

Lexi lo miró con gesto interrogativo.

–Nunca viene mal estar preparado.

Ella no le dijo que no hacía falta, que el daño ya estaba hecho.

Mitch se lo puso y entró en ella con una lenta pero firme arremetida. Lexi soltó un grito sofocado mientras su cuerpo se acomodaba para darle la bienvenida.

Mitch la miró con preocupación.

–¿Te he hecho daño?

–No –mintió Lexi, porque había sido un daño delicioso.

Desde la noche que habían pasado juntos en el hotel, ella había tenido la constante y molesta sensación de que le faltaba algo. Se había sentido…

incompleta. En ese momento, con sus cuerpos unidos, al fin se sintió completa de nuevo.

Lexi se arqueó, haciendo que él la penetrara en más profundidad, y le rodeó la cintura con las piernas. Mitch gimió y se agarró a la colcha. Ella disfrutó de una excitante sensación de poder al comprobar que él estaba a punto de perder el control y que ella era la causante.

Mitch se giró para que ella estuviera arriba, montada sobre él. Allí arriba, Lexi no estaba segura de qué debía hacer. ¿Y si lo hacía mal y quedaba como una tonta? ¿Y si era una patosa y no lo satisfacía?

–Mitch, yo no…

–Sí, tú sí –la interrumpió él, como si tuviera confianza plena en ella–. Haz lo que te haga sentir bien.

Lexi se apoyó en el colchón y se incorporó, pero se alejó demasiado y sus cuerpos se separaron. Ella protestó con frustración, sin embargo, Mitch no pareció darle importancia.

–No te preocupes –dijo él, volviendo a penetrarla con calma. Puso las manos en las caderas de ella para guiarla–. Hazlo despacio.

Lexi empezó a moverse despacio, con los ojos cerrados, concentrada. Al principio, estaba tan asustada de cometer un error y tan concentrada en todos sus movimientos que no estaba disfrutando.

–Relájate –sugirió él, arqueando las caderas para penetrarla más profundamente.

Llegaron juntos a un ritmo lento y constante y Lexi empezó a perderse en un mar de sensaciones, en la dulce fricción, hasta que comenzó a sentir que era algo tan natural como respirar.

Así quería pasar el resto de su vida, pensó Lexi, guiándose por el instinto, actuando según sus impulsos. Quería hacer las cosas que la hicieran sentir bien.

–Abre los ojos –le pidió Mitch.

Cuando Lexi los abrió y lo miró, se dio cuenta de que él la miraba con intensidad.

Mitch alargó la mano y la acarició donde sus cuerpos se unían. El placer la recorrió y un orgasmo impresionante la invadió. Ella echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la sensación. Oyó gemir a Mitch, lo sintió tensarse debajo de ella, mientras la apretaba con fuerza.

Plena de satisfacción, Lexi se dejó caer sobre el pecho de él. Sus corazones palpitaron juntos a toda velocidad. Ella nunca se había sentido tan cercana a nadie en toda su vida como le había pasado con Mitch esa noche.

Aquello iba a salir bien, se dijo Lexi con confianza. Todo iba a salir bien. Pero, cuando Mitch se colocó sobre ella y comenzó a besarla de nuevo, para hacerle el amor una y otra vez, ella no pudo evitar sentirse una farsante.

Mitch se levantó la mañana siguiente y alargó la mano para buscar a Lexi, pero su lado de la cama estaba vacío. Miró al reloj y le sorprendió descubrir que eran más de las ocho. El cambio de horario había trastocado sus hábitos de sueño, porque él nunca dormía hasta más tarde de las seis de la mañana, ni siquiera los fines de semana.

Se sentó y miró somnoliento a su alrededor, pensando que Lexi tal vez

había ido al baño. Sin embargo, oyó el ruido de sartenes y platos en la cocina. Percibió un aroma a algo parecido al desayuno, aunque pensó que debía de estar imaginándolo, a menos que ella hubiera contratado una cocinera.

Mitch salió de la cama, se puso unos pantalones de pijama y se dirigió a la cocina. Lexi estaba junto a la vitrocerámica, removiendo algo en la sartén con una espumadera. En el mostrador, había un plato con algo parecido a salchichas.

¿Ella sabía cocinar?

Junto a Lexi, había un lavaplatos abierto e, incluso, había platos dentro. Mitch no había creído que una niña rica como ella supiera lo que era un lavaplatos ni mucho menos usarlo.

¿Era posible que la hubiera juzgado mal?

–Buenos días –la saludó él.

Lexi se giró y sonrió. Esbozó una sonrisa dulce que le hizo creer que, de veras, se alegraba de verlo.

–Buenos días.

Ella llevaba una bata de seda y los pies descalzos. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo y no llevaba maquillaje. Tenía un aspecto joven, dulce y hermoso pero, de cuello para abajo, era una mujer en toda regla. Sus pechos eran redondos y turgentes, sus caderas perfectamente proporcionadas. Mitch tuvo que contenerse para no tomarla entre sus brazos y llevarla de vuelta a la cama. Una cosa era divertirse de vez en cuando y otra muy distinta sería abusar, pensó. No quería que ella se llevara la impresión equivocada.

–¿Tienes hambre? –preguntó Lexi–. He hecho el desayuno.

–Me muero de hambre –repuso él. La noche anterior no habían cenado–. ¿Quieres que te ayude?

–Yo me ocupo. ¿Quieres café?

–Yo puedo servírmelo –dijo él.

–Siéntate. Relájate –le ordenó ella, impidiéndoselo.

«De acuerdo», pensó Mitch.

Se sentó a la mesa, junto a la ventana que daba a la piscina, mientras ella le servía una taza de café recién hecho de la cafetera.

–¿Leche o café?

–Lo tomo solo.

Lexi soltó una risita y meneó la cabeza.

–¿Qué? –preguntó él.

–Es que es raro –repuso ella y atravesó la habitación para poner la taza frente a él sobre la mesa–. Estamos casados y ni siquiera sé cómo tomas el café. Nunca imaginé que pudiera pasarme algo como esto.

Ni él tampoco. Mitch nunca había imaginado que se casaría. Habría sido feliz viviendo como soltero y teniendo aventuras nada más. Le gustaba vivir según sus propios términos.

Lexi se acercó a la vitrocerámica de nuevo y Mitch se quedó hipnotizado mirando el contoneo de sus caderas y la silueta de sus curvas bajo la bata de seda. No pudo evitar preguntarse si ella llevaría algo debajo. Si no, lo único que tenía que hacer era tomarla en sus brazos, sentarla en su regazo y…

Mitch meneó la cabeza. Debía dejar de fantasear y mantener las manos

alejadas de ella.

Lexi sirvió huevos revueltos en un plato, le añadió unas salchichas y lo puso delante de él.

–*Bon appétit* –dijo ella y se sentó delante de él, con la barbilla apoyada sobre las manos.

–¿Tú no comes?

Ella negó con la cabeza.

–Ya he desayunado.

Mitch se metió un bocado de huevo en la boca y… casi lo escupió. Estaba demasiado salado. Se obligó a tragar lo que tenía en la boca y tomó un trago de café para ayudarse. Pero casi se atragantó. El café estaba tan fuerte que era capaz de hacer que le salieran pelos a una rana. Intentó borrar el sabor amargo con un pedazo de salchicha, pero estaba tan quemada y seca que apenas podía masticarse.

La comida era un completo desastre. Y una cosa estaba clara: Lexi no sabía cocinar.

Si hubiera podido, Mitch habría tirado todo a la basura o habría hecho como cuando era niño, dárselo al perro. Por desgracia, no tenían perro y Lexi lo estaba mirando con un gesto tan esperanzado que él no tuvo agallas para herir sus sentimientos.

–Delicioso –dijo él, forzándose a sonreír.

Mitch no estaba seguro de qué la había impulsado a ella a cocinar pero, a pesar de lo terrible que estaba todo, debía reconocerle su mérito por el esfuerzo. Se obligó a comer hasta el último bocado de huevos y salchichas y dejó el plato limpio. Incluso tomó una segunda taza de café.

–Estaba muy bueno. Gracias –dijo él y se levantó para llevar los platos al fregadero.

Lexi lo detuvo.

–Siéntate. Lo haré yo.

Ella recogió los platos, los enjuagó y los puso en el lavaplatos.

–Estaba pensando hacer cordero para cenar –comentó Lexi.

Si le salía la mitad de mal que el desayuno, su estómago no podría soportarlo, pensó Mitch.

–¿Por qué no dejas que yo haga la cena?

Ella frunció el ceño.

–¿Por qué?

Mitch se dio cuenta de que estaba abordando un tema muy delicado. Si decía algo incorrecto, podía herir sus sentimientos.

–Es justo que dividamos las tareas del hogar mientras estamos aquí. ¿No te parece?

–Pero soy tu esposa. Se supone que debo ocuparme de ti.

Eso era lo que él no entendía. ¿No habían acordado que no se trataba de un matrimonio real sino de un acuerdo de negocios? Aquello era lo último que él había esperado.

–¿Por qué, Lexi?

Ella frunció el ceño de nuevo.

–Porque eso hacen las esposas.

Las esposas verdaderas, tal vez, pero no las fingidas, pensó Mitch. Quizá, ella estuviera enferma o un poco confundida debido al jet lag, se dijo.

–No tienes por qué hacerlo.

–Pero quiero hacerlo.

¿Qué podía decir él? ¿Le podía decir que se ocupara de él en la cama siempre que quisiera pero que, el resto del tiempo, lo dejara en paz? No, sonaría… grosero.

Era obvio que mantener con ella una relación sexual era una mala idea, reflexionó Mitch. Esperaba con todas sus fuerzas que a Lexi se le pasaran las ganas de esforzarse por su dicha marital. Cuando volvieran a Houston, estarían rodeados de sirvientes y cocineros y vivirían vidas amigables pero separadas.

–Si significa tanto para ti, puedes hacer la cena –dijo él.

Lexi se sentó a la mesa, frente a su esposo. Sonrió con tal alivio que él se preocupó.

¿Qué diablos estaba pasando?, se preguntó Mitch.

–Bueno, ¿qué quieres hacer hoy? –preguntó ella–. Podríamos ir caminando al pueblo o alquilar un coche para que nos lleve a recorrer la isla.

–La verdad es que estaba pensando en quedarme aquí, en la piscina.

–Ah. Bueno, me parece un buen plan.

Mitch había querido decir solo. Sin ella. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que Lexi quisiera pasar el día con él. Había creído que cada uno iba a hacer su vida. ¿Pero qué podía decir? ¿Que se fuera al diablo y lo dejara solo?

Era todo demasiado raro.

Cuando se levantó de la silla, ella lo imitó.

–Voy a darme una ducha –dijo él.

–Yo tengo que limpiar la cocina. ¿Nos vemos en la piscina dentro de treinta minutos?

Lexi parecía tan ansiosa por complacerlo que Mitch no pudo negarse.

–Me muero de ganas –fue lo único que pudo responder él.

Pero se sentía como si se hubiera despertado en una película de fenómenos paranormales.

Capítulo Seis

Cuando Mitch se hubo ido, Lexi se dejó caer de nuevo en la silla, apoyó la cabeza entre las manos y lanzó un suspiro de alivio. Aquello sí que era estresante. Hacer creer a Mitch que su matrimonio era real iba a ser mucho más difícil de lo que ella había previsto. Sobre todo, si él se negaba a cooperar. Ella tenía la sensación de que se había pasado un poco en su intento de impresionarlo con sus habilidades domésticas.

Por suerte, Tara había respondido el teléfono cuando Lexi la había llamado, teniendo en cuenta que era pasada medianoche en Houston, y le había explicado cómo hacer huevos revueltos. Aunque ella había necesitado una docena de huevos y seis intentos para conseguirlo. Pero, en parte, era culpa de la vitrocerámica, que no sabía cómo regular para conseguir la temperatura adecuada.

No era que a Lexi no le gustara cocinar, pero su padre nunca lo había consentido. Para eso estaban los criados. Su padre consideraba que cocinar y limpiar eran tareas indignas de ella. Pero ella estaba segura de que les encontraría la gracia una vez que aprendiera a hacerlas.

Sobre la encimera, había una pata de cordero. Tara le había asegurado que era pan comido. Y al día siguiente para desayunar incluso podía atreverse con algo más complicado, como tortitas, se dijo Lexi.

Se acercó a la vitrocerámica, agarró la sartén con las sobras de huevo y, cuando estaba a punto de tirarlas a la basura, su estómago protestó. Agarró un tenedor y tomó un bocado. Tuvo que escupirlo de inmediato.

Estaban malísimos. Aun así, Mitch se había sentado allí sin decir ni pío y se había comido hasta el último bocado. Hasta le había dicho que estaban deliciosos.

Aunque se suponía que no debía tomar café, Lexi se sirvió una taza para probarlo. Estaba todavía peor que los huevos.

No era raro que Mitch se hubiera ofrecido para hacer él la cena. Era probable que pensara que estaba intentando envenenarlo. Tendría que asegurarse de hacer la cena mejor, pensó ella. Quizá, así, él pensaría que lo del desayuno había sido algo fortuito y que su esposa no era una completa inútil.

Cargó el lavaplatos con el resto de los platos sucios y la sartén y llenó el cajoncito con un jabón líquido que encontró debajo del fregadero, echando un chorrito más por encima de los cacharros para no quedarse corta. Tardó varios minutos en entenderse con la pantalla digital pero, después de apretar varios botones al azar, al fin consiguió que se pusiera en marcha. Era increíble pensar todas las cosas que no sabía hacer, pero estaba decidida a aprenderlas. Estaba decidida a ser una esposa perfecta. Una compañera perfecta.

Sin embargo, tenía que evitar volver a dormir con Mitch. Se había despertado esa mañana con el estómago revuelto y apenas había podido llegar al baño a tiempo para vomitar. Mitch iba a empezar a sospechar si se daba cuenta de que vomitaba todas las mañanas. Cada día que pasaba sin confesarle lo del bebé, las cosas se iban complicando más, se dijo. Pero, si

todo salía según su plan, cuando al fin se lo dijera, él estaría tan feliz y la amaría tanto que ni siquiera se enfadaría porque se lo hubiera estado ocultando.

El bienestar de su bebé dependía de eso, pensó Lexi.

Mitch se duchó, se puso el bañador y se dirigió a la cocina para agarrar un refresco antes de ir a la piscina. Se quedó parado en la puerta al ver a Lexi a cuatro patas en el suelo de la cocina, con un vestidito de playa blanco, en medio de un océano de burbujas de jabón. Ella intentaba con desesperación secarlo con un paño de cocina pero lo único que estaba consiguiendo era esparcir el agua, que estaba empezando a entrar en el salón.

–¿Qué diablos ha pasado?

Confundida, Lexi levantó la vista.

–No lo sé. Algo le pasa al lavaplatos.

Mitch miró hacia la máquina y se dio cuenta de que seguía saliendo agua con jabón por debajo. Atravesó el suelo resbaladizo y apretó el botón de paro.

–¿Por qué no lo has apagado?

Después de hacer aquella pregunta y ver la expresión dolida de Lexi, Mitch reparó en lo brusco que había sido. Ella miró el lavaplatos, luego levantó la vista hacia él y se encogió de hombros con gesto de impotencia. Entonces fue cuando él se dio cuenta de que era probable que no supiera cómo apagarlo.

–¿Cómo ha pasado? –preguntó él, con voz calmada.

–Ya te he dicho que se ha roto –insistió ella–. Me fui a vestir y, cuando volví, había jabón por todas partes. Te aseguro que voy a quejarme a los dueños.

Mitch se hizo una idea de lo que había pasado y sospechó que no había sido culpa ni de los dueños de la casa ni del lavaplatos.

–¿Qué clase de jabón has usado?

–El bote que hay bajo el fregadero –repuso ella con seguridad, como si la pregunta estuviera fuera de lugar.

Mitch abrió el armario y sacó el bote de jabón que se encontró.

–¿Éste?

–Sí, ése –replicó ella–. Jabón para lavar platos.

–Éste no es para el lavaplatos.

Lexi frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir? Lo pone en la etiqueta.

Mitch volvió a mirar en el armario y sacó una caja de detergente granulado para lavaplatos.

–Éste es para la máquina. No hace burbujas como el jabón líquido para lavar a mano.

–Ah –dijo ella y se mordió los labios, avergonzada de su error.

Una vez más, Mitch no pudo evitar sentir lástima por ella. Al menos, se había esforzado. ¿Cómo podía esperar que una mujer que probablemente no había lavado un plato en su vida supiera poner un lavaplatos?

–Lo siento –dijo Lexi, sonrojándose.

Mitch se encogió de hombros.

–Un error lo tiene cualquiera. No pasa nada.

Ella miró a su alrededor con gesto de impotencia, hacia el desastre que había provocado, como si no supiera cómo arreglarlo. Y, aunque se sintió como un completo degenerado por ello, Mitch sólo pudo pensar que le encantaría desnudarla, tumbarla en el suelo y retozar con ella hasta que los dos estuvieran bien resbaladizos por el jabón. A continuación… lo que tenía que hacer era ir al psiquiatra, se dijo él.

–¿Por qué no te vas a la piscina? –le sugirió Mitch–. Yo limpiaré esto.

–Yo he sido quien lo ha provocado.

Sí, y Mitch tenía la sensación de que, si la dejaba a solas, ella sólo iba a conseguir empeorar las cosas. Además, sería mejor para ambos que no estuvieran en la misma habitación.

–No estás aquí para hacer de criada –indicó él–. Has hecho el desayuno, es justo que yo limpie.

–¿Estás seguro? –preguntó ella, aliviada por tener una buena excusa para zafarse de la situación.

–Estoy seguro. Limpiaré todo en un momento.

–Bien –dijo Lexi y se puso en pie con las piernas llenas de jabón. Caminó de puntillas hasta la puerta para no caerse–. Te veo fuera.

Lo que iba a ser un momento terminó siendo más de una hora y Mitch todavía no había sido capaz de eliminar todos los restos de jabón del suelo. Tendría que advertir a Lexi de que tuviera cuidado de no resbalarse mientras hacía la cena.

Aunque todavía no era mediodía, Mitch sintió que se había ganado una buena cerveza fría. Agarró una de la nevera, se puso las gafas de sol y se dirigió a la piscina. Lexi estaba tumbada en una hamaca en el lado opuesto, bronceándose. Llevaba unas modernas gafas de sol oscuras, de marca, y lo que parecía un biquini diminuto, de color carne, observó él.

Un momento…

Mitch se quitó las gafas de sol para verla mejor y, cuando ajustó la vista a la intensa luz del sol, se dio cuenta de que, en realidad, Lexi no llevaba un biquini de color carne, ni diminuto ni grande.

Lexi no llevaba nada en absoluto.

Con los ojos cerrados detrás de las gafas y el sol calentándole la piel, Lexi intentó olvidar la sensación de fracaso por lo que había pasado con el lavaplatos. Debió haber llamado a Tara antes de acercarse a aquella máquina. También debió haberse quedado en la cocina para ayudar a limpiar a Mitch, pero se había sentido demasiado avergonzada. Y, sin duda, si se hubiera quedado, no habría sabido cómo ayudar y se habría sentido más inepta todavía. ¿Cómo podía esperar que él la tomara en serio, la considerara una buena esposa, si ella ni siquiera sabía cómo funcionaba una cocina? Tenía que hacer que la cena fuera perfecta, se dijo.

Había pasado más de una hora, cuando Lexi oyó que Mitch abría la puerta del patio. Entreabrió los ojos para mirarlo y vio que caminaba hacia ella. La cubrió con su sombra al acercarse.

–¿Qué diablos estás haciendo? –preguntó él con tono brusco.

Lexi se sobresaltó al escucharlo. ¿Sería una pregunta con truco?

–To-tomando el sol –balbuceó ella y se dio cuenta, por el gesto de exasperación de él, de que no era la respuesta que había esperado.

–Sí, eso ya lo veo –repuso Mitch–. Lo que me gustaría saber es por qué

estás desnuda.

–Técnicamente, no estoy desnuda. Llevo la parte de abajo.

Mitch la miró más furioso todavía.

–No me gusta que me queden marcas del bronceado –añadió ella con la esperanza de cal-marlo–. Además, todo el mundo en Europa toma el sol en top less.

–Eres hija de un senador. Tú sabrás lo que haces.

Ella miró a su alrededor.

–¿Quién va a verme? Estamos en medio de ninguna parte.

–No se trata de eso.

Entonces, ¿de qué se trataba?, se preguntó Lexi. ¿A qué hombre no le gustaba ver a su esposa tomando el sol en top less?

Al que se casaba por conveniencia, se dijo con amargura. Sin duda, ella le resultaba tan poco atractiva que sólo podía soportar verla desnuda en una habitación oscura, donde pudiera imaginar que era otra persona.

Lexi se sintió mareada desde lo más profundo de su ser. Se levantó de la hamaca, agarró la toalla sobre la que había estado tumbada y se envolvió con ella.

–Siento que mi cuerpo te parezca ofensivo.

–Lexi, no es eso lo que…

–Me aseguraré de tenerlo apropiadamente cubierto a partir de ahora – informó ella, levantando la cabeza con gesto frío para ocultar sus sentimientos heridos.

Lexi se giró para irse, pero Mitch la agarró del brazo y la detuvo.

–Te juro que eres la mujer más insegura que he conocido –dijo él–. Y me estás poniendo las cosas muy difíciles.

¿Le estaba poniendo las cosas difíciles? ¿Qué diablos significaba eso?, se preguntó Lexi e intentó liberarse.

–Déjame.

En vez de hacerlo, Mitch le arrebató la toalla y tomó a Lexi en sus brazos para subírsela al hombro como si fuera un saco de patatas. La llevó hacia la puerta corredera de cristal que conducía a su dormitorio.

Lexi se removió, intentando liberarse, pero él la sujetó con más fuerza.

–¿Qué estás haciendo?

–Podría decirte que eres hermosa y deseable hasta quedarme seco, pero lo más probable es que no me creyeras.

De acuerdo, tal vez él no la encontraba completamente repulsiva, reconoció Lexi. Le golpeó la espalda con los puños, lo que fue tan eficaz como golpear una roca con una pluma.

–¿Es que vas a comportarte como un hombre de las cavernas?

Mitch abrió la puerta y la llevó a su dormitorio. A pesar de su comportamiento bruto e incivilizado, Lexi se sintió excitada. Después de todo, ella misma había planeado mantenerlo en la cama todo el tiempo que fuera posible.

Él la bajó y la colocó sobre el colchón. Se arrodilló a su lado y la miró con picardía.

–No quieres escucharme, así que voy a tener que demostrártelo.

Mitch pasó el resto de la mañana y buena parte de la tarde demostrándole a Lexi lo hermosa y deseable que le parecía. Y la verdad era

que se le daba muy bien, pensó ella. Cada vez que ella había intentado salir de la cama, Mitch la había hecho regresar y la había convencido para que se quedara. Cuando, al fin, ella había insistido en que tenía que meter el cordero en el horno o que, si no, no estaría listo a tiempo para la cena, Mitch la había permitido irse, aunque con cierta reticencia.

Cuando Lexi entró en la cocina, aún le temblaban las piernas y todo su ser rebosaba satisfacción sexual.

A ese paso, pronto podría hablarle del bebé, se dijo ella.

Siguiendo las instrucciones de Tara al pie de la letra, Lexi sazonó el cordero y lo metió en el horno. Y, aunque tardó un poco en apretar los botones necesarios, al fin el horno sonó y se encendió. Entonces, peló las patatas y las zanahorias y las dejó a un lado para añadirlas al guiso cuarenta minutos antes de que estuviera hecho el cordero. Hasta ese momento, no tenía mucho más que hacer, así que fue a buscar a Mitch.

Lo encontró tumbado en una hamaca junto a la piscina, durmiendo tan profundamente que roncaba. Parecía como si lo hubiera dejado sin energía. Durante un segundo, pensó varias formas imaginativas de despertarlo, casi todas usando su boca, pero parecía tan a gusto dormido que no fue capaz.

En vez de eso, se tumbó en la hamaca que había a su lado para tomar el sol. Enseguida, comenzaron a pesarle los párpados y cayó en un profundo sopor, poblado de sueños extraños y eróticos con Mitch. Imágenes fragmentadas del cuerpo desnudo de su esposo y una intensa sensación de placer sexual la inundaron. En sueños, podía olerlo, saborear el sabor de su boca y su piel. Podía sentir sus manos tocándola, la tensión de sus músculos mientras la penetraba, la vibración del orgasmo en todas sus terminaciones nerviosas…

Aunque más que una vibración, era un suave murmullo. Poco a poco, el murmullo fue creciendo en intensidad y se convirtió en un sonido muy molesto. Un pitido agudo e irritante.

Lexi abrió los ojos y se dio cuenta de que el sonido no era un sueño. Provenía de la casa, a través de la puerta abierta que daba a la cocina… ¿y era humo eso que veía?

Despierta del todo, saltó de la hamaca, agarró el albornoz y se lo puso al mismo tiempo que corría hacia la casa. Se quedó atónita al llegar a la cocina.

Estaba llena de un denso humo, el horno estaba abierto y vacío y la fuente con el cordero estaba debajo de un chorro de agua en el fregadero. Parecía obvio que el muñón negro que había en la fuente eran los restos calcinados de la pata de cordero. Mitch estaba en medio de la habitación, en bañador, intentando desconectar la alarma de incendios con una escoba.

Oh, cielos, ¿qué había hecho esa vez?, se dijo Lexi.

Mitch, al fin, se giró y la vio allí parada, mirándolo. Sonrió.

–El cordero ya está.

Después del desastre del lavaplatos esa mañana, no parecía tener sentido echarle la culpa al horno, pensó Lexi. Otra vez lo había echado todo a perder, se dijo. Aunque en esa ocasión, en vez de inundar la casa, parecía que casi le había prendido fuego.

Habían hecho progresos esa mañana y ella lo había arruinado todo. Ni siquiera era capaz de imaginar lo que Mitch estaría pensando. Se preguntó cuánto tiempo tardaría él en echarlos al bebé y a ella a la calle.

Mitch dio la vuelta a la escoba y, utilizando la parte del mango, le dio un golpe al detector dehumo. Éste soltó un último pitido y, al fin, se quedó en silencio. Un silencio que era mucho peor que el pitido ensordecedor.

Lexi abrió la boca para decir algo, quizá una disculpa, pero no encontró las palabras.

Mitch se acercó al fregadero y cerró el grifo. Miró los restos empapados de la cena.

–Deberíamos abrir unas cuantas ventanas para que se vaya el humo –sugirió él.

–Yo iré al salón –se ofreció ella, ansiosa por escapar. Se sentía demasiado avergonzada. Podían pasar dos cosas, pensó. Mitch podía estar completamente furioso con ella y hacerla sentir como una idiota total o podía ser comprensivo y dulce, pensando que ella era una causa perdida.

Honestamente, Lexi no estaba segura de cuál de las dos cosas sería más humillante.

Cuando hubo abierto todas las ventanas del piso de abajo, Lexi volvió a la cocina. Mitch estaba cerrando el horno y apagándolo. Ella no pudo adivinar si estaba enojado o, simplemente, resignado a haberse casado con alguien tan desastroso en la cocina.

Lexi señaló al fregadero, intentando echar mano de todo su buen humor.

–¿El cordero tenía sed o es tu forma de decirme que estaba demasiado seco para tu gusto?

–No pude encontrar la tapa ni el extintor, así que sólo se me ocurrió esto para apagar las llamas.

¿Llamas? ¿Había estado ardiendo?

Justo cuando había creído que no podía sentirse más avergonzada, Lexi descubrió que su humillación no tenía límites.

–Supongo que no me creerás si te digo que el cordero debía prenderse fuego en esta receta.

Mitch sonrió.

–¿Qué he hecho mal esta vez? –preguntó ella, aunque no estaba segura de querer saberlo. No creía que él fuera a dejarle acercarse a la cocina nunca más y menos aún para cocinar.

–El horno estaba en modo parrilla en vez de en horneado.

¿Qué significaba eso con exactitud?, se preguntó Lexi. La carne debía hacerse a la parrilla, ¿o no? Su confusión debió de ser obvia porque Mitch se lo explicó mejor.

–El horneado calienta todo el horno de forma uniforme y permite que la comida se cocine más despacio. La parrilla es una llama directa encima de la fuente y cocina las cosas mucho más rápido.

Lexi lo habría sabido si hubiera usado un horno alguna vez en su vida.

–Siento haber asesinado la cena.

Mitch se encogió de hombros de nuevo, como si no tuviera importancia.

–A menos que seas pirómana, lo que dudo mucho, ha sido un accidente, puede pasarle a cualquiera.

Lexi quiso creer que él de veras lo pensaba. Sin embargo, era inevitable que se estuviera dando cuenta de lo inútil que ella era. ¿Cuál sería su próximo accidente? ¿Envenenamiento por error?

Quizá, su padre había tenido una razón de peso para mantenerla alejada de todo eso. Tal vez, su padre había adivinado que, si la dejaba en libertad, podría ponerse en peligro a sí misma o a los demás.
–Supongo que es obvio que no había cocinado nunca antes. Ni usado un lavaplatos.
–¿En serio? –preguntó él, intentando parecer sorprendido.
Era un mal mentiroso, pensó ella, mirándolo fijamente.
–De acuerdo –admitió Mitch–. Me lo estaba imaginando.
–Te agradezco que te tragaras todo el desayuno a pesar de lo malo que estaba.
Él se encogió de hombros.
–No estaba tan malo.
–Sí, estaba horrible. Sería mejor para los dos que cocinaras tú a partir de ahora.
–¿Qué te hace pensar que sé cocinar?
–No puedes hacerlo peor que yo. Yo debería mantenerme lo más alejada posible de esta cocina.
–¿Cómo vas a aprender si no lo intentas?
–¡Lo he intentado y casi quemo la casa! Soy una inútil.
Mitch suspiró, exasperado.
–¿Qué pasa con tu autoestima? No eres inútil. Y, si de veras quieres aprender, cuando volvamos a Texas puedes apuntarte a clases de cocina.
Lexi negó con la cabeza.
–No, mi padre nunca lo permitiría. Considera que es una tarea indigna de mí.
–Tu padre no es quien manda en ti. Estás casada conmigo y tienes la opción de elegir lo que quieres.
Al principio, Lexi pensó que se estaba riendo de ella pero, luego, se dio cuenta de que lo decía en serio. Por desgracia, no era tan sencillo.
–Si él lo descubre, se pondrá furioso e igual te niega su apoyo en el senado.
–Deja que yo me ocupe de eso.
¿Estaba Mitch dispuesto a poner en peligro su relación con el senador con tal de que ella pudiera dar clases de cocina?, se preguntó Lexi, sorprendida. Lo miró, sin estar segura de poder confiar en él, preguntándose si habría gato encerrado.
–¿Lo dices en serio?
–Sí, muy en serio –repuso Mitch y se cruzó de brazos, apoyándose en la mesa de la cocina–. Por curiosidad, ¿qué más cosas te prohibía hacer tu padre?
Lexi lo pensó un momento.
–Sería más fácil decirte qué me permitía hacer, pues la lista es mucho más corta.
Mitch meneó la cabeza.
–Mi padre sería un bruto, pero empiezo a preguntarme si mi infancia no fue tan mala, después de todo.
Era la primera vez que Mitch decía algo sobre su familia, observó Lexi. Por supuesto, ella nunca le había preguntado sobre el tema.
–¿Qué te hizo tu padre?
–Basta con decirte que el puñetazo que me dio Lance no fue nada

comparado con lo que me hacía mi padre.

–¿Te pegaba?

–Todos los días. Pero suena peor de lo que era. Lo he superado.

¿Por qué tenía la sensación de que no era así?, se dijo Lexi.

–Bueno, ¿qué vamos a hacer con la cena? –preguntó él.

Lexi miró al fregadero, a los restos del cordero carbonizado.

–A mí no me mires. No pienso volver a acercarme a la cocina hasta que vaya a clases.

–En ese caso, ¿por qué no nos vestimos y vamos al pueblo?

A Lexi le pareció la solución perfecta.

–Dame quince minutos.

Capítulo Siete

¿Qué diablos le estaba pasando?, se preguntó Mitch.

Mientras los dos caminaban juntos por el camino de tierra que conducía a Tzia, el pueblo más cercano, Mitch se preguntó en qué había estado pensando al llevarla a su dormitorio. No estaba comportándose como si aquel matrimonio fuera un trato de negocios. Pero, cuando ella lo había acusado de encontrarla repulsiva, y él se había dado cuenta de que lo decía en serio y no estaba manipulándolo, aquella mirada herida lo había vuelto loco. ¿Qué otra opción le había quedado, aparte de demostrarle lo equivocada que estaba?

¿Y qué había sido toda esa cháchara sobre dar clases de cocina? ¿Cómo diablos se le había ocurrido proponerle eso? A Mitch no le importaba si ella cocinaba a o no. Pero, de nuevo, ella había tenido aspecto de sentirse impotente y rechazada. Él no había podido evitar sentir lástima. Era muy probable que eso hubiera sido lo que Lexi había pretendido. Pero, en su interior, algo que le decía que, tal vez, ella no fingía.

Lexi le había dado la mano cuando habían salido de la casa. ¿Y qué podía haber hecho él? ¿Negarse a dársela? ¿Decirle que no era apropiado? Estaban casados, se dijo. Se sentía como si lo estuvieran empujando a… algo. Y, aunque pensaba que los sentimientos de Lexi eran genuinos, no podía quitarse la sensación de que ella tenía algún motivo oculto. Habían acordado que iba a ser un trato de negocios y nada más. Y él estaba decidido a no olvidarlo. Al menos, cuando regresaran a Texas. Pensó que, para entonces, se habrían librado de aquella molesta atracción sexual que los envolvía y estarían hartos el uno del otro.

Al menos, eso esperaba.

Llegaron al pueblo justo antes de la puesta de sol. Al pasar bajo el arco que conducía a la población, la belleza de su arquitectura impresionó a Mitch. Caminaron por calles empedradas bordeadas por tiendas, bares llenos y cafés con terraza. Incluso había una galería de arte cuyo escaparate estaba rebosante de obras de famosos artistas griegos, como Tsarouhis, Fasianos y Stathopoulos.

Después de mirar por ahí, eligieron un café muy tranquilo en el lado norte del pueblo y se sentaron fuera, bajo el cielo estrellado. Mitch pidió un *ouzo* y, aunque intentó convencer a Lexi de que lo probara, ella optó por una botella de agua. En Washington, ella siempre había tomado una o dos copas de vino con la cena, recordó él.

–¿Estás segura de que no quieres beber nada? –preguntó Mitch cuando el camarero se fue.

–Estoy segura.

–¿Ni vino ni cerveza?

Lexi sonrió y una suave brisa le apartó el pelo de la cara.

–¿Por qué? ¿Quieres emborracharme?

Si había algo que Mitch había descubierto en los últimos dos días era que no necesitaba la ayuda del alcohol para hacer lo que quería con ella. Pidieron la comida, eligiendo platos típicos griegos. Sin embargo, cuando

llegó la cena, Lexi apenas la tocó.

–¿No te gusta? –preguntó él.

–No, está bueno. Es que no tengo mucha hambre.

Que Mitch supiera, ella apenas había comido nada desde que habían salido de Estados Unidos y, tal vez fuera su imaginación, pero parecía más delgada que aquella noche en Washington. No recordaba que, entonces, se le marcaran tanto las clavículas ni tuviera los pómulos tan pronunciados. Ya se había dado cuenta de que era una mujer insegura ¿pero estaría llegando a la anorexia? ¿Sería su problema más peligroso que un simple mareo por ir en avión?

–¿Te pasa algo? –quiso saber él.

Lexi pareció sorprendida.

–¿Por qué?

–No has comido casi nada desde que salimos de Texas. ¿Estás enferma?

Tras una breve pausa, Lexi sonrió.

–Estoy bien, de veras.

Pero Mitch no pudo quitarse de encima la sensación de que no estaba siendo del todo honesta. Sin embargo, ¿qué razón podía tener para mentirle?

Cuando terminaron la cena, la mayoría de las tiendas habían cerrado y los bares parecían saturados y llenos de humo, así que emprendieron el camino de vuelta a la casa, con nada más que la luna llena para iluminarlos. La noche había refrescado y todo estaba tan silencioso que Mitch podía oír el latido de su propio corazón.

Una vez más, Lexi le dio la mano y, en vez de resistirse, él entrelazó sus dedos con los de ella.

–¿Tu padre pegaba también a Lance? –preguntó Lexi.

A Mitch le sorprendió la pregunta. No le gustaba hablar de su padre, pero lo cierto era que había sido él quien había sacado el tema antes.

–A Lance, a mí, a nuestra madre… Hasta que ella tuvo bastante, hizo las maletas y se fue.

–¿Vuestra madre se fue sin vosotros?

–Como Lance suele decir, ella tenía sus razones.

–Mi padre nunca me ha pegado pero, a veces, deseo que lo hubiera hecho.

–No lo creo.

–Al menos, así habría demostrado sentir algo. Después de que mi madre muriera, él… se apagó. Yo hacía todo lo posible para hacerle feliz, todo lo que él me pedía, pero siempre me he sentido invisible para él.

Si lo que Lexi decía era cierto, quizá no hubiera sido una niña tan mimada y malcriada, después de todo, pensó Mitch. Tal vez se sintiera tan desgraciada y tan confundida como todo el mundo. O, tal vez, era una excelente actriz. En cualquier caso, su conversación se estaba poniendo demasiado íntima. Ella debía comprender que, cuando regresaran a Texas, las cosas cambiarían.

Sin embargo, ¿qué pasaría si no lo entendía? ¿Qué pasaría si creía estar enamorándose de él? Mitch sabía cómo eran las mujeres como Lexi. Cuando decidían que querían algo, nada podía pararlas. Hasta el momento en que se aburrían de ello y encontraban un nuevo juguete con el que

entretenerse.

–Deberíamos hablar de cómo serán las cosas cuando volvamos a Texas –propuso él.

Lexi lo miró, iluminada por la luz de la luna.

–¿Qué cosas?

–Nosotros. Nuestra relación.

–De acuerdo.

–Creo que debemos aclarar unas cuantas cosas. Yo soy un hombre muy ocupado y me gusta hacer las cosas y vivir la vida a mi manera. Deberías saber que no pretendo cambiar.

Lexi asintió despacio, pero Mitch tuvo la sensación de que había herido sus sentimientos. Si lo había hecho, lo sentía, pero era importante que dejaran las cosas bien claras.

–Como habíamos acordado, esto es un asunto de negocios. Nada más.

–Claro –dijo ella.

Sin embargo, Mitch percibió un ligero temblor en su voz, un toque de decepción. Quizá ella esperaba de veras que las cosas cambiaran. Bueno, pues eso no era problema suyo, se dijo él.

Entonces, ¿por qué se sentía tan culpable?

Lexi se quedó en silencio durante el resto del camino. Cuando entraron por la puerta, Mitch pensó que cada uno se iría a su cuarto y a su cama, pero ella le sorprendió cuando no le soltó la mano y lo acompañó a su dormitorio. El sexo fue tan apasionado e intenso que, por un momento, él estuvo a punto de olvidar que su relación no era real.

Mientras Lexi estaba tumbada desnuda junto a él, acurrucada a su lado, la idea de que aquello terminara le pareció inconcebible. Pero él no era de los que confundían sexo y amor. Cuando ella se cansara de su relación y decidiera romper su matrimonio, no sería él quien llorara.

Aunque las palabras de Mitch le habían hecho daño y había estado a punto de rendirse, Lexi decidió no tener en cuenta lo que le había dicho sobre su matrimonio y seguir adelante con el plan.

Pasaron la mayor parte de los seis días siguientes en la cama o en otros lugares, haciendo el amor. Y, cuando no estaban uno encima del otro o descansando exhaustos, se bronceaban en la piscina o iban a pasear y a ver tiendas en el pueblo. A veces, hablaban del trabajo de él o de sus familias. Había tantas cosas de él que Lexi no sabía… y quería saberlas todas.

Mientras pasaban los días, Lexi empezó a darse cuenta poco a poco de que no sólo le gustaba Mitch, sino que estaba enamorándose de él. Pero, como nunca había estado enamorada antes, no podía estar totalmente segura. Sabía que debía de ser algo muy especial y no dudaba que él también sentía algo.

Desde aquella noche en que habían ido al pueblo, Mitch no había vuelto a decir ni una palabra sobre que su matrimonio fuera un trato de negocios. En lugar de eso, le había demostrado su afecto en cientos de pequeños detalles.

Lexi estaba segura de que, en una semana o dos, si todo seguía yendo tan bien, podría contarle lo del bebé. Entonces, al fin, podría dejar de sentirse siempre a punto de meter la pata, siempre pendiente de lo que hacía o decía.

Al fin podría relajarse y ser feliz.

***

En su última noche en Grecia, Lexi estaba tumbada junto a Mitch, escuchando su pesada respiración mientras dormía. Se dijo que debía levantarse e irse a su propio cuarto, pero se sentía demasiado cansada. Siempre había esperado a que él hubiera estado dormido para irse a su cama. Aunque le habría encantado pasar la noche con él, seguía teniendo náuseas todas las mañanas. Pronto, él sabría lo del bebé y ella podría dejar de esconderse. Pero, por el momento, necesitaba irse a su cuarto.

Cinco minutos más, se dijo, dejando que se le cerraran los ojos y acurrucándose al lado de su esposo.

Cuando abrió los ojos de nuevo, el sol estaba entrando por la ventana. Mitch estaba detrás de ella, respirando profundamente mientras dormía, pero una parte de su anatomía ya estaba bien despierta.

Mientras estaba pensando la manera más placentera de despertarlo por completo, Lexi sintió un retortijón en el estómago. La inundó un sudor frío y una oleada de náuseas. Tragó la bilis que sentía en la garganta, salió de la cama lo más silenciosamente posible y se puso la bata. No tenía tiempo de llegar a su habitación. No tenía más elección que usar el baño de Mitch. Llegó justo al mismo tiempo que su estómago se vaciaba. Los espasmos fueron tan intensos que pensó que iba a salírsele el intestino por la boca. Cuando terminó, le temblaba todo el cuerpo. Se sentó en el suelo y descansó la cara contra la fresca pared de azulejos.

–¿Estás bien?

Lexi abrió los ojos. Mitch estaba parado en la puerta, sólo con los calzoncillos, con el pelo revuelto y gesto de preocupación. ¡Maldición! Tenía que haber cerrado la puerta con llave, se dijo ella.

–Estoy bien –repuso Lexi y tiró de la cadena.

Pero era obvio que había vomitado.

–No lo estás.

Mitch agarró una toalla del toallero, la mojó con agua fría del grifo, la escurrió y se la tendió. Lexi se limpió la cara y notó que las náuseas se le habían pasado. Estaría bien del todo dentro de una hora más o menos.

Él alargó la mano para tocarle la frente, pero ella lo detuvo.

–No tengo fiebre. Estoy bien.

–¿Qué está pasando?

–Debe de ser por algo que he comido –mintió ella. Sin embargo, se dio cuenta de que Mitch no la creía.

–Sé que te pasa algo. Casi no has comido durante toda la semana, has perdido peso y todas las mañanas estás pálida y pareces agotada. Quiero saber la verdad.

Él lo sabía, pensó Lexi. Podía adivinar por su expresión que Mitch lo había descubierto. O, al menos, que lo sospechaba. Tuvo la sensación de que decir las palabras era una mera formalidad.

Quizá, fuera mejor así, se dijo. Cuanto más lo retrasara, más difícil sería. Además, Mitch no parecía estar enojado. Lo cierto era que parecía más preocupado que enfadado así que, tal vez, todo iría bien.

Lexi respiró hondo, soltó el aire y, por fin, dijo las palabras que había estado manteniendo en la punta de la lengua durante más de una semana.

–Estoy embarazada.
–¿Embarazada?
Lexi no había esperado presenciar un gesto de tanta confusión. Fuera lo que fuera lo que Mitch había creído que le pasaba, estaba claro que nunca se le había ocurrido que pudiera ser un embarazo. Por su reacción, todo indicaba a que nada iba a ir bien.
–¿No se te había ocurrido mencionármelo antes? –preguntó él en voz baja, intentando mantener la calma.
Sin embargo, Lexi se dio cuenta de que Mitch estaba a punto de explotar. Y no podía culparlopor ello. Él mismo le había dicho que no quería tener hijos. ¿Cómo había podido creer que una semana de sexo increíble iba a hacerle cambiar de opinión? ¿Cómo había sido tan estúpida para esperar que se enamorara de ella?
Se sintió de nuevo mareada.
–Lo supe seguro sólo unos días antes de nuestro viaje –explicó ella, sabiendo que era una excusa patética–. Estaba esperando el momento adecuado para decírtelo.
–De eso se trataba todo, ¿no es así?
–¿El qué?
–Lo de limpiar y cocinar. Lo del sexo. ¿Creíste que ibas a poder manipularme?
A Lexi se le encogió el corazón. ¿Qué podía decirle? ¿Que no? ¿Mentirle de nuevo? Era cierto que lo había planeado todo, pero no del modo en que él pensaba. No con intención de manipularlo.
–No ha sido así, te lo prometo. Quería que comprobaras que podía ser una buena esposa.
Mitch parecía tan disgustado con ella, tan… indignado.
–No me he casado contigo para tener una esposa. Sólo lo he hecho para conseguir el apoyo de tu padre.
Aquélla era la historia de su vida, se lamentó Lexi. Ella sólo era útil como herramienta política. Mitch no podía haberle dicho nada más doloroso.
–¿Lo sabe Lance? –preguntó él.
¿Lance? ¿Por qué pensaba que iba a habérselo dicho a su hermano?, se preguntó ella.
–No, claro que no.
–Y no debe saberlo nunca.
Sus palabras desconcertaron a Lexi. ¿Qué diablos quería decir? ¿Cómo iba a no saberlo nunca? ¿Acaso esperaba Mitch que ella diera el niño en adopción o, peor aún, que abortara? ¿Era tan frío e insensible o tan arrogante como para pensar que la decisión dependía sólo de él?
Y, de todas maneras, ¿qué tenía que ver Lance? Aquello era algo entre Mitch y ella, se dijo. –¿A quién le importa si Lance lo descubre? ¿Qué puede hacer él?

A Mitch se le hincharon las venas de la sien.
–No puedes jugar con los sentimientos de la gente de esa manera, Lexi. Kate y él son felices. Algo como esto puede romper su matrimonio. Me niego a dejar que eso pase.
¿Cómo iba a romper el matrimonio de Lance teniendo un hijo con Mitch? No tenía ningún sentido, pensó Lexi.

–¿Qué me estás pidiendo que haga, Mitch?

–Criaré al niño como si fuera mío.

Entonces, Lexi comprendió. Su extraña y confusa conversación, de pronto, cobró sentido. Él pensaba que era hijo de Lance, quien apenas la había besado y mucho menos había dormido con ella. A Mitch ni se le había pasado por la cabeza que el bebé fuera suyo.

¿Acaso Mitch pensaba que ella era capaz de pasar de la cama de un hermano a la de otro de esa manera? ¿Tan mala opinión de ella tenía?

Era obvio que sí. Aquella semana, todo el tiempo que habían compartido, no había significado nada para él. Mitch la había utilizado para divertirse porque, según parecía, creía que sólo servía para eso.

A Lexi se le revolvió el estómago al pensarlo y tuvo que contenerse para no vomitar de nuevo. ¿Cómo se había metido en ese lío? ¿Cómo se había casado con un hombre que la consideraba una cualquiera, capaz de pasar de un hombre a otro como quien cambiaba de zapatos? Aunque intentara decirle la verdad, dudó que él quisiera escucharla o creerla. Ni que le importara.

Lexi había esperado que su matrimonio pudiera ser real. No sólo lo había esperado, lo había deseado. Necesitaba con desesperación alguien que la quisiera por quien era. Pero estaba claroque Mitch nunca sería esa persona. Él nunca la respetaría ni la amaría. Ni con todo el esfuerzo o la seducción del mundo podía ella cambiar eso. Nunca modificaría la opinión preconcebida que tenía de ella.

Primero, había sido rechazada por su padre, luego por su marido, pensó Lexi. Nunca volvería a confiar en ningún otro hombre en su vida.

Utilizando la pared para apoyarse, Lexi se puso en pie. Se tambaleó un segundo, luego se enderezó y miró a Mitch a la cara.

–Si me disculpas… –dijo ella e intentó abrirse camino a su lado.

Sin embargo, Mitch la agarró del brazo para detenerla.

–A partir de ahora, te agradecería que no volvieras a tocarme –le advirtió ella.

Lexi levantó la barbilla y lo miró a los ojos, ocultando lo humillada y despreciada que él la había hecho sentir.

–La verdad es que no mereces la pena en absoluto. Creo que me he casado con el hermano equivocado –añadió.

Lexi se dio cuenta de que su flecha había dado en el blanco pero, por alguna razón, eso sólo la hizo sentirse peor.

Se soltó el brazo y salió del baño. Estaba atrapada con un hombre arrogante, de frío corazón y cruel.

Por otra parte, podía dedicar el resto de su vida a hacerle tan infeliz como él a ella, caviló.

Mitch observó cómo Lexi salía de la habitación, sintiéndose más traicionado y desilusionado que nunca en su vida. Él había creído que habían conectado de veras, que la dinámica de su relación había cambiado. Incluso había llegado a creer que su matrimonio podía ser algo más que un trato de negocios. Pero había sido todo una farsa. Ella lo había utilizado.

¿Cómo podía haber sido tan tonto?, se dijo. ¿Cómo podía haber bajado la guardia, sabiendo la clase de mujer que era Lexi? Lo que había pasado era que no había estado pensando con la cabeza, sino con otra parte del

cuerpo.

Alexis Cavanaugh era una víbora, una mujer malcriada y sin corazón, y nunca cambiaría.

Al menos, Mitch ya sabía por qué ella había aceptado tan pronto casarse con él, y se alegraba. Lance y Kate eran felices y no quería que el egoísmo de Lexi y su despreocupación por los demás echaran a perder el matrimonio de su hermano. Era muy posible, además, que ella se hubiera quedado embarazada a propósito, pensó. Quizá, había sentido que necesitaba algo para atrapar a Lance, para garantizar su matrimonio, pero Lance había roto su compromiso y se había casado con Kate. ¿Qué habría sido capaz de hacer Lexi si él no le hubiera pedido matrimonio? ¿Chantajear a Lance? ¿Extorsionarlo?

Mitch se preguntó qué pensaría el senador si supiera lo que su hija había estado haciendo. Por supuesto, que él supiera, Lexi había aprendido esa clase de comportamiento de su padre. Sin embargo, no pudo evitar recordar la amenaza del anciano: «Si lastimas a mi hija de cualquier manera, os aplastaré». Debía hacer que su relación funcionara, no tenía otra salida. Por el bien de su negocio.

Lexi era su esposa, aunque muy a su pesar, y él iba a criar al hijo de su hermano como si fuera su propio hijo, dándole lo mejor. Nunca había imaginado ser padre, sobre todo a su edad, pero no parecía tener elección. No le preocupaba dirigir una compañía multimillonaria, pero la responsabilidad de educar a un hijo lo aterrorizaba. Probablemente, porque su propio padre lo había hecho fatal con Lance y él.

Cuando Lexi se aburriera y los dejara, lo que no dudaba que pasaría antes o después, él dejaría atrás todo lo que había aprendido de su padre y sería el mejor padre posible. Se lo debía al bebé. Algún día, cuando fuera el momento, les diría a Lance y al niño la verdad pero, hasta entonces, sólo Lexi y él lo sabrían.

Sin embargo, ésa no era la peor parte, reflexionó Mitch. Para mantener la farsa de manera que Lance no sospechara la verdad, Lexi y él no tenían más remedio que hacer que su matrimonio pareciera real.

Capítulo Ocho

El camino de vuelta a casa fue el más largo y triste que Lexi había hecho jamás. Cuando embarcaron en el ferry hacia la península, estaba lloviendo y la mar estaba encrespada, lo que hizo que su estómago se revolviera todavía más. La primera parte del vuelo tuvo un retraso porque, debido al mal tiempo, habían perdido el vuelo de conexión. Estuvieron atrapados en el aeropuerto de Londres durante seis horas, esperando al siguiente avión. Cuando por fin salieron hacia Texas, el vuelo tuvo tantas turbulencias que ella se pasó la mayor parte del tiempo en el baño, actuando como si estuviera en una escena sacada de *El Exorcista*.

Durante todo ese tiempo, Mitch no le dijo ni una sola palabra.

Cuando al fin llegaron a Houston, Lexi se sintió tan aliviada que tuvo ganas de arrodillarse y besar el suelo. Sólo quería irse a casa y meterse en su cama. Pero, cuando subían a la limusina, Mitch le recordó que habían llevado todas sus cosas a casa de él y que ésa sería su nueva casa por el momento. Al menos, él parecía tan poco emocionado ante la perspectiva como ella. Su desgracia era más fácil de sobrellevar cuando pensaba que él estaba atrapado en el mismo barco.

Situada en un campo de golf en uno de los vecindarios más poblados del condado de Maverick, la casa de Mitch no era pequeña en absoluto. La puerta principal daba a un vestíbulo y a un espacioso salón. Olía a barniz de madera y a la loción para después del afeitado de Mitch. La decoración, para su sorpresa, era muy hogareña y acogedora. No lo había esperado de una casa ocupada sólo por un hombre.

Había un comedor formal y una enorme cocina dotada de los más modernos electrodomésticos. En la encimera reposaba un gran jarrón con flores, dos copas para champán y una botella de zumo de frutas con burbujas enfriándose. A su lado, había una nota con la letra de Tara que decía: *¡Felicidades y bienvenidos a casa!*

Mitch la miró con gesto interrogativo.

–Es de mi asistente –explicó Lexi.

Él señaló la bebida no alcohólica.

–Supongo que ella sabe lo de tu embarazo.

–Es mi mejor amiga. Se lo cuento todo –repuso Lexi. Bueno, casi todo, pensó.

–Qué triste.

–¿El qué? ¿Que le cuente todo?

–No, que tengas que pagar a alguien para que sea tu mejor amiga.

¿Cómo era posible que Mitch siempre consiguiera atacarla donde más le dolía? Pero Lexi se negó a dejarle ver que había herido sus sentimientos.

–Es un poco hipócrita por tu parte, teniendo en cuenta que has tenido que comprarte una esposa –le espetó ella, levantando la barbilla.

Lexi se preparó para recibir una réplica sarcástica pero, en vez de eso, Mitch sonrió, tomándola por sorpresa.

–Tu habitación está en la segunda planta –indicó él.

Mitch volvió a la entrada, donde había dejado la maleta de ella. La

agarró y empezó a subir las escaleras. Lexi lo siguió.

–El servicio de lavandería recoge la ropa los lunes y los jueves. Será responsabilidad tuya comprobar que la dejen en el porche.

–Bien.

–Tengo contratado un servicio de limpieza que viene los lunes, los miércoles y los viernes.

–¿Y cocinero?

–No suelo estar en casa lo suficiente como para necesitarlo. Suelo comer fuera o pedir comida. Pero si quieres contratar a alguien, no pondré objeciones. Y, por supuesto, cuando nos mudemos, necesitaremos empleados internos.

Mitch la guió a la primera habitación de la izquierda. Lexi observó que había tres dormitorios más.

Era una habitación de invitados típica, con muebles y decoración neutra, pero Tara había colocado allí varias cosas de su cuarto de casa de su padre. Fotos y recuerdos, casi todo, además de libros.

Lexi miró dentro del armario empotrado y vio que Tara también había colocado su ropa y sus zapatos y, en el baño, encontró sus productos de aseo y su maquillaje.

Mitch se quedó parado en la puerta, observándola.

–¿Te parece bien?

A Lexi le parecía más que bien, pero no quiso decírselo.

–Supongo que es lo mejor que puedes ofrecer.

Mitch se cruzó de brazos.

–Bueno, el dormitorio principal es más grande pero, si te fueras allí, tendrías que compartirlo conmigo.

Ni hablar, pensó ella.

–¿Dónde está tu cuarto?

–¿Por qué? ¿Planeas visitarme en medio de la noche?

–La verdad es que quiero saberlo para no ir nunca.

Él sonrió con sarcasmo.

–Al final del pasillo a la derecha. En el tercer piso están mi estudio y el despacho. Te agradecería que no subieras allí.

Lo que significaba que ése sería el primer sitio que ella pensaba investigar.

–Un poco más arriba de la calle está el centro comunitario. Hay gimnasio y pistas de tenis. También tiene piscina, aunque te advierto que es obligatorio ponerse bañador. A menos que quieras que te arresten.

–No te preocupes, sólo andaré desnuda dentro de la casa.

Mitch la miró como si no la creyera, lo que haría que fuera todavía más divertido hacerlo, se dijo Lexi.

–Necesito un despacho para Tara.

–Puede quedarse con la habitación que hay enfrente. Y llamaré a mi agente inmobiliario para que empecemos a buscar casa.

Lexi no pensaba que les hiciera falta una casa mayor pero, como era él quien pagaba, ¿por qué iba a discutírselo?

–Me gustaría cambiarme de ropa y tengo que hacer algunas llamadas –dijo ella.

–De acuerdo –repuso Mitch, pero no se movió. Ante la mirada interrogativa de ella, añadió–: Ah, ¿querías que me fuera?

–Por favor.
–Tengo que llamar a mi amante de todas maneras. Para hacerle saber que he llegado bien.
Lexi se preguntó si él realmente tendría una amante, pero pensó que lo había dicho sólo para molestarla. Si Mitch le era infiel y su padre lo averiguaba, el senador le retiraría todo su apoyo.
–¿Te refieres a una amante hinchable? –preguntó ella con voz cándida.
Mitch sonrió con malicia.
–Estaré en mi habitación por si me necesitas –dijo él y se fue, cerrando la puerta.
Lexi se sentó en la cama y miró a su alrededor. Tenía que darle las gracias a Tara por arreglarle la habitación. La hacía sentirse menos como una intrusa.
Cuando encendió su móvil, se dio cuenta de que tenía media docena de mensajes de su padre y dos de Tara. Como no estaba preparada para enfrentarse a su padre aún, llamó primero a Tara. No habían hablado desde antes del desastre de la cocina. Ella se había sentido demasiado avergonzada como para contarle a su asistente que no había sido capaz de seguir sus sencillas instrucciones para hacer el cordero.
Lexi marcó y Tara respondió a la primera.
–¡Bienvenida! ¿Has visto tu sorpresa?
–Sí, gracias. Y gracias por colocar todas mis cosas.
–Me encantaría apuntarme el tanto, pero fue idea de tu esposo.
Ya era bastante raro pensar en Mitch como su esposo, pero oír que otra persona lo llamaba así era todavía peor, pensó Lexi.
–Eso debió de ser antes de que decidiera que me odia a muerte.
–¡Oh, cielos! ¿Qué ha pasado? Yo creí que las cosas iban bien.
–Así era. Ni siquiera pareció importarle que echara a perder el desayuno, que inundara la cocina y que casi quemara la casa haciendo la cena. Y el sexo era increíble. Todo fue genial hasta el momento en que le dije que estaba embarazada.
–Oh, no, Lex. ¿De veras se disgustó tanto?
–No creo que sea por el bebé, sino porque cree que es de Lance.
–¿Cómo? –gritó Tara, indignada–. Le habrás dicho la verdad, ¿no?
–Me pareció que no tendría sentido. Dudo que me hubiera creído. En apariencia, piensa que sabe la clase de persona que soy. ¿Por qué sacarle de su error?
–Oh, Lex, lo siento mucho.
–Supongo que lo peor es que yo había creído que, por primera vez, alguien me aceptaba como soy. Creí que le importaba –dijo Lexi y se avergonzó al darse cuenta de que se estaba derrumbando. Ya era suficiente, se dijo. Debía mantener la compostura.
–Tal vez, si le dijeras la verdad…
–No tiene sentido ahora. No podré confiar en él nunca más.
–Vas a tener que decírselo antes o después.
Sí, pero por el momento, quería hacerle sufrir un poco, se dijo Lexi. Quería hacerle sentir tan desgraciado como ella se sentía.
–¿Podemos hablar de otra cosa?
–Claro, Lex –repuso Tara.
¿Por qué parecía que dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera

siempre metía la pata?, se preguntó Lexi.

Hablaron sobre prepararle un despacho a Tara en la casa y, luego, Lexi llamó a su padre.

–¿Por qué no me has llamado antes? –le espetó el senador, ahorrándose los saludos preliminares–. Debías haber llegado hace horas.

Lexi estuvo a punto de decirle algo así como «Hola, papá, yo también me alegro de escucharte», pero no tuvo el coraje para hablarle de ese modo. Si hacía algo que lo molestara, su padre podía dejarla de lado por completo, dejar de llamarla para siempre.

–El vuelo tuvo un retraso debido al mal tiempo –explicó Lexi–. Acabamos de llegar a casa.

–Bueno, estaba preocupado.

Aunque no lo bastante preocupado como para asistir a su boda ni para llamarla mientras ella estaba en Grecia, se dijo Lexi.

–¿Tanto te costaba llamarme? –inquirió su padre con tono cortante.

Lexi pudo haberle preguntado lo mismo pero, por supuesto, no lo hizo.

–No, papá. Lo siento.

Aquella disculpa hizo que el tono del senador se suavizara.

–¿Qué tal tus vacaciones?

–Grecia es un país precioso –repuso ella. Era la compañía lo que no le había gustado tanto. Aunque no podía negar que habían pasado unos días muy agradables.

–Mitch, tú y yo nos encontraremos para cenar mañana por la noche en el Club de Ganaderos –le informó su padre.

–Tendré que preguntarle a Mitch si puede.

–Si quiere que lo apoye, tendrá que poder. A las siete en punto. No lleguéis tarde. Voy a ir en avión desde Washington.

¿Iba a tomar un avión sólo para cenar con ellos? Lexi se preguntó qué habrían hecho Mitch y ella para merecer tal honor.

–Allí estaremos.

Colgaron y Lexi dejó el móvil. Debería darle a Mitch las buenas noticias, pensó con sarcasmo.

Se puso una camiseta y pantalones de algodón y fue a buscar a Mitch. Empezó a ir hacia su dormitorio pero, luego, cambió de opinión y pensó que era un momento excelente para husmear en el piso de arriba. Subió de puntillas para que él no pudiera oírla y lo que vio al llegar al último escalón la dejó sin aliento. Todo el piso era un espacio enorme y abierto. A un lado estaba el despacho de Mitch, que consistía sólo en un escritorio, un archivador y baldas en una pared. Al otro lado de la habitación había una zona multimedia con una gran pantalla plana de televisión y un armario lleno de equipos electrónicos. Además había un mueble bar. Todos los muebles eran de madera oscura y cuero de color chocolate, de aspecto muy cómodo. Cien por cien masculinos.

Lexi se acercó a la zona del despacho, deslizó los dedos por el respaldo de la silla, considerando atreverse a echar un vistazo en su escritorio. Sólo para molestarlo, por supuesto.

–Debí saber que iba a encontrarte aquí.

Ella se giró y se encontró con Mitch en la entrada, con los brazos cruzados.

–Pensé que habíamos acordado que no subirías aquí –añadió él.

Lexi se encogió de hombros.

–Según recuerdo, tú diste una orden. Yo nunca acordé nada. Pero esto es bonito. Muy masculino.

–¿Hay alguna razón para que estés aquí?

«Para molestarte», pensó ella.

–Te estaba buscando.

–¿De veras? Porque te dije que, si necesitabas algo, podías encontrarme en mi dormitorio.

–He debido de olvidarlo.

–¿Qué querías?

–Advertirte de que mi padre nos ha invitado a cenar mañana en el Club de Ganaderos, a las siete.

–Tendré que consultar mi agenda.

–Eso le dije yo. Él replicó que, si querías su apoyo, más te valía asistir.

–Bueno, entonces supongo que asistiré.

–Eso le dije.

–Mi hermano me ha dejado un mensaje. Dice que a Kate le gustaría invitarte a una comida el jueves, para darte la bienvenida a la familia.

–¿A la familia?

–Es tu cuñada.

Lexi ni siquiera había pensado en eso.

Tenía una nueva familia, aparte de su padre. Pero no podía dejar de preguntarse si sería incómodo salir a comer con la mujer que le había robado su prometido.

–No estoy segura de que sea buena idea.

Mitch puso gesto serio.

–¿Es que crees que no está a tu altura?

–¡Claro que no! Kate parece estupenda. Sólo pienso que podría ser incómodo.

–Bien, le diré a Lance que no quieres ir.

–Yo no he dicho eso. Iré, ¿de acuerdo?

Mitch se encogió de hombros, como si no le importara lo que ella hiciera. Sin embargo, Lexi tuvo la sensación de que no era así.

–Dijo que podéis quedar en el Club de Ganaderos a la una.

Lexi asintió, preguntándose cómo iba a ir hasta allí. Si le pedía a Mitch que le mandara un coche, lo más probable era que él la acusara de ser una malcriada. Por desgracia, su padre nunca le había permitido aprender a conducir. Hacer que su chófer la llevara a todas partes había sido otra manera de tenerla controlada. Quizá, Tara podría llevarla. Y, tal vez, si se lo pedía con mucha amabilidad, su asistente podría enseñarle a conducir. Tenía veinticuatro años. Era hora de empezar a labrarse una vida independiente.

–He hablado con el agente inmobiliario. Tenemos una cita mañana a las diez de la mañana. Me ha dicho que tiene varias casas para mostrarnos.

–Qué rápido.

–Lo llamé la semana pasada y le dije que estábamos buscando una. Con la crisis que hay ahora mismo, me contestó que si queríamos comprar había muchas opciones disponibles. Construir algo nuevo nos llevaría mucho más tiempo.

Ella se encogió de hombros.

–Como tú quieras. Siempre que haya terminado a las cuatro.

–¿Por qué?

–Tengo una cita con el ginecólogo.

Mitch se puso serio.

–Hablando de eso, creo que lo mejor sería… mantener la situación en secreto.

Lexi tuvo la tentación de decirle que la situación tenía pies y dedos y un corazón que latía, pero pensó que era inútil. Era obvio que él no estaba preparado para aceptar la vida que estaba creciendo dentro de ella.

–Bien.

–También creo que sería mejor que la gente creyera que somos felices.

Lexi apretó los labios.

–Entonces, quizá deberíamos olvidar ese curso de cocina y apuntarme a algún curso de teatro.

–Te subestimas. En Grecia me dejaste impresionado.

Porque no había estado actuando, quiso gritar Lexi. ¿Pero de qué serviría? Mitch se había forjado una idea fija sobre ella y ella nunca lo perdonaría por eso, así que estaban en una especie de punto de no retorno.

–¿A qué te refieres con parecer felices?

–Creo que deberíamos actuar como recién casados, mostrarnos afecto mutuo.

Ella lo miró con desconfianza.

–¿Cuánto afecto?

–No estoy sugiriendo que nos propasemos en público. Hablo de pequeños detalles, como darnos la mano y, tal vez, sonreírnos de forma ocasional.

–Pero nada de besos –puntualizó ella.

No era que Lexi no disfrutara de sus besos. Más bien, era al contrario. Cada vez que los labios de él la tocaban, sentía un cortocircuito en el cerebro. Si eso sucedía, podía hacer algo estúpido, como volver a dormir con él. Y, como Mitch era un amante excelente, ella sabía que con una vez no le bastaría. Si dormía con él demasiadas veces, empezaría a olvidarse de lo cruel que era su esposo.

–Nada de besos –aceptó él.

Bien, pensó Lexi.

Entonces, ¿por qué se sentía decepcionada porque él no hubiera protestado ni lo más mínimo?

El teléfono móvil de Mitch sonó y él miró el identificador de llamadas.

–Es Lance. Tengo que responder.

–Estaré en la cocina, tengo hambre.

Lexi pasó a su lado y empezó a bajar las escaleras.

–¡El extintor está en la bodega! –gritó Mitch detrás de ella.

«Idiota», pensó Lexi. Debería quemarle la casa para darle una lección.

–Bienvenido –dijo Lance cuando su hermano respondió al teléfono–. ¿Has recibido mi mensaje?

–Sí. De hecho, acabo de hablar con Lexi. Quedará con Kate para comer.

Mitch no añadió que su esposa no se había mostrado muy emocionada ante la perspectiva. Él sabía que Lexi y su padre se creían superiores a la

gente de otras clases sociales, como Kate.

–Me alegro –repuso Lance–. Kate está muy contenta de tener una cuñada.

–¿En serio?

–La verdad es que le está agradecida a Lexi porque piensa que fue ella quien nos unió. Si yo no hubiera planeado casarme con Lexi, Kate nunca habría dimitido y yo seguiría en las nubes, sin darme cuenta de lo importante que es ella para mí.

Era una forma interesante de verlo.

–Hablando de matrimonio, ¿qué tal fue la luna de miel? –preguntó Lance.

–Fue bien –respondió Mitch, lo que no era una mentira del todo.

Había ido bastante bien, hasta el momento en que Lexi había mostrado sus cartas. Por desgracia, si Mitch fuera honesto con su hermano y le contara que se sentía muy infeliz, Lance se sentiría culpable y, además, querría saber por qué. Sería mejor si Lance creyera que Lexi y él eran felices.

–¿Sólo bien? –insistió Lance.

–Mejor que bien –afirmó Mitch–. Creo que esto va a funcionar.

–Me alegro de oírlo –dijo Lance con alivio.

Mitch no estaba seguro de cómo iba a hacer pública la noticia del embarazo de Lexi. Lance no era estúpido. Sabía contar y se iba a dar cuenta de cuándo había sido concebido el bebé. Él tendría que admitir que se había acostado con Lexi en Washington D. C. Podría mentir y decir que habían estado borrachos y que él había estado tan embriagado que había olvidado usar preservativo. Esperaba, nada más, que Lance no se enojara demasiado con él, aunque no podría culparlo por ello.

Sin embargo, eso podía esperar al menos un mes o dos más, hasta que a Lexi comenzara a notársele el embarazo.

–¿Hay novedades del incendio? –preguntó Mitch.

–Quien lo provocó sabía lo que hacía. Darius no ha podido encontrar ninguna pista.

–¿Qué opina sobre Montoya? ¿Es capaz de haber hecho algo así?

–Si fue él, lo averiguaremos.

Mitch no pudo evitar preguntarse si Lance estaba tan obcecado con la culpabilidad de Montoya que sería capaz de acusar a un hombre inocente.

–¿Y si no fue él?

–Él es el único que tiene un móvil.

–No lo sabemos con seguridad –replicó Mitch.

–Ah, por cierto, Darius me pidió que nos reuniéramos con él en su despacho el próximo miércoles por la noche.

–¿Dijo para qué?

–Dijo que tenía que hablarnos de algo, pero no quiso explicarme nada más.

–¿Tendrá que ver con el incendio?

–No lo creo.

–Bueno, allí estaré.

Mitch estaba seguro de que, para el miércoles, necesitaría tener una noche libre, lejos de su esposa, si no se habían asesinado antes el uno al otro.

Capítulo Nueve

A la mañana siguiente, Lexi y Mitch fueron en coche a la oficina del agente inmobiliario para empezar a buscar casa. Y, aunque se sentía en el infierno, ella intentó fingir felicidad. El agente, Mark Sullenberg, era un amigo de la familia, lo que significaba que Mitch y ella debían actuar como recién casados enamorados.

Por desgracia, a Mitch se le daba muy bien, pensó Lexi.

Apenas hubo un instante en que él no la tocara, bien dándole la mano o bien rodeándole los hombros con su brazo. Se portaba tan bien, con tanta dulzura y encanto con ella, que Lexi empezó a olvidarse de que estaban fingiendo. Le hizo acordarse de la semana que habían pasado en Washington D. C. y de lo perfecta que había sido, de lo bien que habían conectado. Sin embargo, eso la hizo sentirse deprimida y sola porque sabía que nunca más volvería a ser tan feliz.

Lexi rezó por que encontraran una casa pronto, para que pudieran seguir demostrándose su odio en privado. Pero, después de ver media docena de casas, no habían encontrado ninguna que les gustara a ninguno de los dos. Todas estaban en comunidades cerradas ultramodernas, con muchos BMWs aparcados en las puertas. Todas parecían iguales. Aburridas y sin vida. Cuando llegaron a la sexta casa, ella se dio cuenta de que Mitch se estaba frustrando y estaba empezando a pensar que, tal vez, la mejor opción fuera construir una nueva.

–¿Puedes enseñarnos algo diferente? –le pidió Mitch a Mark–. Algo un poco más…

–Tradicional –terminó ella.

–Exacto –señaló Mitch, sorprendido porque ella hubiera dado en el clavo–. Algo con más personalidad.

–Acaba de entrar en venta una casa así –indicó Mark–. Está a las afueras del condado de Maverick. Una antigua casa de plantación, renovada. El único problema es que tiene cuatro hectáreas de terreno y vosotros queríais algo más urbano.

–¿Cómo es de grande? –quiso saber Mitch.

–Tiene trescientos metros cuadrados. Solía ser una finca con caballos, así que tiene establos también.

Eso llamó la atención de Lexi. Su tío materno había tenido caballos cuando ella había sido niña. Aunque ella siempre había querido aprender a montar, su padre no se lo había permitido. Pero su tío solía dejarle cepillar los caballos y ayudar a ponerles agua y comida. La idea de tener uno o dos caballos le pareció emocionante.

Lexi miró a Mitch, pensando que estaba dispuesta a suplicar si hacía falta para que fueran, al menos, a ver la casa. Pero él parecía tan intrigado como ella.

Mitch se encogió de hombros.

–No perdemos nada con ir a verla.

Volvieron al coche de Mark, que condujo veinte minutos hasta allí. Lexi se sentía muy emocionada. Por alguna razón, tenía una buena

intuición respecto a la casa.

–Os advierto que está un poco descuidada –señaló Mark–. Cuando el dueño murió, hubo una disputa con el testamento, así que lleva un tiempo vacía. Tiene mucho potencial, sin embargo.

Salieron de la carretera para entrar en un camino largo y bordeado por árboles. Mark no había bromeado al decir que estaba descuidada. Haría falta mucho trabajo para arreglar el campo y cortar las hierbas. Pero Lexi no podía quitarle los ojos de encima a la casa. Era… increíble. Era una casa enorme, blanca, al estilo colonial, con columnas y balcones y contraventanas negras. No pudo evitar imaginarse sentada en el porche por las tardes, bebiendo limonada y viendo ponerse el sol o jugando con el bebé a la sombra de los árboles.

Lexi supo sin lugar a dudas que ésa era la casa que quería.

Un lugar al que llamar hogar.

Mark paró el coche y se bajaron los tres. Como había hecho antes, Mitch le dio la mano, entrelazando sus dedos. Pero, en esa ocasión, fue diferente. En esa ocasión, la sujetó con fuerza, como si también estuviera emocionado.

–Fue construida en 1895 –explicó Mark–. Y remodelada por completo hace unos treinta años. Está un poco abandonada, pero es una inversión excelente.

Mitch y Lexi se quedaron allí parados un momento, de la mano, mirando al enorme edificio. Ella no sabía qué pensaría Mitch pero, por su parte, era la casa perfecta. Se sintió como si, por primera vez en la vida, hubiera encontrado su hogar.

–¿Qué os parece? –preguntó Mark.

–Nos la quedamos –dijeron los dos al unísono. Luego se miraron el uno al otro, perplejos por estar tan de acuerdo.

Mark rió.

–Vaya, eso sí que es un consenso. Ni siquiera la habéis visto por dentro.

–Bueno, vayamos a verla –dijo Mitch, apretándole la mano a su esposa.

Lexi sabía que se trataba de un mero formalismo, pero siguieron a Mark hasta el porche y a través de la puerta principal. El interior estaba un poco desarreglado y anticuado, la cocina y los baños en especial necesitaban reforma, pero ella pensó que la casa tenía excelentes posibilidades. Mitch debió de haber pensado lo mismo porque, cuando terminaron la visita, propuso ir a la inmobiliaria para hacer una oferta. Después de rellenar los papeles necesarios, hizo una oferta de varios miles de dólares por encima del precio que pedían los dueños.

Aunque Lexi se esforzó por ocultarlo, se sentía llena de excitación. Iban a comprarse una casa. Ella podría ayudar a planear la reforma y podría decorar las habitaciones como quisiera. Apenas podía esperar para empezar.

Nunca se había sentido tan… viva. Como si un mundo nuevo y gigantesco se estuviera abriendo ante ella.

–Enviaré esto ahora mismo y espero que tengamos noticias mañana o pasado –dijo Mark cuando se iban–. Estaremos en contacto.

Lexi estaba a punto de explotar de emoción. Sin embargo, intentó ocultarlo en el camino de regreso a casa de Mitch. Era un mecanismo automático de defensa que había aprendido al tratar con su padre. Cuando

él sabía que algo era importante para ella, solía usarlo en su contra como chantaje. Su padre era un verdadero político.

–¿Te gusta? –preguntó Mitch.

Ella no pudo seguir conteniéndose.

–Supe que la quería desde el momento en que la vi. Si pudiera elegir entre todas las casas del mundo, ésa sería la que escogería.

–Va a necesitar muchos arreglos. Es probable que tardemos meses en poder mudarnos.

–A mí no me importaría mudarme allí ahora mismo, tal y como está.

Mitch la miró sin dar crédito.

–Por dentro es un desastre. Vamos a tener que tirarla y empezar de cero. La reforma será mucho más rápida si la casa está vacía.

Aunque a Lexi le gustaría mudarse ese mismo día, Mitch tenía razón. Sobre todo, teniendo en cuenta que iban a tener un bebé. Cuanto antes estuviera terminada, mejor.

–Empezaré a llamar a los albañiles hoy mismo.

–¿No deberíamos esperar a saber seguro que nos la van a vender?

–No te preocupes –dijo él con seguridad–. Será nuestra.

Sin duda, tenía sus ventajas estar casada con un hombre que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.

–Me gustaría tener uno o dos caballos –dijo ella, dispuesta a empezar una discusión.

–Me parece bien –repuso él y, como quien no quería la cosa, añadió–: Sería un buen sitio para criar niños.

Era la primera vez desde que Lexi le había dicho que estaba embarazada que él había hablado de niños. Ella se preguntó cómo reaccionaría Mitch si supiera la verdad. ¿Cambiarían sus sentimientos por ella? ¿La despreciaría un poco menos?

Probablemente, no. Conociendo a Mitch, se pondría todavía más furioso y se lo echaría en cara durante el resto de su vida. Lo mejor sería esperar al menos a firmar la compra de la casa antes de decirle que el bebé era suyo, pensó ella. Por si acaso.

–¿Quieres acompañarme a la cita de hoy? –ofreció Lexi, sin saber cómo iba a reaccionar él y preguntándose cómo se sentiría ella si se negara.

Mitch se quedó en silencio un momento, con los ojos fijos en la carretera.

–¿Quieres que vaya?

Lexi pensó que sí. Incluso aunque él no lo supiera aún, era su bebé y debería estar al tanto de todo. Desde la primera ecografía al parto, quería que él estuviera presente.

Pero Mitch la odiaba. Pensaba que era una egoísta y una malcriada.

Sin embargo, si le negaba esa oportunidad, ¿no estaría demostrando que él tenía razón?

–Sí, quiero que vengas –contestó Lexi, sin poder contenerse.

–Entonces, iré.

Mitch alargó la mano y puso la radio, sintonizando una cadena de country. La conversación había terminado, pero Lexi sintió que habían hecho algún progreso ese día. Aunque no sabía hacia dónde.

La cita con el médico no fue en absoluto como Mitch había esperado.

De hecho, no había sabido qué esperar.
Había imaginado que le tomarían la temperatura y la tensión a Lexi, lo que hicieron, además de pedirle que orinara en un recipiente. Cosas típicas de médicos. Lo que no había esperado fue el examen interno.
Aunque él había visto a Lexi de forma íntima en más de una ocasión y su primera intención fue hacer o decir algo para molestarla, ése no era el lugar, así que se giró de espaldas mientras ella se desnudaba de cintura para abajo y se subía a una mesa.
El procedimiento fue rápido, sin embargo, Mitch aprendió a respetar más a las mujeres que tenían que pasar por una rutina ginecológica. Entre todas aquellas manipulaciones y excavaciones y el utensilio gigante que el médico usó para quién sabe qué, él se sintió agradecido por no ser mujer.
A continuación, el médico sacó algo que parecía más un aparato sexual que otra cosa. Era largo y estrecho, con un cable saliendo de un lado, conectado a un monitor.
–Es un aparato interno de ultrasonidos –explicó el médico–. Así podemos hacernos mejor idea de cómo se está desarrollando el bebé.
Lexi parecía un poco nerviosa, así que Mitch le dio la mano.
El médico introdujo el aparato y ella soltó un grito sofocado.
–Está frío –protestó Lexi e hizo una mueca mientras el médico lo movía.
De pronto, en el monitor apareció una imagen borrosa en blanco y negro.
–Aquí está el feto –indicó el médico, señalando a una zona blanca en la pantalla–. Y éstos son los brazos y las piernas.
Mitch no vio nada más que un borrón difuso al principio pero, cuando el médico señaló a las diferentes partes del cuerpo, el borrón empezó a tomar forma. Tenía una cabeza demasiado grande y miembros regordetes y parecía más un alienígena que un humano, pensó él.
–Este parpadeo es el corazón –informó el médico.
–¿Podemos escucharlo? –pidió Lexi.
El médico subió el volumen y el rápido latido del corazón del bebé llenó la habitación.
Mitch nunca había considerado la idea de ser padre y allí estaba, escuchando el corazón de su bebé, mirando su imagen en la pequeña pantalla.
El bebé de Lance, se corrigió.
En cierto modo, Mitch se sentía como si le estuviera robando algo de valor incalculable a su hermano, la oportunidad de ver crecer a su hijo. Pero estaba seguro de que, antes o después, Lance y Kate tendrían hijos y su hermano viviría la experiencia. Sin embargo, quizá, ésa iba a ser la única oportunidad para él.
–Todo está bien –señaló el médico, mirando a Lexi–. La espero dentro de un mes. Cuando estaban de vuelta en el coche, de camino a casa, Lexi estaba tan callada mirando por la ventanilla que Mitch empezó a pensar que le pasaba algo. No pudo evitar preguntárselo.

–¿Estás bien?
–Después de haber visto al bebé y haber escuchado su corazón… me parece de pronto tan real…
Lexi parecía tan impresionada y estupefacta que Mitch se preguntó si,

al fin, ella estaría dándose cuenta de la responsabilidad que implicaba la maternidad. Sería irónico que, después de que él había empezado a aceptar la situación, ella cambiara de idea y decidiera no tener el bebé.

–Lo dices como si fuera algo malo.

Ella lo miró, sorprendida.

–No, claro que no. Sólo es que… –comenzó a decir Lexi y se encogió de hombros–. No pasa nada.

–Dímelo.

–Te reirás de mí.

–Te prometo que no me reiré.

Lexi lo observó un momento, como si no estuviera segura de poder confiar en él.

–Creo que estoy un poco… asustada –dijo ella al fin.

Mitch no había esperado que Lexi estuviera asustada y, menos aún, no había contado con que lo admitiera delante de él.

–¿Asustada de qué?

–De ser mala madre. ¿Y si lo hago todo mal?

Mitch estuvo a punto de decir que era muy probable que lo hiciera todo mal. Sin embargo, no tuvo corazón para atacarla cuando ella parecía tan vulnerable e insegura. Ella le había abierto su corazón y no podía utilizarlo en su contra. Además, siempre existía una pequeña posibilidad de que Lexi fuera una buena madre y se quedara para criar a su bebé. Tal vez, debería darle el beneficio de la duda.

–Lo harás lo mejor que puedas –dijo Mitch, deseando poder creerlo.

Pero Lexi pareció tragárselo porque sonrió.

Un minuto después, llegaron a su casa y Mitch apagó el motor del coche. Cuando miró a Lexi, ella estaba frunciendo el ceño.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó él.

Ella se giró para mirarlo, con aspecto de estar nerviosa.

–Mitch, hay algo que tengo que decirte. Algo que deberías saber.

Mitch no tenía ni idea de qué iba a decirle, pero tuvo la sensación de que no iba a gustarle.

–¿Qué?

Lexi titubeó y se mordió los labios.

–Sobre el bebé…

–¿Qué pasa con el bebé?

–Pensé que deberías saber…

Lexi parecía tan nerviosa que Mitch empezó a pensar que pasaba algo malo.

–¿Qué intentas decirme?

–Sólo quería darte las gracias por venir conmigo hoy –dijo ella tras una pausa–. Por ser parte de esto.

Y él que había pensado que se trataba de algo importante… Pensó en darle una réplica hiriente, pero se contuvo.

–De nada. Ahora, es mejor que entremos y nos preparemos, si no, llegaremos tarde a la cena. Tengo la sensación de que a tu padre no le sienta bien la impuntualidad.

Lexi sonrió y asintió.

–Tienes mucha razón. Yo quiero a mi padre pero, si te soy honesta, cuanto antes termine la cena de esta noche y antes se vaya a Washington,

mejor.

Bueno, en eso estaban los dos de acuerdo, pensó Mitch. Sin embargo, ¿por qué tenía la sensación de que había algo más, algo que ella le estaba ocultando?

Capítulo Diez

Cuando Lexi y Mitch llegaron al Club de Ganaderos para encontrarse con el senador, ella pretendía entrar, cenar e irse tan pronto como fuera posible. Era algo extraño, teniendo en cuenta que en el pasado solía querer alargar cada minuto que su padre decidía dedicarle. En apariencia, ya no estaba tan desesperada por merecer la atención ni el tiempo de su padre. Pero Mitch necesitaba su apoyo, así que ella se esforzaría por comportarse bien.

–¿Estás lista para esto? –preguntó Mitch, tendiéndole la mano.

Lexi entrelazó los dedos con los de él. ¿Unas horas más fingiendo estar enamorados? Era lo que más le apetecía, se dijo con sarcasmo. Al menos, cuando Mitch la tocaba no se sentía tan… falsa. En cierto modo, era una sensación agradable, a pesar de que en el fondo de su corazón ella sabía que la odiaba.

–Por aquí –indicó una camarera, señalando hacia el comedor.

Ambos la siguieron y, cuando entraron en la sala, Lexi necesitó unos segundos para procesar lo que estaba viendo. Las mesas estaban llenas de conocidos, sonriendo hacia ellos, globos y serpentinas por todas partes y una pancarta pegada en la pared del fondo que anunciaba en letras enormes: *Felicidades, Mitch y Lexi*.

–¡Sorpresa! –gritaron todos al unísono y la sala se llenó de risas y aplausos.

–Oh, mierda –murmuró Mitch.

Cuando Lexi lo oyó, pensó que le había quitado las palabras de la boca.

Lance y Kate estaban cerca de la puerta, sonrientes. Lance se puso en pie y le estrechó la mano a Mitch.

–¿Qué has hecho? –preguntó Mitch.

–No me mires a mí, germano. Ha sido idea de Kate. No pude convencerla de lo contrario.

–Debíais tener vuestra fiesta de boda –dijo Kate, radiante de emoción. Abrazó a Mitch y también a Lexi.

Lexi estaba tan perpleja que le costó reaccionar para devolverle el abrazo a su cuñada.

–Pero no he sido yo sola –añadió Kate y señaló hacia la puerta–. Tu asistente me ha ayudado mucho.

Lexi se giró y se dio cuenta de que Tara estaba parada junto a la puerta. Ni siquiera la había visto al entrar en el comedor.

–¡Sorpresa! –dijo Tara con una débil sonrisa.

Tara era la única persona de la sala que sabía que el matrimonio de Lexi era un desastre. No era de extrañar que tuviera un aspecto tan poco convencido.

–Bueno, ¿os hemos sorprendido? –preguntó Kate.

Lexi asintió.

–Como diría el gran Chevy Chase, si me levantara mañana con la cabeza tirada en la alfombra, no estaría más sorprendido que ahora –señaló Mitch.

Toda la sala irrumpió en carcajadas.

Alguien les tendió a Lexi y a Mitch unas copas de champán y ella se dio cuenta de que todos los presentes tenían ya su propia copa.

Lance levantó la suya en un brindis.

–Por mi hermanito y su esposa. ¡Qué tengáis una vida larga y feliz juntos!

–¡Por los novios! –exclamaron todos y chocaron sus copas.

Lexi no tuvo más remedio que fingir darle un trago a la suya. Al observar la marea de rostros que tenía delante, se dio cuenta de que al único que había esperado ver no estaba allí. Su padre.

Tara debió de haberle leído la mente, porque se acercó a ella para hablarle.

–La secretaria del senador ha llamado hace un rato para avisar de que llegará tarde.

¿No era de esperar?, se dijo Lexi. Su padre se saltaba su boda y llegaba tarde a su fiesta. Se preguntó por qué se molestaría él en aparecer después de todo. Pero no tuvo mucho tiempo para pensarlo, pues una hilera de amigos, familiares y miembros del club se acercaba a abrazarlos, estrecharles la mano y ofrecerles sus mejores deseos. Entre la gente que Lexi reconoció estaban Darius Franklin y su prometida, Summer Martindale, Kevin Novak y su esposa Cara, el padrino de Mitch, Justin Dupree… Incluso Sebastian Huntington y su hija Rebecca estaban allí. Y había muchas personas más. Ella no sabía que Mitch tuviera tantos amigos.

Era una fiesta demasiado real para un matrimonio tan falso, reflexionó Lexi, pensando que las cosas no hacían más que empeorar. Aquélla iba a ser la noche más larga de su vida. Pero, mientras las copas se llenaban de champán y la música sonaba, se sorprendió a sí misma dejándose llevar por el ambiente festivo. Mitch no se apartó de su lado ni una vez, siempre tocándola de alguna manera, dándole la mano o pasándole el brazo por encima de los hombros.

La cena se sirvió alrededor de las ocho y, antes de terminar, Kate empezó a hacer sonar su tenedor con la copa y todo el mundo la imitó. Lexi había estado en otras bodas y sabía que eso indicaba que Mitch y ella debían besarse.

Mitch la miró con gesto de disculpa porque sabía, igual que Lexi, que debían hacer que su relación pareciera real. Ella contuvo el aliento mientras él le sostenía la cara entre las manos, se inclinaba hacia delante y la besaba. Un beso de los que hacían que se derritiera. Los invitados aplaudieron y silbaron. Después de eso, el mismo ritual volvió a repetirse varias veces y Mitch se vio obligado a besarla de nuevo. Aunque a él no parecía importarle y ella se sentía en el paraíso con sus besos.

Mitch tomó varias copas de champán con la cena y, después del postre, se pasó al whisky. Cuanto más bebía, más relajado parecía y más afectuoso.

Cuando llegó la hora del primer baile, Lexi casi se había convencido de que estaban enamorados. Al ritmo de una lenta melodía, Mitch la estrechó entre sus brazos y la miró con tanta ternura que ella creyó que estaba a punto de llevársela a la cama en cualquier momento.

–Cuando entramos, pensé que esta noche iba a ser un desastre –dijo Mitch–. Pero tengo que admitir que no lo he pasado tan mal.

Lexi había pensado lo mismo y lo cierto era que se estaba divirtiendo.

–Puede que tengas que conducir tú esta noche –le advirtió él–. Creo que he bebido demasiado.

Eso sería un problema.

–No puedo.

Mitch frunció el ceño.

–No has bebido, ¿verdad?

–¡Claro que no! Lo que quiero decir es que no puedo. No sé conducir.

Mitch abrió los ojos con incredulidad.

–¿Bromeas?

Ella negó con la cabeza.

–Déjame adivinar… ¿Tu padre te lo prohibió?

–Le habría resultado más difícil mantenerme bajo control si yo hubiera sabido conducir. Tenía un chófer a mi disposición que me llevaba a todas partes.

Mitch meneó al cabeza con gesto de disgusto.

–No te lo tomes a mal pero, cuanto más conozco al senador, peor me cae.

Su irritación sorprendió a Lexi, que pensó que era una sensación agradable tener a alguien de su lado.

–Puedo pedirle a Tara que nos lleve –se ofreció ella.

–Llamaré un taxi –replicó él–. Y, en cuanto podamos, te enseñaré a conducir.

–¿En serio? ¿Clases de cocina y de conducir?

Mitch estaba siendo demasiado amable y comprensivo, pensó Lexi. Lo más probable era que, cuando se despertara sobrio al día siguiente, cambiara de idea.

–Hablando del rey de Roma… –dijo Mitch, señalando con un gesto de la barbilla hacia la puerta.

Lexi se giró y vio que su padre había llegado. Estaba observando cómo bailaban los dos y no parecía de buen humor.

–¿Son imaginaciones mías o parece muy enfadado? –preguntó Mitch.

–No son imaginaciones –repuso Lexi. Se preguntó qué habría hecho en esa ocasión porque, cuando su padre tenía esa cara, siempre solía ser por culpa de ella–. Debería ir a hablar con él.

–¿Quieres que vaya contigo?

–Quizá sea mejor que nos dejes a solas unos minutos.

Lo último que Lexi necesitaba era que su padre la humillara delante de su esposo. No creía que Mitch pudiera tener peor opinión de ella de la que ya tenía pero, por si acaso, ¿por qué arriesgarse?

Lexi atravesó la sala hasta donde estaba su padre y se forzó a sonreír.

–Hola, papá.

Ella no había esperado que su padre la recibiera con demasiada calidez. Pero tampoco había esperado que la agarrara con fuerza del brazo y la llevara a una esquina apartada. Él nunca le había hecho daño físico antes.

–¿Qué pasa contigo? –preguntó su padre en un murmullo.

Lexi no tenía ni idea de qué había hecho.

–No… no lo sé.

Antes de que el senador pudiera decir nada, Mitch apareció detrás de ella. Le tendió la mano al senador y a éste no le quedó más remedio que soltarle el brazo a su hija.

–Senador Cavanaugh, me alegro mucho de que haya podido venir –dijo Mitch, sonriendo, aunque sus palabras estaban impregnadas de un tono cortante. Rodeó a su esposa por los hombros con gesto protector–. ¿Ocurre algo?

–Sí, ocurre algo. Lexi está horrible. Está pálida y es obvio que ha perdido peso.

–¿Eso cree? –preguntó Mitch, mirándola.

–Conozco a mi hija, señor Brody, y sé que algo va mal.

De pronto, Lexi tembló de miedo. ¿Qué pasaría si, temiendo perder su apoyo en el senado, Mitch decidía contarle a su padre la verdad?

Sin embargo, Mitch miró a Lexi con una amplia sonrisa.

–A mí me parece que está muy guapa.

Entonces, justo frente a su padre, Mitch inclinó la cabeza y posó los labios sobre los de su esposa, en un beso tan dulce y gentil que a ella le temblaron las rodillas.

–Si nos disculpa, senador, me gustaría bailar con mi esposa –dijo Mitch a continuación, sin dejar de mirarla a los ojos.

A Lexi le encantó ver la mirada de perplejidad de su padre cuando Mitch la tomó de la mano y la apartó de él.

–¿Qué clase de hombre le dice a su hija que está horrible en su fiesta de boda? –preguntó Mitch después, cuando estuvieron en la pista de baile.

–Creo que le molestó verme feliz.

–¿Cómo puede ser?

–Creo que, cuando me ve feliz, se siente amenazado, porque siempre que estoy contenta con algo hace todo lo posible para sabotearme.

–Es tu padre. Se supone que quiere que seas feliz.

Lexi negó con la cabeza.

–Durante toda mi infancia, él no hizo más que repetirme lo mucho que le habría gustado tener un hijo. Pero mi madre murió antes de que tuviera la oportunidad. Nunca me dijo que yo no le gustara por ser una niña, pero era obvio que lo sentía. Cuando fui creciendo, empezó a hablar de lo mucho que deseaba que me casara y le diera muchos nietos. Era como si me viera sólo como una máquina de tener hijos.

–Supongo que eso explica la prisa que tenía en casarte.

–Eso es.

Sin embargo, su padre no deseaba tanto tener nietos como para dejar que su hija fuera madre soltera, caviló Lexi. Si tuviera un hijo varón fuera del matrimonio, estaba segura de que su padre haría todo lo posible por arrebatárselo para criarlo él.

–¿Sigue mirándonos? –preguntó Mitch.

Lexi miró a lo lejos y vio que su padre estaba hablando con Sebastian Huntington, con una copa en la mano, pero seguía teniendo los ojos fijos en Mitch y ella.

–Sí, sigue mirando.

Mitch esbozó una sonrisa maliciosa.

–Entonces, démosle una buena razón para sentirse amenazado.

Antes de que Lexi pudiera preguntarle qué pensaba hacer, él inclinó la cabeza y la besó con tanta pasión y tanta profundidad que la lengua le llegó a la garganta. En vez de sentirse avergonzada, ella se dejó llevar por la excitante sensación que la envolvía. Cuando, al fin, él se apartó, ella estaba

jadeando y le agarraba de la chaqueta con ambas manos.

–¿Le ha gustado esto? –preguntó Mitch, también sin aliento.

Lexi levantó la vista justo a tiempo de ver cómo su padre se iba por la puerta.

–Parece ser que no, porque acaba de irse.

–Bien.

Ella miró a Mitch y sonrió.

–Gracias por rescatarme.

–Me debes una –repuso él–. Y estoy dispuesto a aceptar tus favores sexuales como pago.

Lexi abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió.

–Relájate, lo digo en broma.

Ella había estado a punto de preguntarle qué quería que le hiciera, pero se contuvo.

–Ha sido muy divertido ver a mi padre irse con un palmo de narices, la verdad, pero si quieres que te apoye deberías tener más cuidado con lo que le dices –señaló Lexi–. Le gusta jugar duro y disfruta de los enfrentamientos, pero no a costa de su orgullo.

–Si conseguir su apoyo significa besarle el trasero, no lo quiero.

Lexi contuvo la respiración. Si Mitch no quería el apoyo de su padre, entonces, ¿por qué iba a seguir casado con ella? Y si la dejaba, ¿qué haría ella? ¿Volver arrastrándose y suplicando a casa de su padre? ¿Qué otra opción le quedaría?

–Aunque si lo fastidio todo, Lance me matará –continuó Mitch–. Así que no tengo muchas opciones.

Lexi se sintió tan aliviada que estuvo a punto de desmayarse.

Mitch no solía beber mucho pero había pensado que, cuanto más embriagado estuviera, menos probabilidades tendría de intentar seducir a Lexi cuando llegaran a casa. Pero no había sido un plan muy brillante. Había conseguido mantenerse apartado de ella pero no había podido pegar ojo. Llevaba una hora tumbado en la cama, mirando al techo, excitado. ¿Pero qué podía esperar, después de haberse pasado toda la noche a su lado y después de haberla besado con tanta pasión en la fiesta?

El lado bueno era que todos los asistentes se habían convencido de que eran dos felices tortolitos, pensó.

Se giró en la cama y dio un brinco al sentir el roce de las sábanas en su erección. Siempre podía encargarse de la situación él solo pero sería un poco triste, ¿no? Muy triste, teniendo en cuenta que tenía una hermosa esposa al otro lado del pasillo y que no podía hacer el amor con ella.

¿No podía o no quería? Él era quien hacía las reglas, se dijo. Él le había dicho a Lexi que su matrimonio no era más que un acuerdo de negocios y, por cómo iban las cosas, volver a dormir con ella sería una estupidez.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si ella también estaría despierta en su dormitorio, mirando el techo, sintiéndose tan sexualmente frustrada como él.

Entonces, escuchó un ruido en el primer piso, el sonido de una tetera silbando. Se sentó en la cama. Aunque el sonido de la tetera no era para alarmarse, sabía que Lexi podía encontrar el modo de convertir un té en un desastre de proporciones bíblicas.

Salió de la cama, se puso la bata y se dirigió a la cocina para detenerla antes de que prendiera fuego a algo. De todas maneras, ¿qué hacía Lexi levantada a la una de la madrugada?, se preguntó.

Cuando Mitch llegó a la cocina, la tetera estaba apagada y Lexi estaba abriendo y cerrando armarios. Llevaba puesta la misma bata larga de seda que había llevado a Grecia y lo único que él pudo pensar fue en quitársela.

–¿Buscas algo?

Lexi se giró, sobresaltada.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó ella,

Los pechos se le marcaban de forma provocativa por debajo de la bata y Mitch se fijó en que se le transparentaban los pezones rosados.

Quizá fuera su imaginación, pero sus pechos parecían más grandes que hacía una semana.

–Que yo sepa, vivo aquí –respondió él–. ¿Qué estás haciendo tú?

–No podía dormir, así que he bajado a prepararme algo de comer.

–¿Buscas algo?

–Infusiones –dijo ella–. A veces, me ayudan a dormir. Quería hacerme una. ¿Tienes?

–En el armario pequeño que hay sobre la cafetera.

Mitch observó, hipnotizado, el contoneo de sus caderas mientras ella atravesaba la cocina y abría el armario.

–La balda de arriba, al fondo.

Lexi alargó la mano, pero ni siquiera de puntillas llegaba a la balda de arriba.

–No puedo –dijo ella, mirando a su esposo.

Mitch supo que iba a lamentar aquello pero no fue capaz de controlarse. Atravesó la cocina y acorraló a Lexi. Para su sorpresa, Lexi no intentó apartarse ni puso objeciones. Ella olía de maravilla y despedía suficientes feromonas para hacer que un equipo entero de fútbol se rindiera a sus pies.

Mitch apoyó una mano en la encimera que había detrás de ella y alargó la otra para agarrar la caja de las infusiones. Se dijo que, si se acercaba demasiado a ella, estando a solas, no sería buena idea. Sin embargo, las hormonas estaban empezando a tomar el control de su cerebro. En vez de dar un paso atrás, como debía haber hecho, él sólo quería acercarse más.

Lexi comenzó a respirar con más rapidez y Mitch se dio cuenta de que estaba temblando. No estaba seguro de si estaba asustada o excitada, o ambas cosas.

–No deberíamos hacer esto –dijo ella, pero no intentó detenerlo ni apartarlo.

–Lo sé. Pero me da la sensación de que vamos a hacerlo de todos modos –repuso Mitch, sabiendo que no había marcha atrás.

Lexi abrió la boca para hablar, quizá para decirle que se apartara pero, como era lo último que Mitch quería escuchar, bajó la cabeza y la besó. Con la lengua de él en la boca, ella no podía hacer mucho más que gemir. Y eso hizo. Le rodeó el cuello con los brazos y le acarició el pelo. Si había pensado en apartarlo, era obvio que había cambiado de idea, se dijo él.

Llegados a ese punto, habían ido demasiado lejos como para dar marcha atrás y Mitch se sentía muy poco culpable por utilizarla de ese modo. ¿Acaso no había sido Lexi quien había dicho que los dos tenían necesidades y que, ya que tenían que estar juntos a la fuerza, por qué no

iban a divertirse?

En ese momento, Mitch no pudo pensar en una sola razón para no seguir su consejo.

–Dime que no llevas nada debajo –susurró él, agarrándole de la bata.

Ella sonrió con picardía.

–¿Por qué no lo compruebas por ti mismo?

Mitch le quitó la bata. No, no llevaba nada. Y estaba preciosa desnuda.

–¿Y tú? –preguntó ella, mirándolo–. ¿Llevas algo debajo?

Él sonrió.

–¿Por qué no miras y lo descubres?

Lexi le desató el cinturón y le quitó la bata. Sonrió al darse cuenta de que estaba desnudo. Durante un instante, Mitch consideró llevarla a su dormitorio pero lo cierto era que no creía poder esperar tanto. Quería, más bien necesitaba, estar dentro de ella. No había pasado ni una semana desde la última vez que habían hecho el amor pero a él le parecía una eternidad.

No era hacer el amor, se corrigió Mitch. Sólo era sexo.

Él la levantó y la depositó sobre la encimera. Sin dudarlo, Lexi le rodeó la cintura con las piernas. Él la penetró tan profundamente como pudo, antes de pensar siquiera en utilizar un preservativo.

¿Pero por qué preocuparse? No podía dejarla más embarazada de lo que ya estaba.

Mitch deseó que el momento se prolongara pero ella estaba demasiado caliente, demasiado húmeda y su interior lo apretaba de forma irresistible. Se esforzó por mantener el control mientras Lexi gemía y le clavaba las uñas en la espalda. Entonces, ella lo miró a los ojos, con una mirada a medio camino entre el asombro y el éxtasis, y todo su cuerpo se estremeció. Sus músculos se contrajeron alrededor de él, haciendo que fuera incapaz de seguir controlándose. El orgasmo que lo recorrió fue tan fuerte que le temblaron las rodillas y tuvo que agarrarse a la mesa para no perder el equilibrio.

Lexi siguió aferrada a él, con la cabeza apoyada en su pecho, jadeante.

–No deberíamos haberlo hecho.

–No –repuso él, también entre jadeos–. Es probable que no.

Él podía decir que había sido el alcohol lo que le había nublado el pensamiento, se dijo Mitch. ¿Pero qué excusa tenía ella?

Lexi levantó la cabeza y lo miró.

–Ahora que lo hemos dejado claro, ¿quieres que lo hagamos otra vez?

Capítulo Once

Lexi se levantó a la mañana siguiente a las seis y media y, de inmediato, sintió que algo era diferente. Algo aparte de que estaba en la cama de Mitch, acurrucada a su lado mientras él dormía profundamente.

Se quedó allí tumbada unos minutos, intentando detectar cuál era el cambio. Entonces, se dio cuenta de que no se sentía mareada. Debería estar corriendo al baño en ese momento, para devolver la cena de la noche anterior.

Se quedó allí un minutos o dos más, segura de que en cualquier momento comenzarían las náuseas. Pero no fue así.

Quizá, si se movía un poco, su estómago despertaría y comenzaría el mareo. Se desenredó de los brazos de Mitch y, despacio, se sentó, esperando sentir náuseas, sudor frío o una súbita bocanada de bilis en la garganta. En vez de eso, sintió algo bien diferente en la boca del estómago. Tenía… hambre.

En los últimos meses, no había podido comer nada antes de mediodía, sin embargo, no eran más de las siete de la mañana y estaba muerta de hambre.

El médico le había dicho que había muchas probabilidades de que se le pasaran las náuseas matutinas pero ella no había esperado que fuera tan de golpe.

Mitch le tocó la espalda.

–¿Estás bien? –preguntó él con voz somnolienta.

–Eso creo.

Lexi le había advertido la noche anterior, cuando él le había impedido levantarse para irse a dormir a su cama, de que solía levantarse de forma abrupta para ir al baño por la mañana.

Mitch la miró con ojos dormidos y el pelo revuelto por el sueño.

–¿Quieres que te traiga un cubo?

Lexi le dio un suave empujón, aunque en el fondo le gustó que se preocupara por ella.

–No creo que sea necesario. La verdad es que me siento muy bien. Me apetece desayunar.

Eso significaba que Mitch tendría que hacer el desayuno, ya que él le había pedido que no cocinara nada hasta que empezara las clases de cocina. Aunque la noche anterior ella había conseguido hervir agua sin ningún accidente.

Mitch miró el reloj y protestó.

–Es demasiado temprano.

–¿No tienes que levantarte para ir a trabajar?

–Como alguien no me ha dejado dormir esta noche, había planeado levantarme tarde e ir después al trabajo.

–¿Yo no te he dejado dormir?

–Eres insaciable. Me he sentido tan… utilizado…

No había sido ella quien lo había arrastrado bajo las sábanas una y otra vez ni quien lo había despertado a besos justo cuando estaba empezando a

dormirse. Había sido más bien al revés.

–Eso dices tú –repuso Lexi–. Pero los dos sabemos lo que pasó.

Mitch sonrió.

–Como no estás mareada, ¿qué te parece si hacemos que pase otra vez ahora?

–Supongo que el desayuno puede esperar –refunfuñó ella, fingiendo molestia.

Cuando, al fin, Mitch le dejó salir de la cama, era casi mediodía. Lexi se duchó y se vistió y, cuando bajó a la cocina, se lo encontró preparando la comida. Ella había esperado verlo vestido de traje, listo para ir a trabajar, pero llevaba unos pantalones informales y un polo.

–¿No tienes que ir al trabajo?

Mitch se encogió de hombros.

–Me las arreglaré sin trabajar un día. Además, te prometí darte una clase de conducir.

Lexi había pensado que, como se lo había dicho bajo los efectos del alcohol, habría olvidado lo de las clases de conducir. Pensar en ponerse detrás del volante, sobre todo bajo la mirada de Mitch, la llenó de nerviosismo.

–Quizá no sea buena idea –dijo ella.

–¿Cómo vas a aprender si no?

–¿Y si lo hago mal?

–Es probable que lo hagas mal al principio pero en eso consiste aprender.

–¿Y si hago algo terrible, como saltarme un paso elevado o algo así?

–Te prometo que yo me encargaré de nuestra seguridad hasta que tú hayas aprendido.

Lexi se mordió el labio, preguntándose cómo podía convencerlo de que lo olvidara sin parecer una cobarde.

Mitch le agarró la mano.

–Ten un poco de fe en ti misma, Lexi. Lo harás bien.

Ése era el problema, pensó Lexi. Le habían enseñado a pensar que no podía hacer las cosas sola pero Mitch tenía razón. Tenía que dejar de tener tanto miedo de todo, de depender tanto de los demás. Era hora de que comenzara a vivir su vida y dejara de quedarse de brazos cruzados, dejando la vida pasar.

Ella respiró hondo.

–De acuerdo. Hagámoslo.

–Después de comer, te daré tu primera clase.

Al menos, así no tendría que pedírselo a Tara, se dijo Lexi.

Entonces, sonó el teléfono móvil de Mitch y él respondió.

–Hola, Mark, ¿qué sucede? ¿Han aceptado la oferta?

A Lexi le dio un brinco el corazón al oír el nombre del agente inmobiliario. Contuvo el aliento mientras Mitch escuchaba en silencio, con gesto de preocupación y curiosidad. Él le había dicho que haría lo que fuera con tal de conseguir la casa pero… ¿y si los dueños cambiaban de opinión y se negaban a venderla?

–Lo entiendo –dijo Mitch al teléfono–. Te llamo luego –añadió, colgó y se guardó el móvil–. Era Mark.

–¿Qué ha dicho? –preguntó ella con ansiedad.

–Ha tenido noticias del vendedor.
–¿Y?
Mitch esbozó una lenta sonrisa.
–Han aceptado la oferta. La casa es nuestra.
Lexi gritó y se echó a sus brazos. Había tenido tanto miedo de que algo saliera mal que no había querido poner demasiadas esperanzas en la casa. Estaba tan emocionada que apenas podía contenerse.
Mitch rió y la abrazó.
–Supongo que no hace falta que te pregunte si estás contenta.
–Lo estoy –afirmó ella, apoyando la cabeza en el pecho de él y abrazándolo con fuerza. Por primera vez en mucho, mucho tiempo era verdaderamente feliz.
Algo había sucedido la noche anterior. Cuando Mitch le había dado la mano y habían entrado en aquella fiesta, su relación había cambiado. Lexi estaba segura de ello. Aunque afirmaban que su matrimonio no era más que un acuerdode negocios, ella sabía que no era cierto. Ése era el hombre con quien había pasado una semana fascinante en Washington D. C., de quien se había enamorado. Y, a pesar de algunos momentos difíciles, sabía que, en el fondo, nunca había dejado de amarlo. Y él la amaba también, aunque no se lo dijera.
–Cerraremos el trato dentro de una semana.
–¿Cerraremos? –preguntó ella, mirándolo.
–Es tu casa también.
Su casa, se repitió Lexi. La idea la hizo sentirse radiante de excitación.
Todo era perfecto. Mejor que perfecto.
Excepto una cosa. Todavía no le había dicho a Mitch la verdad.

Lexi había dado por hecho que la comida en el Club de Ganaderos sería sólo con Kate pero, cuando Tara la dejó en el club, una camarera la condujo a una mesa, donde la esperaban Summer Martindale, Cara Pettigrew-Novak, Alicia Montoya y Rebecca Huntington.
Lexi se preguntó si estaría metiéndose en la boca del lobo. Kate había sido muy amable con ella la noche de la fiesta pero ¿y si había sido fingido? ¿Qué pasaría si la culpaba porque hubiera estado a punto de casarse con su marido? ¿Y si la había citado allí sólo para humillarla?, temió ella.
Kate vio a Lexi y se levantó de la silla, sonriente.
–¡Hola, cuñada! –exclamó Kate y abrazó a Lexi con afecto.
Vaya, eso sí que no se lo esperaba.
–Siéntate –le rogó Kate, señalando al asiento vacío a su lado–. Creo que conoces a todas.
Mientras Lexi se sentaba, las mujeres le sonrieron y la saludaron con calidez y ella empezó a pensar que, después de todo, igual se trataba sólo de una comida amistosa entre mujeres. Algo que, por cierto, sería totalmente nuevo para ella. Nunca le habían permitido tener muchas amigas ni juntarse con personas que no fueran la elite de la sociedad. Su padre no le había permitido tener relación con nadie que pudiera suponer un peligro potencial para sus aspiraciones políticas. Por ejemplo, nunca habría aprobado su amistad con alguien como Kate, una secretaria, ni con una bailarina como Cara. De hecho, no había una sola persona en la mesa, aparte de Rebecca Huntington, tal vez, que él consideraría apropiada. Sin

embargo, por primera vez en su vida, ella pensó que no le importaba lo que su padre pensara. En los últimos días, había empezado a sentirse muy rebelde e independiente. Y le gustaba.

Una camarera se acercó a su mesa para tomar el pedido de bebida de Lexi. Se fijó en que todas las demás tenían una bebida alcohólica y, aunque a ella también le apetecía, pidió un té helado. Durante un instante, temió que alguien pudiera cuestionar su elección pero nadie dijo nada.

–Intentamos quedar, por lo menos, una vez al mes –le dijo Cara–. Para hablar de los últimos cotilleos.

Lexi se preguntó si ella habría sido alguna vez la protagonista de sus conversaciones.

–Hoy también estamos de celebración –añadió Summer.

Todas la miraron.

–¿Qué celebramos? –preguntó Alicia.

Summer extendió su mano izquierda para que todo el mundo pudiera ver el enorme anillo de diamantes que llevaba y la alianza de boda.

–¡Darius y yo nos hemos casado en secreto!

Sus amigas irrumpieron en gritos de excitación y la felicitaron.

–¡Estoy tan celosa! –exclamó Rebecca–. Parece que todo el mundo se casa menos yo.

–El matrimonio es tarea difícil –dijo Cara y sonrió–. Pero merece la pena si consigues que todo salga bien.

La camarera llevó el té y dejó una bandeja de pan sobre la mesa. Lexi estaba muerta de hambre, llevaba días sin poder parar de comer. Así que alargó la mano y agarró un bollo de pan.

–¿Hay noticias del incendio de la refinería? –le preguntó Rebecca a Summer.

Lexi se dio cuenta de que todo el mundo miraba a Alicia. Al principio, se preguntó por qué. Luego, recordó que era el hermano de Alicia a quien acusaban del incendio.

–¿Ha averiguado algo nuevo Darius? –preguntó Kate.

Summer se encogió de hombros con gesto de disculpa.

–No me cuenta mucho de su trabajo.

–Sé lo que creen todos –intervino Alicia–.Pero Alex no es capaz de hacer daño a nadie. Él no ha provocado el incendio.

–Yo te creo –dijo Rebecca–. Alex es una buena persona.

Lexi se dio cuenta de que Alicia miraba a Rebecca con sorpresa.

–Por lo que he oído, quiero decir –se apresuró a añadir Rebecca, sonrojándose un poco.

–¿Y qué me dices de la recalificación de terrenos en Somerset? –preguntó Kate–. He oído que Alex está detrás de eso.

–Así es, porque alguien tiene que ocuparse de proteger los intereses de la ciudad –repuso Alicia–. Sé que nadie quiere creerlo, pero su casco histórico está en peligro. Con ayuda de Alex, yo estoy trabajando en un proyecto para crear un centro histórico pensado para los turistas. Traerá puestos de trabajo e ingresos a la ciudad, por no hablar de que es fundamental para preservar su historia. Como comisaria del museo de historia, es algo muy importante para mí.

–Hablas como si últimamente no te dedicaras más que al trabajo. ¿Qué hay de la diversión? –preguntó Cara con una sonrisa de picardía.

–Bueno, no me dedico sólo al trabajo –repuso Alicia en tono misterioso.

–¿Has conocido a alguien? –quiso saber Rebecca, excitada.

Alicia sonrió.

–Tal vez.

–Amiga, ¿es que quieres ocultárnoslo? –preguntó Summer.

–Digamos sólo que temo estropearlo antes de que sea seguro. Pero os diré que tengo una cita este viernes. Me ha dicho que quiere llevarme a un lugar especial.

–Tienes que venir a Dulces Pequeñeces –insistió Rebecca–. Una cita especial se merece llevar ropa interior sexy.

Alicia rió.

–Podría gastarme todo mi sueldo en tu tienda, Becca.

–¿Tú eres una de esas personas que pueden comer cualquier cosa y nunca engordan? –dijo Cara.

Lexi se sorprendió al descubrir que Cara le hablaba a ella y se murió de vergüenza al darse cuenta de por qué. Mientras las demás habían estado charlando, ella casi se había terminado la cesta del pan entera.

–Lo siento –dijo Lexi y dejó el bollo que había estado devorando. Sintió que se sonrojaba–. No he desayunado.

–Mi trasero engorda sólo con que mire la comida –comentó Rebecca.

–Yo no quiero ni pensar cómo estaría si no fuera por el ejercicio que hago bailando –apuntó Cara.

Después de eso, Lexi tuvo cuidado de no llamar la atención. Pidió ensalada con salsa aparte y sólo se comió la mitad, a pesar de que tenía hambre suficiente como para acabar con tres platos. Quizá, la siguiente vez que quedaran, si la invitaban, podría hablarles del bebé.

Se estaba acercando el momento en que debía decirle la verdad a Mitch, pensó. Casi se lo había contado el día en que habían encontrado la casa pero se había acobardado en el último segundo. Sabía, sin embargo, que era el momento. Había empezado a creer que él se alegraría al descubrir que el bebé era suyo. Porque, aunque Mitch no lo había dicho en voz alta todavía, ella estaba convencida de que la amaba. Él se lo demostraba todos los días en los pequeños detalles. Casi siempre, en el dormitorio.

Aunque no pretendía confundir el sexo con amor, Lexi estaba segura de que, en esa ocasión, era diferente.

No podía ser de otra manera, se dijo.

Capítulo Doce

Mitch pensó que era irónico que, cuando había aceptado reunirse con Darius en su despacho, había pensado que agradecería pasar un tiempo lejos de su esposa. Sin embargo, en realidad, preferiría mil veces estar en casa con ella. Para ser un adicto al trabajo que amaba su empresa por encima de todo, se había estado tomando mucho tiempo libre después de su regreso de Grecia.

Al principio, intentó convencerse a sí mismo de que era sólo por el sexo. Luego, se dijo que se sentía culpable por dejarla sola o preocupado porque ella pudiera usar el horno y quemar toda la casa. Pero, en ese momento, mientras estaba sentado en la sala de reuniones de la empresa de Darius, con este último, Lance, Kevin y Justin, no pudo negarse que echaba de menos la compañía de su esposa.

Por mucho que Mitch intentaba decirse que era una joven malcriada y sin corazón, que sólo se preocupaba por sí misma, Lexi le había demostrado con sus acciones que estaba muy equivocado. Si lo que ella le había contado sobre su padre era verdad y después de haber visto al senador en acción, sólo podía preguntarse cómo era posible que Lexi tuviera la más mínima autoestima.

Incluso, Mitch había empezado a pensar que Lexi no había pasado de la cama de un hermano a la de otro como forma de venganza, sino porque estaba desesperada por sentirse aceptada y amada. Ella se merecía estar con alguien que la amara. Pero él no era de los hombres que se entregaban a nadie.

En cuestión de semanas, Mitch había pasado de pensar que era mejor persona que ella a sentir todo lo contrario, que no estaba a su altura. Pero debía mantenerse a su lado por el bien del bebé, ese sobrino o sobrina que estaba creciendo dentro de ella y merecía ser criado dentro de su familia.

–¿Cuándo va a empezar la reunión? –le preguntó Kevin a Darius.

–En cuanto el último invitado llegue –repuso Darius.

En ese mismo instante, se abrió la puerta de la sala de reuniones y entró Alex Montoya.

De golpe, Lance se puso en pie.

–¿Qué está haciendo él aquí?

Alex le lanzó a Lance una mirada matadora.

–Yo le he pedido que venga –explicó Darius–. Como miembro del Club de Ganaderos, esto le concierne también a él.

Mitch se levantó de la silla, preparado para sujetar a su hermano si era necesario pero, después de un momento de tensión, Lance tomó asiento y Alex hizo lo mismo en el lado opuesto de la mesa. A Mitch no le gustaba nada Alex, pero era capaz de reconocer que tenía agallas para presentarse en la reunión.

–Os he llamado a todos porque tengo sospechas de que alguien está manipulando las cuentas del club.

–¿Estás diciendo que alguien está robándole al club? –preguntó Justin.

–Eso es lo que creo.

–¿Qué te hace pensar eso? –quiso saber Kevin.

–Cuando instalé el sistema de contabilidad en Helping Hands, ocurrió algo raro. El club nos extendió un cheque por los gastos, pero fue hecho a cargo de Helping Hearts. Llamé a la oficina y hablé con Sebastian Huntington para que arreglara el error. Pensé que se había equivocado al escribir el nombre, pero él me contestó que había enviado otro cheque por accidente.

–No sabía que hubiera una organización llamada Helping Hearts –comentó Mitch, aunque nunca había prestado demasiada atención a las finanzas del club.

–Yo tampoco –continuó Darius–. Pero me picó la curiosidad e investigué un poco. Después de un tiempo, averigüé que Helping Hearts no existe.

–Como miembros del club, tenemos derecho a supervisar los libros de contabilidad –intervino Alex, que parecía tan preocupado como los demás.

–Supongo que tú crees que eres quien debería supervisar –le espetó Lance–. ¿Cómo sabemos que no eres tú quien está detrás de todo?

Alex lo miró con rabia.

–Primero me llamas incendiario, ¿y ahora me acusas de robo? Quizá, también quieras echarme la culpa de la caída de la Bolsa.

–Yo sé –dijo Darius, antes de empezaran a volar puñetazos– que no puede ser nadie de esta sala. Sólo un miembro del nivel más alto podría haberlo hecho.

–¿Cómo quién?

–No estoy tan seguro como para acusar a nadie todavía. Y Alex tiene razón, necesitamos que alguien supervise los libros. Creo que debería hacerlo Mitch.

De pronto, todas las miradas se dirigieron hacia él.

–¿Por qué yo?

–Yo puedo instalar un sistema de contabilidad sencillo, pero tú eres el mago de las finanzas del grupo. Si alguien es capaz de detectar irregularidades, sin duda ése eres tú –replicó Darius.

–Pienso lo mismo –afirmó Justin.

–Yo también –señaló Alex.

–Y yo –dijo Kevin.

–Entonces, todos estamos de acuerdo –añadió Lance.

Mitch no estaba seguro de estar de acuerdo, pero no parecía tener elección.

–¿Y si descubro algo?

–Pediremos una auditoría a una empresa externa. Según la ley, el club está obligado a permitirlo.

–Sigue costándome creer que alguien pueda robarle al club –apuntó Kevin.

–A mí me pasaba lo mismo –repuso Darius–. Nunca os lo habría dicho si no hubiera estado totalmente seguro. ¿Nos mantendrás informados, Mitch?

–Claro.

La reunión terminó y, muy prudentemente, Alex fue el primero en irse.

–¿Quieres ir al club a tomar algo? ¿Te apetece jugar al fútbol? –le preguntó Justin a Mitch cuando iban a salir.

Normalmente, Mitch no habría titubeado en pasar unas horas con su mejor amigo pero no quiso dejar a Lexi sola. Además, le había prometido que iban a hablar sobre las reformas que querían hacer en la casa nueva.

–Esta tarde no puedo –contestó Mitch.

–¿Tienes que volver a tus obligaciones maritales?

Mitch no respondió; simplemente, miró a su amigo.

Justin rió y meneó la cabeza.

–Maldición, nunca pensé que llegaría el día en que Mitch Brody sentara la cabeza.

–Tú podrías ser el próximo –dijo Mitch.

–Te recomendaría esperar sentado –repuso Justin, riendo–. Ahora que tú estás bien atado, significa que hay más mujeres libres para mí.

Sólo Justin podía sacar conclusiones como ésa, pensó Mitch. Lo extraño era, se dijo, que él no echaba de menos conocer mujeres. Quizá, con el tiempo, eso cambiaría. Pero, por el momento, estaba satisfecho siendo fiel.

Cuando Lexi abrió la puerta principal, su padre era la última persona que esperaba ver en el porche. Se suponía que debía estar en Washington D. C.

–Papá, ¿qué estás haciendo aquí?

–Tengo que hablar contigo –dijo él y entró, sin esperar invitación.

–Claro –repuso ella y cerró la puerta tras él. Quizá, su padre había ido para disculparse por cómo se había comportado en la fiesta, pensó.

El senador miró a su alrededor en la entrada con gesto decepcionado. Probablemente, la casa no le parecía lo bastante fastuosa o grande.

–¿Está tu marido?

–No, está en una reunión –respondió Lexi y señaló hacia la cocina–. Estaba haciéndome una taza de té. ¿Quieres una?

–¿Tú lo haces? ¿Tu marido ni siquiera tiene la decencia de tener criada?

Lexi se encogió de hombros.

–No pasa nada. De hecho, me gusta hacer las cosas por mí misma, para variar.

Su padre negó con la cabeza con evidente disgusto.

–Es aún peor de lo que pensaba.

Era obvio que no había ido allí para disculparse, se dijo ella.

–¿Qué es peor de lo que pensabas?

–Tu vida. A lo que Mitch te ha reducido.

¿Reducirla? Al contrario, ella se sentía como si hubiera descubierto todo un mundo de posibilidades con las que nunca había soñado.

–Estoy bien, papá. De veras.

–Esto no está nada bien. Después del humillante comportamiento de tu marido la otra noche en la fiesta, he decidido no dar mi apoyo a los Brody.

A Lexi se le encogió el corazón.

–No puedes hacer eso.

–Puedo y lo haré. Sigo sin poder creer el modo en que te trató. ¿Tienes idea de lo que pensaron las demás personas de la fiesta?

–Pensarían que somos una pareja de enamorados y que nos resulta imposible vivir el uno sin el otro.

–Bueno, la farsa ha terminado, así que no es necesario que sigas aquí.

Haz las maletas. Te llevaré a casa.
Lexi no quería irse.
–Les prometiste ayudarlos.
–También le dije a Brody que, si te lastimaba, lo aplastaría.
Lexi empezó a ponerse nerviosa. Su padre estaba siendo muy poco razonable.
–Pero él no me ha lastimado.
–Ha hundido tu reputación, lo que es aún peor, por lo que a mí respecta.
–¿La reputación es más importante que la felicidad? Yo amo a Mitch.
El senador soltó una carcajada llena de desprecio y la miró como si fuera idiota.
–No puedes ser tan ingenua. Él sólo se ha casado por interés.
Su padre no conocía límites a la hora de hacerla sentir mal, pensó Lexi con tristeza. Pero ella sabía muy bien lo que pasaba, aunque él no quisiera admitirlo. No tenía nada que ver con su reputación ni con el comportamiento de Mitch en la fiesta.
Su padre sólo quería que dejara a Mitch porque ella deseaba quedarse. Él quería volver a controlar su vida. Si seguía casada con Mitch, no podría seguir manipulándola. Pero, en esa ocasión, ella no tenía por qué obedecerlo.
–No puedes soportarlo, ¿verdad?
–¿Qué?
–Verme feliz.
El senador soltó una risa burlona.
–Eso es ridículo.
–¿Entonces por qué me dices algo así? Yo amo a Mitch y tú lo acusas de utilizarme.
–Lo digo porque es verdad. Tú sabes que nunca te he mentido.
–¿Cómo sabes que Mitch no me ama?
El senador meneó la cabeza con aire triste, como si ella fuera más patética de lo que había esperado.
–¿Tan horrible crees que soy? –preguntó ella–. ¿Tan poco digna de ser amada?
–Yo no he dicho eso. Pero él no es apropiado para ti.
–Hace un mes, pensabas que sí lo era.
–Bueno, me equivoqué.
Si su padre no podía aceptar que Mitch la amara, era su problema, no de ella, se dijo Lexi. Mitch iba a ponerse furioso cuando supiera que su padre había roto el trato, pero estaba segura de que no lo pagaría con ella.
–Sea una farsa o no, no puedo romper el matrimonio.
–¿Por qué no?
No debería decirlo, pensó Lexi. Sin embargo, en cuanto le contara la verdad a Mitch, todo el mundo lo sabría de todos modos.
–Estoy embarazada.
–¿Embarazada? –repitió el senador. De pronto, su furia desapareció y la miró maravillado–. ¿Voy a ser abuelo?
Lexi había esperado que se enojara. Pero tenía sentido que aprobara su relación al descubrir que podía sacar algo de provecho de ella. Su padre siempre había querido tener nietos.
Ella sonrió y asintió.

–Es… increíble.
–Incluso hemos hablado de ponerle tu nombre –dijo Lexi, aunque no era verdad. No tenían ni idea de qué sexo tendría el bebé y mucho menos habían pensado en cómo se llamaría.
Pero el senador pareció creerlo, porque se hinchió de orgullo.
–Supongo que, entonces, no es posible divorciarse. Podemos pensar una manera de que funcione.
Ella sonrió y pensó que era el momento de tirar a matar.
–Podrías empezar dando a Mitch y a Lance todo el apoyo que necesiten en el senado.
La sonrisa del senador se desvaneció.
–No puedo hacer eso.
–Lo harás si quieres ver a tu nieto.
Su padre se quedó tan perplejo que, durante un momento, no tuvo palabras. Era la primera vez que Lexi lo veía quedarse sin palabras y disfrutó de ello al máximo.
–¿Utilizarías a tu propio hijo contra mí? –preguntó el senador al fin, sin dar crédito.
Ella suspiró.
–Si tengo que hacerlo, sí. Por supuesto, tengo muchas otras cosas que podría usar en contra de ti.
–¿Qué cosas?
–Cosas que harían tu vida muy difícil cuando quisieras ser reelegido.
El senador se quedó pálido.
–¿Amenazas con chantajearme?
Claro que sí, pensó Lexi. Por primera vez, se sentía por encima de su padre y era una sensación maravillosa. Sonrió con candidez.
–Papá, el chantaje me parece tan… poco civilizado. Creo que en el Capitolio lo llaman extorsión.
–No puedo creer que me hagas esto.
Ella se encogió de hombros.
–Supongo que he tenido un buen maestro.
Lexi esperó que su padre se enfureciera, que explotara pero, para su sorpresa, no ocurrió nada parecido. El senador se quedó allí parado, perplejo, como si no pudiera creer lo que había pasado. Su pequeña y complaciente hija se había hecho mayor. Sin duda, ya era hora, pensó ella.
Entonces, se abrió la puerta principal y Mitch entró, acompañado de la fresca brisa otoñal.
–Me pareció ver su coche fuera –le dijo Mitch al senador y pasó delante de él, sin estrecharle la mano siquiera, para abrazar a Lexi y besarla–. Hola, cariño, siento haber tardado tando.
¿Tanto? Apenas se había ido hacía una hora. Lexi había asumido que tardaría varias horas y que se iría a tomar algo con sus amigos después de la reunión.
–Mi padre ha pasado a saludar –dijo ella–. Qué amable, ¿verdad?
Mitch adivinó que pasaba algo y le siguió el juego a su esposa.
–Vaya, claro que sí. ¿Quiere algo de beber, senador? –le preguntó con un marcado acento sureño que no solía usar.
–Por desgracia, ya tiene que irse –afirmó Le-xi–. Pero gracias por la visita, papá.

Con aspecto de estar confundido y conmocionado, el senador murmuró una despedida y salió de la casa. En cuanto se hubo ido, Mitch miró a su esposa.

–¿Qué diablos ha pasado?

Capítulo Trece

Horas después, Mitch estaba tumbado en la cama, con el cálido y suave cuerpo de Lexi a sulado. Él no podía dejar de sonreír.

–Me habría gustado ver su mirada cuando lo amenazaste. Debió de ser fantástico.

–La verdad es que no me siento culpable. Nunca imaginé que le diría algo así. Pero me siento… liberada.

–No quiero sonar condescendiente pero estoy orgulloso de ti –afirmó Mitch.

Lexi sonrió.

–Yo también estoy orgullosa de mí. Y no creo que tengas que preocuparte nunca más por su apoyo. Aunque es muy posible que no vuelva a hablarme nunca.

–¿Y qué te parece?

–No tan malo como esperaba. En cierto modo, me siento aliviada. Ya no lo necesito –señaló ella y se quedó callada un momento–. Mitch, hay algo que necesito decirte. Dos cosas, en realidad.

Mitch la miró.

–¿Qué?

–Primero, que te mentí. Te dije algo horrible que no era verdad.

Mitch frunció el ceño.

–¿Qué?

–En la mañana que dormimos juntos en Washington D. C, pensé… –comenzó a decir ella y se mordió el labio.

–¿Qué pensaste?

Lexi respiró hondo.

–Fui tan ingenua… Me desperté y pensé que ibas a pedirme que me casara contigo en vez de con Lance. Pensé que… me amabas. Y no tienes ni idea de lo mucho que deseaba que alguien me amara. Pero lo primero que me dijiste aquella mañana fue que haber dormido juntos había sido un error. Me sentí destrozada. Por eso te dije lo más horrible que se me ocurrió.

–¿Que me habías utilizado?

Ella asintió.

Mitch se sintió aliviado y, al mismo tiempo, molesto. No porque ella le hubiera mentido, pues entendía por qué lo había hecho y no podía culparla, sino porque eso no hacía más que confirmar el hecho de que la había subestimado.

–Sé que apenas habíamos pasado una semana juntos pero yo te amaba, Mitch. Y creo que… creo que sigo amándote.

Mitch sabía lo que ella quería, lo que necesitaba, pero aunque él quería hacerla feliz, no podía mentir.

–A mí me importas mucho, Lexi, de veras. Pero no puedo…

Lexi se giró de espaldas, no sin que antes Mitch pudiera ver su expresión de tristeza.

–Lo entiendo.

–No es por ti. Es por mí.

Ella se encogió de hombros.

–No hace falta que me des explicaciones.

Mitch esperó que ella llorara o se enojara, que hiciera algo. Pero Lexi se quedó allí callada y él se sintió como el hombre más idiota del mundo. Ella se merecía algo mejor que él. Debería estar con alguien que la amara. Alguien capaz de amar.

–¿Qué más? –preguntó él.

–¿Qué quieres decir?

–Dijiste que me querías decir dos cosas.

–Ah –dijo ella con suavidad y se tumbó de lado, cubriéndose con las sábanas hasta los hombros–. No es nada importante.

Mitch pensó en presionarla pero, luego, se dijo que quizá sería mejor no saberlo. Se quedó despierto varias horas, rumiando lo que había pasado y sintiéndose culpable.

Cuando se despertó por la mañana, alargó la mano para buscar a Lexi pero ella no estaba. Salió de la cama y se puso la bata. Pensó que ella estaría abajo, preparando té en la cocina, pero la encontró en su dormitorio, haciendo las maletas. Lexi pensaba dejarlo.

Mitch se sintió más decepcionado que sorprendido.

–¿Vas a alguna parte?

Ella lo miró, con aspecto cansado y triste.

–Buenos días.

–No es necesario que lo hagas –dijo él.

–Sí lo es.

Mitch estuvo a punto de rogarle que se quedara, de jurarle que las cosas cambiarían pero se dijo que eso sería cruel y egoísta. Lo mejor que podía hacer por ella era dejarla marchar.

–¿Vas a volver con tu padre?

–Claro que no. Nunca le daría esa satisfacción.

–Bien. No te merece. Y no te preocupes por el dinero. Me ocuparé de que nunca os falte nada al bebé ni a ti.

–Te lo agradezco pero no puedo pasar el resto de mi vida dejando que otros se ocupen de mí. Tengo que hacerlo sola.

–¿Adónde irás?

–Tara me ha dicho que puedo quedarme un tiempo con ella.

Mitch estuvo tentado de pedirle que se quedara, al menos hasta que naciera el bebé. Para entonces, la casa nueva estaría lista y Lexi podría quedarse allí. Pero si ella necesitaba demostrarse algo a sí misma, no iba a detenerla. Quizá, con el tiempo se daría cuenta de lo difícil que era hacer las cosas sola y volvería con él.

Sin embargo, Lexi era fuerte y Mitch tenía la sensación de que sabría desenvolverse sola. Iba a echarla de menos y siempre le tendría cariño pero lo cierto era que ella se merecía a alguien mejor que él y esperaba que algún día lo encontrara.

Lexi no se había sentido nunca tan humillada.

Su padre había tenido razón. Mitch no la amaba. Ella le importaba, lo que equivalía a que le importaba tener el apoyo de su padre en el senado. Tal y como su padre le había advertido.

Podía comportarse como una bruja y asegurarse de que su padre hiciera todo lo posible para acabar con ellos, se dijo Lexi, pero no era vengativa. Después de todo, Mitch no tenía la culpa de que se hubiera enamorado de él. Había sido ella solita quien se había creado un mundo de fantasía. Mitch no había hecho más que decirle una y otra vez que su matrimonio era sólo cuestión de negocios pero ella no lo había escuchado.

–Tienes que decirle la verdad –le aconsejó Tara mientras le tendía una taza de té caliente. Se sentó en una mecedora, en frente del sofá donde estaba sentada Lexi–. Es su bebé. Merece formar parte de su vida.

–Se lo diré. Algún día.

–¿Cuándo? ¿Cuando el niño salga de la universidad?

–Cuando me pueda valer por mí misma. Cuando no necesite su ayuda –respondió Lexi. Y eso podía llevar tiempo, pensó, teniendo en cuenta que no tenía ninguna aptitud profesional, no tenía permiso de conducir y lo único que le apetecía hacer era quedarse acurrucada en el sofá de Tara, sintiendo lástima de sí misma.

Lexi se sentía abrumada ante la perspectiva de criar sola a su hijo pero estaba decidida a encontrar el modo de hacerlo.

–Va a tener que pasarte una pensión alimenticia para el niño –señaló Tara.

Lexi sabía que eso era inevitable. Mitch insistiría porque era esa clase de hombre. Pero ella no estaba dispuesta a aceptar su ayuda. Aún no. Aunque, llegados a ese punto, lo más probable era que Mitch se pusiera furioso al descubrir que el niño era suyo. Debía haberle dicho la verdad el mismo día en que él creyó que el bebé era de Lance, tanto si la hubiera creído como si no. Al menos, así ella tendría la conciencia tranquila y sabría que había sido honesta. Pero se había encerrado en sí misma y no tenía ninguna esperanza de salir con bien de todo aquello.

Ya no podía hacerse nada para cambiar las cosas, se dijo Lexi. Y todo había sido sólo culpa suya. Ella había empezado aquel lío y ella era la única que podía arreglarlo.

Sin embargo, por el momento, no estaba preparada.

***

Mitch estaba sentado en su despacho, mirando por la ventana, incapaz de concentrarse en su trabajo. Desde que Lexi lo había dejado, no había sido capaz de pensar con claridad. Diablos, apenas había podido hacer nada a derechas. No podía dejar de pensar en ella, de echarla de menos. Había cambiado las sábanas y las almohadas, incluso había echado ambientador por todas partes, pero seguía percibiendo su olor, seguía sintiendo la presencia de Lexi en su dormitorio. Tampoco podía conducir su coche sin imaginársela detrás del volante, adorablemente nerviosa pero decidida a aprender. Y no podía entrar en la cocina sin recordar la noche que habían hecho el amor allí.

Para colmo, había perdido todo el interés en comprar la casa de campo. En parte, lo que más lo había atraído de esa finca había sido la emoción que había percibido en Lexi y el pensamiento de que podrían formar una familia. Sin embargo, en ese momento, no tenía mucho sentido que dejara su casa en la ciudad, a pesar de que se sentía deprimido estuviera donde estuviera.

Cada fragmento de su vida parecía llevar la impronta de Lexi y Mitch no pudo evitar preguntarse si aquel sentimiento que experimentaba, aquel dolor insoportable, la nostalgia que lo invadía cada vez que pensaba en ella, lo que era casi todo el tiempo, significaba que la amaba.

–¿Por qué no la llamas?

Mitch se giró y se encontró con Lance parado en su puerta, con los brazos cruzados.

–¿Tan obvio es? –preguntó Mitch y suspiró.

Lance sonrió.

–Me recuerdas a mí cuando Kate me dejó. Y confía en mí si te digo que, si te ama, te perdonará por lo que hiciste.

Lance era un buen hermano. Siempre había estado allí para protegerlo, siempre lo había cuidado y lo había apoyado contra viento y marea, pensó Mitch. Le debía la verdad. Ya había esperado demasiado para contársela.

–Entra y cierra la puerta.

Lance hizo lo que pedía.

–¿Qué pasa?

–Lexi está embarazada.

Lance rió.

–¿Ya? No habéis perdido el tiempo.

–No es lo que crees. El bebé… no es mío.

Lance frunció el ceño.

–¿Cómo que no es tuyo?

–Está de más de tres meses.

–¿Tres meses? Eso significa que se quedó embarazada… –comenzó a decir Lance y se quedó en silencio.

–Justo cuando vosotros dos estabais prometidos.

Lance meneó la cabeza, sin dar crédito.

–Qué idiota. Todo ese tiempo me sentí culpable por andar con Kate a espaldas de Lexi y resulta que ella me estaba engañando…

¿Cómo podía Lance no comprenderlo?, pensó Mitch.

–No te estaba engañando. El bebé es tuyo.

En vez de mostrarse aturdido o emocionado, o incluso enojado, Lance rió. –No, no lo es. –Sí, Lance. Sí lo es. Ella misma me lo dijo –replicó Mitch.

–Entonces, miente.

–¿Cómo puedes saberlo seguro?

–Es fácil. Nunca me acosté con ella.

–¿Qué?

–Sólo la besé una vez y, créeme, no fue nada apasionado.

–¿Entonces por qué me dijiste en mi noche de bodas que, si dormía con ella no me decepcionaría?

Lance se encogió de hombros.

–Lo adiviné. Acerté, ¿verdad?

–Claro que sí, pero… –comenzó a decir Mitch. Aquello no tenía ningún sentido–. ¿Por qué iba a decirme ella que era tuyo si…? –balbuceó y, de golpe, cayó en la cuenta–. Oh, diablos.

–Cielos, Mitch, ¿qué pasa? –preguntó Lance, preocupado porque su hermano se había puesto pálido.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido?, se dijo Mitch. –Soy un imbécil,

eso es lo que pasa. –Lo siento, pero no entiendo nada. A pesar de lo que había creído al principio, Mitch sabía sin duda que Lexi no había sido capaz de pasar de la cama de un hermano a la del otro. Y eso sólo podía significar una cosa.

–Es mío –dijo Mitch y, ante la mirada de confusión de su hermano, añadió–: El bebé. Lexi está embarazada de mi hijo.

–¿Entonces por qué te dijo que era mío?

–No me lo dijo. Cuando me contó que estaba embarazada, yo di por hecho que era tuyo.

Lance parecía más confuso que nunca.

–Pensé que habías dicho que estaba de tres meses. ¿Cómo puede ser tuyo?

Mitch hundió la cabeza entre las manos. Debía contarle a Lance la verdad. Levantó la vista para mirar a su hermano mayor, su protector.

–Hay algo que tengo que decirte. Algo que debí haberte contado hace meses.

–¿Qué?

–¿Recuerdas la semana que pasé con Lexi en tu nombre?

Lance asintió.

–Claro.

–La última noche, antes de que le propusieras matrimonio, nosotros… yo me acosté con ella. Mitch esperó que su hermano estallara de rabia.

–No soy ningún tonto –repuso Lance con calma–. Me di cuenta de cómo los dos actuabais después del viaje a Washington D. C. Me imaginé que había pasado algo.

Mitch no pudo creer que Lance lo supiera o, al menos, lo hubiera sospechado todo el tiempo.

–¿No estás enfadado?

–No era un compromiso real.

–Pero eres mi hermano. Ibas a casarte con ella.

–Pero no lo hice. Si te hace sentir mejor, puedo darte otro puñetazo. Aunque parece que ya te estás encargando tú de castigarte a ti mismo.

–Me merezco lo peor, créeme.

–A ver si lo entiendo. ¿Te dijo que estaba embarazada y tú asumiste de forma automática que el bebé era mío?

Mitch asintió.

–¿Entonces, lo que le estabas diciendo era que creías que era capaz de acostarse contigo y, al día siguiente, meterse en la cama de tu hermano?

Mitch se pellizcó la nariz.

–Sí, más o menos –contestó Mitch y pensó que Lexi debía de haberse sentido furiosa. Y humillada.

–¿Por qué no te dijo ella la verdad?

–Es probable que pensara que yo no iba a creerla.

–¿La habrías creído?

–Es probable que no.

–Odio tener que decírtelo, Mitch, pero eres un imbécil.

Mitch quiso enojarse con Lexi por no haberle contado la verdad, por su mentira por omisión, pero la única persona con la que estaba enojado era consigo mismo. Todo aquel enredo era sólo culpa de él. Sí, Lexi había mentido cuando le había dicho que lo había utilizado, pero él había pasado

una semana cenando y saliendo con ella y seduciéndola para luego decir que había sido un error. ¿Podía culparla por haberse sentido herida y haberlo atacado? Si por aquel entonces la hubiera conocido mejor, se habría dado cuenta de que ella no era capaz de utilizar a nadie.

Era irónico pero, si él hubiera sido honesto con su hermano desde el principio, habría sabido la verdad y habría podido evitar todo aquel enredo.

–Lo que sigo sin entender es cómo se quedó embarazada –dijo Mitch.

Su hermano hizo un gesto burlón.

–¿De veras necesitas que yo te lo explique, Mitch?

Mitch suspiró.

–Sé cómo, de lo que no estoy seguro es de cuándo pasó. Usamos protección.

Lance se encogió de hombros.

–El control de natalidad tiene sus fallos.

–Creo… que la amo.

–¿Lo crees?

No. Mitch sabía que la amaba. Era la única explicación que justificaba lo triste que se sentía sin ella. Se levantó de su asiento.

–Tengo que ir a verla.

–Ya era hora.

Mitch agarró su chaqueta y se dirigió a la puerta. Entonces, recordó que su plan tenía un pequeño fallo. No sabía dónde estaba Lexi.

Lance debió de leerle la mente.

–Está en casa de su asistente.

Mitch lo miró con gesto de confusión.

–Las esposas son una fuente excelente de información –explicó Lance.

Con suerte, Mitch iba a poder experimentarlo por sí mismo. Pensaba pedirle a Lexi que se casara con él y, en esa ocasión, iban a hacerlo bien.

Capítulo Cotorce

El timbre de la puerta sonó y, como Lexi estaba sola en casa y no esperaba a nadie, se asomó por la ventana para ver quién había en el porche. Contuvo el aliento y el corazón se le aceleró a mil por hora cuando vio que era Mitch.

¿Qué podía querer?

Debía de haber ido directo desde el trabajo, pues llevaba un traje de chaqueta. Mitch levantó la vista y ella no fue lo bastante rápida para ocultarse tras la cortina. La vio.

¡Maldición!

Mitch llamó a la puerta de nuevo.

–¡Vamos, Lexi, tengo que hablar contigo! –gritó él.

Lexi iba a gritarle que ya no había nada más que decirse, pero era mentira. En vez de eso, quitó el cerrojo de la puerta y la abrió.

–¿Qué?

–¡Al fin lo he averiguado!

–¿Averiguar qué? –preguntó ella y se hizo a un lado para dejarle paso.

–Cuándo pasó.

Lexi cerró la puerta y se giró hacia él.

–¿Cuándo pasó qué?

–Cuando te quedaste embarazada.

Lexi se quedó petrificada al oír sus palabras. Esperó que no significaran lo que ella creía que significaban.

–¿Cu-cuándo?

–La tercera vez, en medio de la noche. Durante unos minutos, no usamos preservativo. ¿Tengo razón?

Ella lo miró perpleja.

–¿Cómo lo has sabido?

–Decidí que era hora de decirle la verdad a mi hermano. Imagina la sorpresa que se llevó cuando le dije que iba a tener un hijo con una mujer con la que nunca se había acostado.

Lexi se mordió el labio.

–Yo nunca dije…

–Que te habías acostado con él. Lo sé.

–Iba a decírtelo…

–Pero no confiabas en mí –la interrumpió él–. Lo entiendo. Soy un imbécil.

¿Eh? ¿Pero qué estaba diciendo?, se preguntó Lexi.

–¿No estás enfadado?

–¿Cómo puedo estar enfadado cuando todo este enredo es culpa mía?

¿Qué? Pero si era culpa de ella, se dijo Lexi.

–Todo esto empezó porque te mentí al decirte que te había utilizado.

–Lexi, todo esto empezó porque yo te dije que habíamos cometido un error, porque no quise admitir que me estaba enamorando de ti.

¿Estaba enamorado de ella?

No, claro que no. Lexi sabía muy bien lo que estaba pasando. Como

había descubierto lo del bebé, Mitch quería que volvieran a estar juntos. O, quizá, le preocupaba perder el apoyo del senador. En cualquier caso, era obvio que diría cualquier cosa para conseguir lo que quería, incluso si eso significaba mentir y decirle que la amaba.

–¿No dices nada? –preguntó Mitch.

–¿Como qué?

–Diablos, no sé. ¿Algo así como que tú también me amas?

–No me quedaré contigo sólo por el bien del niño.

–No creo que te lo haya pedido. Esto es completamente egoísta. Quiero que te quedes conmigo por mi bien. Porque te amo.

–Si te preocupa perder el apoyo de mi padre, yo me encargaré de que no sea así.

–No tiene nada que ver con eso. Por lo que a mí respecta, tu padre puede meterse su apoyo por donde le quepa.

–No te creo. Te casaste conmigo sólo por eso.

–Quizá sea verdad –admitió él–. Pero no es la razón por la que me quiero casar contigo ahora.

–Ya estamos casados.

–Lo sé, pero estaba pensado que sería bonito celebrar una boda por todo lo alto y hacerlo bien.

–No. Lo que estaría bien sería divorciarnos con la mayor discreción posible.

Mitch se cruzó de brazos.

–¿Sigues creyendo que hago esto para conseguir el apoyo de tu padre?

–Entre otras cosas.

–¿No crees que te amo?

Lexi negó con la cabeza.

–De acuerdo –dijo él–. Supongo que voy a tener que demostrártelo.

A Lexi no se le ocurrió cómo.

Mitch sacó su móvil, marcó un número y lo puso en modo altavoz.

–¿A quién llamas? –preguntó ella. Si no lo creía a él, ¿acaso pensaba que iba a creer a otra persona?

–Despacho del senador Cavanaugh –respondió la secretaria del senador al otro lado de la línea.

–Soy Mitch Brody, ¿puedo hablar con el senador? Es urgente.

–Un momento, señor Brody –dijo la secretaria y lo puso en espera.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Lexi.

–Dicen que una acción vale más que mil palabras.

Oh, no. No sería capaz, se dijo ella.

Su padre se puso al teléfono, con tono furioso.

–¿Qué quieres ahora, Brody?

–Hola, senador, sólo quería decirle que se metiera su apoyo por…

–¡Mitch! –gritó Lexi. Le arrancó el teléfono y colgó–. ¿Estás loco?

–No. Te amo.

El teléfono empezó a sonar de inmediato, pero Lexi lo ignoró.

–¿Por qué ibas a hacer eso?

–¿Cuántas veces vas a hacerme decírtelo? No es por el bebé y no es por el senador. Podrías estar embarazada del cartero y yo seguiría amándote. Y mi empresa, mi vida, no significan nada sin ti.

¿Diría Mitch todo eso si no lo pensara de verdad, si no la amara?, se

preguntó Lexi.

–¿Me amas?

–Sí, te amo. A ti. ¿Sabes?, tenemos que arreglar ese problema de autoestima que tienes.

Lexi se mordió el labio y asintió, temiendo que, si decía algo, empezaría a llorar. Mitch debió de haberse dado cuenta porque la rodeó con sus brazos. Ella apenas podía creer que fuera real, que después de todo lo que habían pasado, su relación pudiera funcionar.

–¿Sabes? Tú también podrías decírmelo.

Ella sonrió.

–Te amo, Mitch. Desde aquella semana en Washington, supe que quería pasar el resto de mis días contigo.

Mitch la miró a los ojos, lleno de amor y ternura, y ella tuvo que contenerse para no romper a llorar.

–Me muero de ganas de tener una familia contigo –dijo él, acariciándole la mejilla.

Las lágrimas comenzaron a rodarle por el rostro a Lexi.

–Espero que sean lágrimas de alegría –dijo él.

Lexi lo miró, sonriendo.

–Por supuesto.

Él sonrió y la besó en la punta de la nariz.

–Parece que hemos tenido un comienzo un poco aparatoso.

–Un poco –repuso ella, sabiendo que, a partir de ese momento, las cosas sólo irían a mejor.

En el Deseo titulado
Entre el amor y el engaño,
de Jennifer Lewis,
podrás continuar la serie
MAGNATES